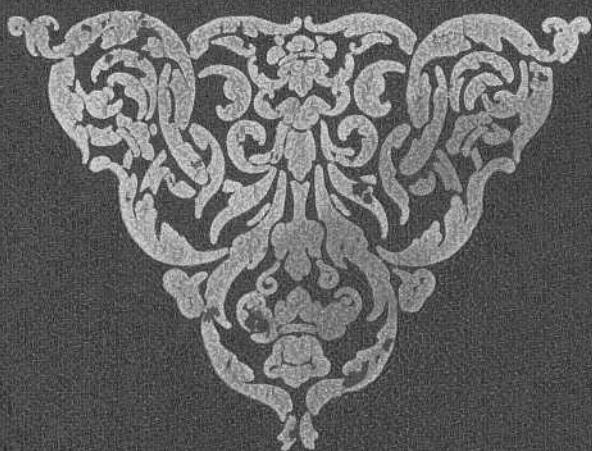




VIDA Y VIRTUDES
DE LA SIERVA DE DIOS
M. PETRA DE S. JOSÉ



B
PET

Capa ES

NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura

**VIDA Y VIRTUDES
DE LA
SIERVA DE DIOS
MADRE PETRA DE SAN JOSÉ
PÉREZ FLORIDO**



LA SIERVA DE DIOS

MADRE PETRA DE SAN JOSÉ

Fundadora de la Congregación de Madres de Desamparados
y del Real Santuario de San José de la Montaña

VIDA Y VIRTUDES
DE LA
SIERVA DE DIOS
MADRE PETRA DE SAN JOSÉ

FUNDADORA DEL
INSTITUTO DE MADRES DE DESAMPARADOS
Y DE SAN JOSÉ DE LA MONTAÑA

Escrita por
Una antigua hija suya en Religión



R. 16.427

LUIS GILI
LIBRERÍA CATÓLICA INTERNACIONAL
CÓRCEGA, 415, BARCELONA
1929

NIHIL OBSTAT

EL CENSOR, José Portolés, Can. Mag.

Barcelona, 12 de diciembre de 1924

IMPRÍMASE

EL VICARIO GENERAL
PASCUAL LLÓPEZ

Por mandato de Su Sra.
Lic. SALVADOR CARRERAS, Pbro.
SCRIO. CANG.

*

ES PROPIEDAD
RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS



CAPÍTULO I

NACIMIENTO Y PRIMERA EDUCACIÓN

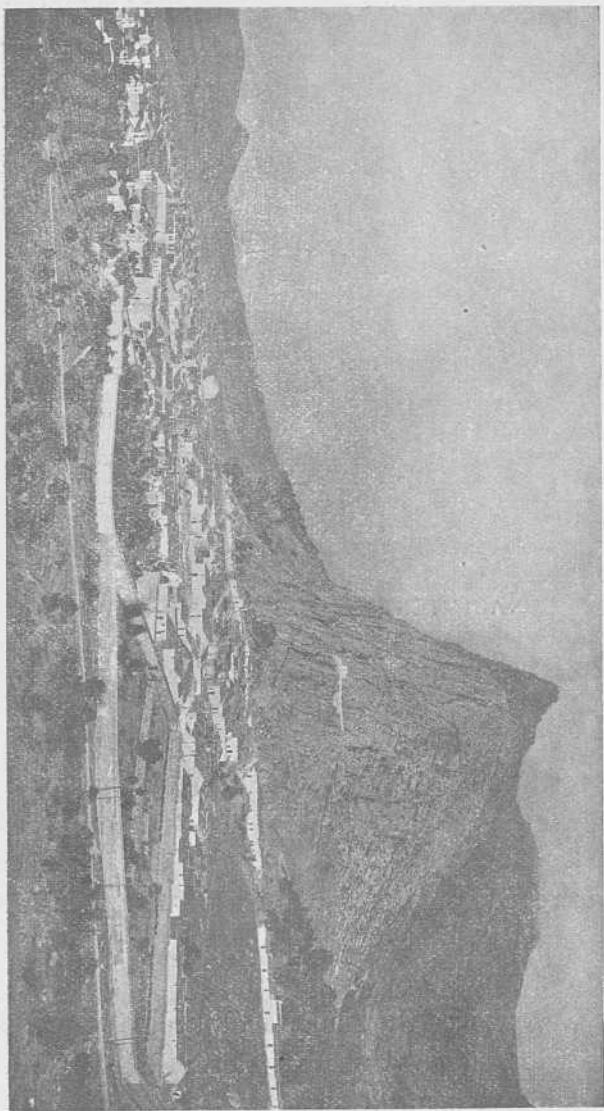


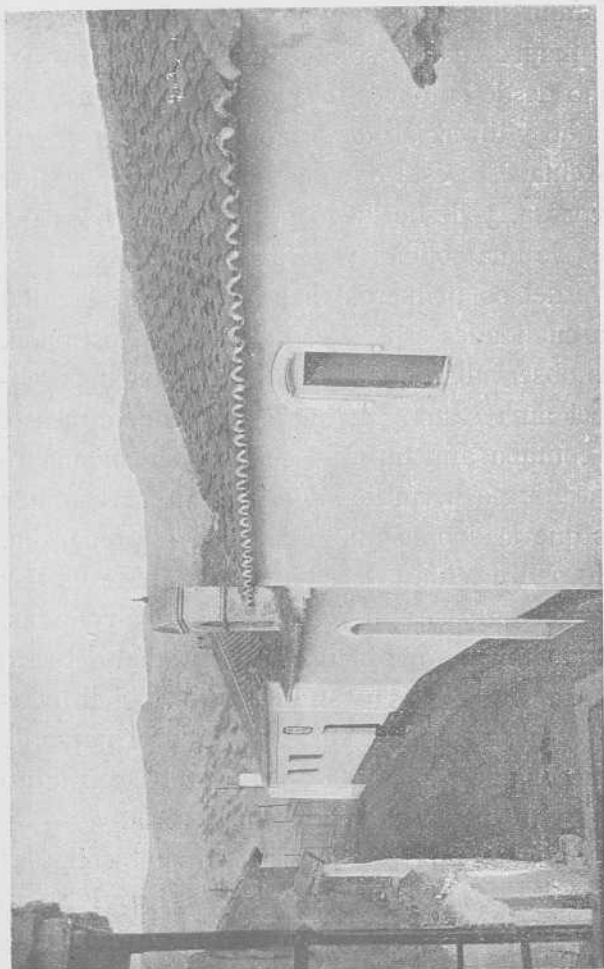
NACIÓ la Sierva de Dios, Reverendísima Madre Petra de San José, en el Valle de Abdalagís, provincia de Màlaga, el 7 de diciembre de 1845, a las cinco de la tarde. Al siguiente día recibió las regeneradoras aguas del bautismo en la parroquial iglesia de San Lorenzo, imponiéndosele el nombre de Ana Josefa.

Sus padres, honrados, católicos y temerosos de Dios, llamábanse José Pérez Reina y María Florido González.

De los diez y nueve hijos que les concedió el

VISTA GENERAL DEL VALLE DE ABDALAGÍS





CASA DONDE NACIÓ LA SIERVA DE DIOS MADRE PÉTRA DE SAN JOSÉ

Cielo fué la última nuestra heroína, que quedó huérfana siendo de muy corta edad, pues perdió a su madre cuando sólo contaba tres años, quedando desde entonces, ella y sus hermanitos, al cuidado y dirección de su abuela paterna, Teresa Reina. Era ésta de vida ejemplarísima y muy fervorosa, y desde luego procuró llenar los deberes de una solícita y verdadera madre.

Desde los primeros días veíanse en la niña Ana cualidades especiales de alma predestinada, pues observaban que en el día de sábado no podía el ama o nodriza hacerla tomar alimento. No contaba aún un año, cuando ella misma se despechó, no permitiendo desde entonces tomar más que la sopilla que su abuela le preparaba.

Su padre tenía la cristiana costumbre de dar la bendición y acción de gracias en las comidas, como asimismo de practicar la devoción del rezo del Santo Rosario en familia, para lo cual todos le esperaban, aunque fuese tarde, y, a pesar de los pocos años, la niña Ana lo rezaba con tanto gusto y devoción que edificaba el verla.

También su padre, las noches que no salía, les leía el *Año Cristiano*, y con esta lectura le tomó tanta afición a la virtud, que no le gustaba otra cosa que estar retirada, rezar mucho, meditar en la vida y virtudes de los santos cuyas vidas oía, y, sin ella darse cuenta, tenía ya una muy alta y encumbrada oración.

Toda su diversión consistía en hacer altarcitos, y con frecuencia observaba que cuando se hallaba entretenida en esta ocupación la rodeaban unas mariposas o palomitas blancas. Más tarde el Señor le manifestó que significaban las compañeras que se le asociaron en la fundación del Instituto de Madres de Desamparados.





CAPÍTULO II

VIRTUDES TEOLÓGICAS. — FE DE LA GRAN SIERVA DE DIOS. — DEVOCIÓN A LA SAGRADA EUCARISTÍA. — SU PRIMERA COMUNIÓN. — DEVOCIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN



CONFORME iba creciendo se acentuaban más estas excepcionales cualidades en esta prodigiosa niña, que sólo parecía serlo en la edad, pues era silenciosa y con una formalidad y juicio impropios de tan cortos años.

Una de las veces que se acercó a confesar, el párroco, que admirado la escuchaba, reconoció en ella una fe tan viva, un conocimiento de Dios



HABITACIÓN DONDE NACIÓ LA SIERVA DE DIOS

tan claro y profundo, que dispuso darle en aquel momento la Sagrada Comunión, no obstante no tener la edad que por aquel tiempo era permitido a los niños acercarse a la Sagrada Mesa, pues se le hacía de conciencia privar por más tiempo a aquella alma tan singular del Pan Eucarístico. ¡Tan dispuesta y preparada la encontró!

Cual abrasado serafín recibió por vez primera en su tierno corazón al que era todo su amor, y desde aquel venturoso día frecuentó la Sagrada Comunión, con amor cada vez más ardiente. Era todo su contento pasar largas horas, bien ante el Sagrario, donde permanecía todo el tiempo que le era permitido, pues nunca se hartaba de conversar con el que había robado todo su cariño y entusiasmo; bien a las plantas de la Santísima Virgen de los Dolores, a la que profesaba tierna y filial devoción, o al pie del altar del castísimo Esposo de María, a quien ya empezaba a tener aquella devoción que más tarde difundió por todo el orbe católico.

No sólo en el retiro y ante el ara de los altares tenía su corazón levantado en fervorosa oración, sino que hasta cuando solía recorrer las pintorescas calles de su pueblo natal, cual si fuese una devota anciana, en todo su trayecto iba rezando el Santo Rosario o bien oraciones que con pasmosa facilidad aprendía a la primera vez que las había oído recitar; pero todo



CAPILLA DEL ASILO DE LOS ANCIANOS EN UNO DE LOS SALONES
DE LA CASA DE LA SIERVA DE DIOS

esto con tal disimulo que nadie pudiese advertir las alabanzas que a Dios iba dirigiendo sin cesar.

Así perseveró por algunos años, sin interrumpir sus grandes fervores; pues, aun estando en casa, todo el tiempo que tenía destinado para sus juegos y diversiones lo ocupaba en meditación y lectura. Si su padre o alguno de sus hermanos llegaban donde ella estaba, hacía como que lo pasaba distraída en su ventana, pues nunca le gustó hacer alarde de la devoción que gozaba su alma.

Vemos, desde sus primeros años, el espíritu de fe que animaba a esta gran Sierva de Dios. En el transcurso de su vida veremos cómo con los años no sólo arraigó y se afianzó más y más esta primera virtud teológica en su alma, sino que fué creciendo en progresión siempre ascendente, hasta llegar a la práctica de actos los más heroicos y elevados.





CAPÍTULO III

JUVENTUD DE LA SIERVA DE DIOS. — SU VOCA-
CIÓN. — DESPRECIO DEL MUNDO. — ENTRA EN
LUCHAS INTERIORES LA SIERVA DE DIOS Y, ABAN-
DONADA EN BRAZOS DE LA DIVINA PROVIDENCIA,
PONE EN ELLA TODA SU ESPERANZA



A joven Ana contaba unos quince o diez y seis años cuando fué pedida su mano por uno de los principales del pueblo, que sin duda había comprendido el mérito y virtudes de esta singular alma. Parece que la familia estaba gustosa en ello, pues era persona muy honrada, de carrera y buena posición. Con esto entró en ella algo

de distracción; ya pensaba en gala y adornos, aunque sin usar nunca cosas que pudiesen escandalizar ni dar mal ejemplo.

Al llegar a formalizarse aquel enlace sintió una fuerza irresistible a renunciar a aquel estado al que comprendió no era llamada. Estando en estas luchas, que torturaban su alma, lo puso todo en manos de Dios, y con un hecho providencial premió Él tan heroica esperanza.

En este tiempo había unas disensiones en el Valle a causa de hallarse el pueblo dividido en dos partidos o bandos. Unos señores condes de Sevilla, que tenían allí su mayorazgo y pasaban en el pueblo la mayor parte del año, pusieron al frente de uno de aquellos partidos, y como eran inmensamente ricos, no tenían hijos, ni sus ideas eran muy allá, hicieron mucho daño.

Su padre, como asimismo el señor con quien sostenía aquellas pudiéramos llamar aparentes relaciones, pertenecían al partido del conde.

Por aquellos días, en que se formalizaban ya las cosas para el enlace, tuvo dicho señor un grave disgusto con los condes y se pasó al bando contrario. Con este motivo empeñáronse ellos con su padre a fin de que se rompiesen aquellas relaciones, pues bien sabían que no podían vengarse con otra cosa que él más sintiese. Como todos los del partido estaban por complacer a aquellos señores, su padre, que, aunque persona



VALLE DE ABDALAGÍS. — IGLESIA PARROQUIAL

influyente y principal, era de los más entusiasmados, les prometió que haría se concluyese todo.

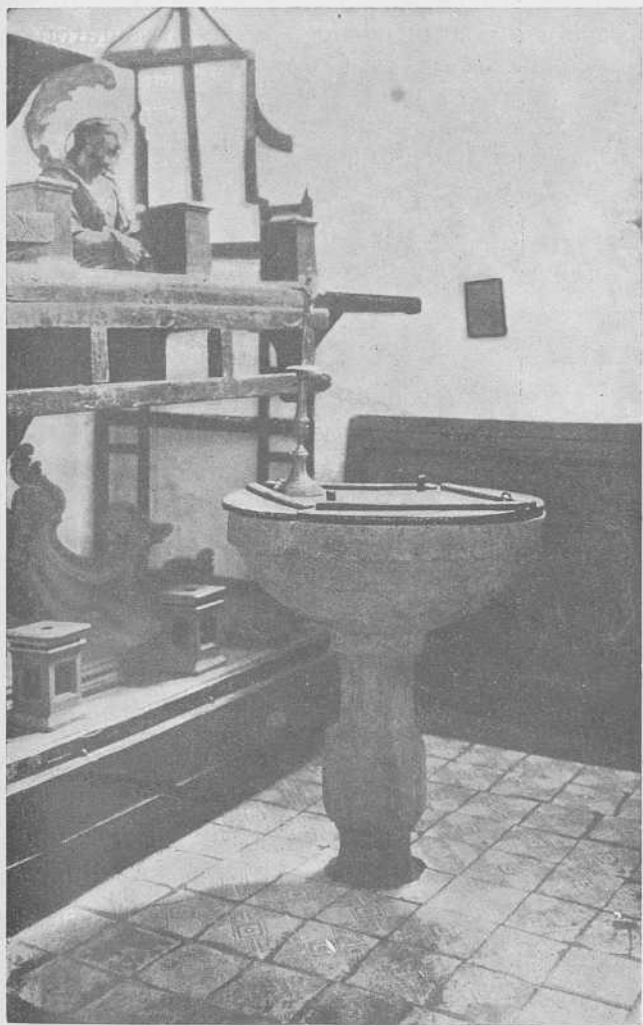
Como ya Dios nuestro Señor había puesto aquella repugnancia en su corazón, poco tuvo su padre que sufrir para conseguir lo que se proponía y bien debió de llamarle la atención.

La llamó, pues, y, como el que va a pedir una gran cosa y duda de poderla conseguir, le dijo: “Hija, quiero que dejes esas relaciones y no te acuerdes más de ellas. ¿Lo harás? — Sí, señor; lo haré”, le contestó ella muy serena, como si nada le hubiese extrañado. Repuso de nuevo su padre como dudando: “¿Es verdad eso? — Sí, señor, le contestó ella; le doy palabra.”

Su familia y los extraños, como ignoraban lo que pasaba en su interior, no se lo creían y pensaban que los engañaba, y con esto tuvo que sufrir no poco.

Concluídas aquellas relaciones se quedó que, si bien no pensaba en comprometerse de nuevo, tampoco deseaba ser monja, pues ni en su pueblo había conventos, ni conocía a religiosas, ni nadie le trataba de eso. Continuaba en su distracción, gustando de tener amigas y engalanarse algún tanto.

Después de todo esto tuvo que sufrir otra prueba con la señora condesa. Empeñóse en que tomara estado con otro que le proponía, y como



PILA BAPTISMAL DONDE RECIBIÓ EL PRIMER SANTO
SACRAMENTO LA SIERVA DE DIOS

se resistió y desechó, cual había hecho con otros muchos que anteriormente se le presentaron, se volvió tan en contra suya que no perdonaba medio para vengarse de ella, con insultos y desprecios. Con todos estos disgustos llegó a cansarse de las distracciones y honestos recreos, y buscó solaz en la lectura de libros piadosos, especialmente del *Año Cristiano*, con cuya lectura hemos visto se saboreaba ya su espíritu desde los más tiernos años, volviendo con esto a nacer de nuevo en ella el deseo de servir a Dios. Ya no encontraba gusto más que en estar sola, en leer y rezar, aunque para disimular alternaba alguna que otra vez con inocentes diversiones. El demonio incitaba de tal modo a sus amigas, y particularmente a la condesa, para que no la dejaran, que parecía no podían pasar sin ella. Prepararon cierta noche una reunión en palacio, y aunque no pensaba ella asistir, por temor de que la condesa la comprometiese de nuevo, mandó ésta a una de sus amigas con el encargo de que no volviese a la reunión sin ella, y aunque se excusaba, con el pretexto de que estaba enferma, no le valió, y tuvo que asistir, si bien como por fuerza.

No se equivocó en sus temores, pues llevóla la condesa a su gabinete, y con ruegos, promesas y amenazas trató de persuadirla de nuevo con el que tenía ella todo su empeño; mas nuestra



VALLE DE ABDALAGÍS. — ALTAR MAYOR DE LA IGLESIA
PARROQUIAL

valerosa joven no se arredró por eso: excusóse con que no tenía vocación a tal estado y se negó por completo a darle gusto en lo que le pedía, por lo que se siguieron los anteriores desprecios y desaires que amargaron fieramente su sensible corazón.

Acostóse aquella noche con gran sentimiento; lloraba mucho pensando en el percance sucedido en casa de la condesa, que sin duda no hubiera ocurrido si hubiese ella tenido madre. Sintióse entonces movida a invocar a la del Cielo, y, llena de esperanza en su maternal protección, no tardó en tranquilizarse y llenarse de alegría su atribulado corazón. Estando saboreando este gozo, y ya como para dormirse, ve aparecer a la Santísima Virgen, con un rostro hermosísimo, apacible, majestuoso y grave. Tenía la cabeza rodeada de estrellas resplandecientes y bellas que formaban lindísima aureola; cubría su cabeza blanquísima toca, parecida a la que más tarde adoptó ella; las manos juntas sobre el pecho, y rodeada de luz tan refulgente e intensa que por las rendijas de la puerta de su habitación salía en esplendentes rayos, llamando no poco la atención de su hermano Juan, que pasaba por allí, y pensó que algo sobrenatural ocurría en el cuarto de su hermana Ana, aunque nada le preguntó, ni tampoco ella le reveló la consoladora visión y celestial visita de la Señora.

Como ella misma nos refiere, a esta visión debió la completa mudanza de su vida. Al día siguiente de ocurrirle esto dejó sus modas y ya no salió a ninguna parte, favoreciéndola el Señor con que se ausentasen de allí los condes, librándola con ello de muchos compromisos. Mas no pudo verse libre de sus amigas, que no sabían a qué atribuir aquella variación y cambio tan repentinos. Creyéronla loca, y así iban expresamente a burlarse de ella, y aun su misma familia, que no podía participar de la misma opinión, pues veían que estaba muy cuerda, gustaba se le mofasen por ver si la disuadían y dejaba aquellas rarezas, como ellos llamaban.

Sin hacer caso de las burlas hizo propósito de vestir muy pobremente, y ni aun para la iglesia llevaba velo o mantilla (que muy ricas las tenía), sino siempre pañuelo, lo que todos tomaron por ridiculez y se burlaron mucho por ello. Todo esto para nada la turbaba, y parecía no sentir ni repugnarle nada; tomábalo como si por broma lo dijesen, aunque bien sabía era sólo por ofenderla.

El Señor quiso hacerle misericordia, y premió con nuevas gracias sus muchas virtudes, singularmente tan sublime y confiada esperanza.

Entró un día en la iglesia y vió a Jesucristo vestido con una túnica, lo mismo que cuando vivía; ella, al verlo, se puso de rodillas a su lado

derecho, y entonces el Señor, mirándola complacido, le pasó el brazo por la espalda y le dijo estas palabras: “TÚ SERÁS PARA MÍ.”

Esto en lo que se refiere a su niñez y juventud, pues en los años sucesivos de su ejemplar vida tendremos ocasión de admirarla siempre tranquila, completamente abandonada en brazos de la divina Providencia y ejercitando esta sublime virtud en el grado más encumbrado de perfección.





CAPÍTULO IV

CARIDAD DE LA SIERVA DE DIOS. — SUS ENCENDIDOS DESEOS DE CONSAGRARSE AL SEÑOR Y OPOSICIÓN QUE ENCUENTRA EN SU FAMILIA. — GRACIA QUE LE HIZO EL SEÑOR EL DÍA DE CORPUS CHRISTI. — OTRAS GRACIAS QUE LE DISPENSÓ EL CIELO



DESPUÉS que tuvo la visión referida de la Santísima Virgen quedó la Sierva de Dios con unos deseos tan grandes de darse toda a Dios, que ya no pensaba en otra cosa que en agradarle y retirarse del trato y unión de las criaturas. Vistióse sencillamente con un traje obscuro o negro, y

empezó a hacer penitencia, durmiendo en el suelo y ayunando rigurosamente.

En aquel cambio de vida que todos veían llegaron a creer y atribuir a locura o demencia lo que era sólo locura de amor divino.

Dijéronle que había en el pueblo una joven, llamada Josefita Muñoz, a la que en su niñez había tratado la Sierva de Dios y que por enemistades de familia no había continuado su trato, que era santa y hasta hacía milagros. Como en el pueblo no había con quién pudiese tratar de todas estas cosas de su alma, pensó en visitarla, por si podría darle alguna luz en todas estas cosas que le sucedían. Fué a su casa, y, si bien no vió en la santa ni virtudes ni milagros, salió de la tal visita muy fervorosa y con nuevas ansias de servir y amar a Dios.

Comunicóle cierto día que para mejor servir al Señor pensaba consagrarse a Él haciéndose Religiosa; entonces la santa le aseguró que también ella le acompañaría, pues se sentía con vocación. Cuando el padre de nuestra heroína lo advirtió se puso furioso y no se le podía hablar del asunto, por lo que le sobrevinieron a la joven Ana no pequeños disgustos. Ya no podía asistir diariamente a la Santa Misa, sino a hurtadillas; si bien los domingos y días festivos, como al fin su padre era bueno y católico, no le prohibió esto nunca. La sed de mortificaciones

que tenía no la podía apagar por entonces, pues era constantemente vigilada, por lo que mucho sufría; sólo se desahogaba con su hermano Juan, que, como ella, era muy dado a la virtud. Largas horas de la noche pasaban estos santos hermanos en espiritual conversación, pues sus corazones, que rebosaban de amor divino, no podían llevar a sus labios más que caldeadas palabras de este entusiasmo. Todo era pensar en lo que podrían hacer para más agradar a su Bien amado y las penitencias que pondrían en práctica. Con esto y meditar planes y más planes, cuyo resultado fuese llevar abundantes socorros a los pobres menesterosos del pueblo, se les pasaban las horas sin sentir.

El enemigo trataba de estorbar aquellas juntas y santas pláticas con ruidos y silbos espantosos, que no conseguían amedrentar a nuestros caritativos héroes.

Su padre, que la amaba con ternura, notando las excepcionales dotes de gobierno de que estaba adornada su hija, le entregó el mando y dirección de la casa, dotándola además de amplias facultades, que aprovechaba ella en favor de sus predilectos amigos, los pobres, destinando el fruto de sus economías y ahorros en remediar sus necesidades. Al anoecer, cuando nadie la podía ver, acompañada de su hermano Juan, recatándose cuanto podían, a fin de no dar

publicidad a sus buenas obras, siguiendo textualmente el consejo de Jesucristo en su Evangelio: “No sepa tu mano derecha lo que dé la izquierda”, cargados ambos con sendas cestas repletas de provisiones, y a hurtadillas, sin que pudiesen ver quién los favorecía, iban dejando, cuando más descuidados estaban sus moradores, en una casa una buena provisión de pan, chachina, aceite, etc. Así, a la vez que aligeraban su carga, iban dejando remedio y consuelo en aquellas familias indigentes.

Su espíritu de mortificación era tan grande, que con ingeniosa habilidad sabía vencer siempre y salir airosa en todas las ocasiones que se le ofrecían y de propósito buscaba.

Colgaban del techo de su casa hermosas y perfumadas manzanas, que dejaban transmitir su rico aroma por todos los ámbitos de sus estancias. Al olorcito de la preciada fruta vino a la mortificada Ana deseos vehementes de saborearla. No tenía más que alcanzarla para satisfacer aquel gusto, ya que, como todo lo de casa, estaba a su disposición; pero, elevando la vista al cielo, ofreció, cual otro David el deseado vaso de agua de la cisterna de Belén, las sonrosadas manzanas al único objeto de su amor.

Mas el enemigo, pronto siempre a desvirtuar las más valiosas ocasiones de los escogidos del Señor, acometió a la esforzada doncella con es-

tas alevosas razones: “Por eso ofreces esas manzanas, porque están muy altas y no las puedes alcanzar. — ¿Que yo no puedo alcanzarlas? Ahora mismo lo verás.”

Procúrase los necesarios medios de llegar a ellas, y después de conseguir tocarlas dícele, con aquella su nativa gracia, al despechado tentador: “Ya has visto cómo están en mi poder. Queda ya completo mi sacrificio, pues del todo puedo ofrecerlo, como ves, al Dios de mis amores.”

Aunque la oposición de su padre en no dejarla ser Religiosa persistía, no por eso se desanimaba ella; antes al contrario, suplicaba al Señor, noche y día, le facilitara los medios de poner en práctica sus deseos, si bien no se inclinaba a ningún Instituto, pues no tenía conocimiento de ninguno.

Las luchas políticas se encendieron por aquel entonces, que, según visión que tuvo la Sierva de Dios, llegaron a teñirse en sangre las calles y plazas del pueblo. Su padre tuvo que emigrar para escapar de una muerte cierta, y una de las veces que, no pudiendo resistir al deseo de ver a su amada hija, entró a escondidas de noche, invadieron los contrarios la casa, y si no se interpone Ana, deteniendo el brazo del agresor y pidiendo gracia y perdón para su padre, seguramente lo asesinan, como así mismo se lo dijo después el alcalde, que era el que iba a disparar.

Con estos disturbios y revueltas nada decía la Sierva de Dios a su padre respecto a su vocación, pues bastante afligido le veía para tener que aumentarle la pena. Mas sus deseos de consagrarse al Señor iban tan en aumento, que creyó revelárselo al confesor, el cual le aconsejó que meditase mucho lo que era la vida religiosa. “Para ser Hermanita de los Pobres, como piensas, decíale, necesitas mucha vocación, pues es vida llena de sacrificio y abnegación.” Mas ella contestó, con gracia y firmeza: “No sólo tengo vocación para mí, sino que podría repartirla entre cuatro y todavía me quedaría con suficiente.”

Desde entonces decidióse a ser Hermanita de los Pobres, pues aquella vida de sacrificio tenía gran atractivo para ella, totalmente unida a Dios y abrasada en la llama de su puro amor. Fruto de esta perfecta unión fué cierta impasibilidad en las muchas tribulaciones que, sin duda para mejor aquilatar su alma, le preparó el Señor desde los primeros años de su vida, y que tomaron gran incremento con motivo de la oposición que su padre y toda la familia le presentó al querer consagrarse al servicio de su Amado en la persona de los pobres, y que llegó a su período culminante en los comienzos de fundar la Congregación, como ya se dirá en capítulos sucesivos.

Viendo ella que su familia estaba cada día

más tenaz en su oposición, y le sería imposible ingresar en las Hermanitas de los Pobres, les propuso si la dejarían fundar en el mismo pueblo un Asilo para recoger a los ancianos más necesitados y mantenerlos, ella y la otra joven que la llamaban *la Santa*, con limosnas que postularían.

Esta proposición fué motivo de nuevos sufrimientos para la animosa Ana, pues no sólo tomó parte la familia, sino hasta los extraños, y los que se tenían por amigos la despreciaron, persiguieron y llenaron de vituperios.

Un día le dijo su padre que extrañaba quisiese abandonarle. “¿Acaso, le decía, ignoras lo que exige o manda el cuarto mandamiento?” Ana, sin inmutarse, le contestó respetuosamente que muy bien lo sabía, mas también tenía presente lo que decía el primero. Sonrióse su padre y nada replicó; pero así iba siguiendo sin ceder en su propósito, y la Sierva de Dios decíale a su Bien amado: “¿Por qué me dais estos deseos tan grandes si no los puedo realizar? Inspirad a mi padre, dadle gracia para que conozca vuestra santa voluntad y me dé el permiso para lo que tanto anhelo.”

Acercábase el día de Corpus Christi, el día del Señor, y ella, que era ferviente devota de la Sagrada Eucaristía, desde las vísperas tenía un gozo y alegría tan grande, que en vano hubiera

querido ocultar. Sin saber por qué, presentía que en tan memorable día alguna gracia muy grande le otorgaría el Señor.

En el Valle había la costumbre de hacer altares en las puertas de algunas casas por donde había de pasar la procesión, que engalanaban mucho, y en los cuales descansaba Su Majestad mientras se cantaban algunos motetes.

Tenía Ana muchos deseos de obsequiar al Dios de sus amores con un lindo altar en su casa; mas, cierta como estaba de recibir una negativa si se atrevía a pedirlo, valióse, para salir con su intento sin disgustos, de una vecina amiga. Púsole en su puerta, arreglándolo ella a su gusto. También era costumbre velar toda la noche en la vigilia de esta fiesta, y pudo conseguir de su padre que la dejase pasar toda la noche en casa de la vecina, que era muy piadosa, acompañada de su hermano Juan, que, como ya dijimos, era muy espiritual y, por consiguiente, de idéntico parecer que ella, pudiendo a sus anchas recrearse en su altarcito, que había de ser el reposo, por breves instantes, de su Jesús Sacramentado.

Como estaba levantada, a la primera Misa pudo asistir con su hermano; confesó y comulgó, y después de dar gracias muy detenidamente, cual acostumbraba, regresaron a casa, extrañando no poco ver levantado a su padre, pues

solía hacerlo a hora más avanzada. Preguntóle como sobresaltada: “¿Qué le pasa hoy a usted, que tan pronto se ha levantado?”

Su padre, sumamente emocionado, apenas le podía contestar. Cuando pudo tranquilizarse algún tanto díjole muy cariñoso: “Hija, veo que no estás loca, ni es capricho tu vocación, sino que Dios te quiere. Yo soy tu padre, pero hay otro que es más que yo, Dios, y te quiere.” Se quedó Ana sin saber lo que le pasaba, y casi llorando de gozo y alegría, pues, aunque esperaba de su Amado una señalada gracia aquel día, no pensaba tan pronto cediese su padre en tan obstinada y tenaz oposición.

“Vete cuando quieras, añadió, con esos pobres que tú dices; mas te he de ver todos los días.” Tenía ya permiso para irse, pero en el mismo pueblo y en el proyecto que meditaba; mas no para ser Religiosa en ninguna Comunidad, pues no la había en el pueblo, y como quería verla todos los días, por fuerza había de ser así.

Apenas Ana se retiró de la presencia de su padre, llorando de gozo y contento, dióle las gracias a su buen Jesús por tan señalada merced como le concedía. Decíale transportada de alegría y arrebatada de amor: “¡Como todo está en vuestra mano hacéis lo que queréis! ¡Allanáis todas las dificultades, pues sois Todopode-

roso, lo podéis todo y nada resiste a vuestra voluntad!”

Desde aquel día se encendió todavía más su devoción a Jesús en el Sacramento de su amor, y no se saciaba de visitarle y recibirle en la Sagrada Comunión.

No sabía cómo agradecer a su Dueño y Señor tan extraordinarias gracias y favores como continuamente le dispensaba y que el Buen Jesús, que tanto gusta de los corazones agradecidos, complacía en derramar sobre tan generosa alma.

Hallábase en cierta ocasión arreglando unas camas, mas tan embebida en Dios, que ni cuenta se daba de lo que estaba haciendo. De pronto sintió en el oído derecho un vientecillo, vientecillo tan suave como una melodía y, según dice ella en sus *Crónicas*, como si le hubiesen introducido dentro del oído un instrumento músico, pero tan agradable y armonioso que no sabía a qué cosa de este mundo se le pudiese comparar. Penetró su alma de un gozo tan grande y le infundió una inteligencia tan clara en cosas de espíritu, que se admiraba cómo podía entender tan pronto y sin nadie habérselo enseñado lo que antes no podía entender ni descifrar. No sabía si estaba en la tierra o en el cielo, si habitaba entre criaturas o moraba ya entre los ángeles. No cesaba de oír aquello ni un instante, y, cre-

yendo en su humildad que todos participaban de aquella gracia, miraba a los que la rodeaban, como extrañada de que nada dijese ni se admirase de aquella melodía, que, a ser cosa natural, seguramente habían de oír; mas pronto pudo convencerse de que no lo advertían y era gracia exclusiva que Dios hacía a ella. Muchas veces tapábase los oídos fuertemente; pero nada le valía, porque lo había de oír. Esto nunca le causaba la menor molestia, antes al contrario, era como la vida de su alma y el recreo de todas sus potencias y sentidos; no le estorbaba para dormir, ni para ocuparse en todas sus habituales tareas, ni, lo que más admira, le entorpeció el oído.

Con tan singular favor del Cielo como recibió no es de extrañar que le disgustasen el trato y compañía de las criaturas, y buscase sólo la conversación y trato con su divino Dueño, que se complacía en aquella alma totalmente entregada a Él, derramando sobre ella sus gracias sin tasa ni medida. Por aquel tiempo, siendo todavía seglar, hízole otro no menor favor. Fijábase un día en el cielo y percibió algunas cosas que se movían en el espacio; al principio no distinguía qué cosa era, pero veía multitud de objetos que no cesaban en su movimiento, mas sin forma conocida. Pasados unos días ya iban aclarándose las formas, las cuales, a me-

dida que transcurría el tiempo, se iban destacando más. Parecíale que todo aquello era bueno, mas sentíase apenada por no poder consultar con nadie, pues las pocas personas con quien podía haberlo hecho estaban algo distraídas y casi nada entendían de esto.

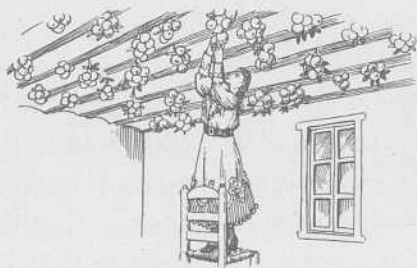
Dijéronle que en Antequera había una mujer que la tenían por santa, y determinó ir con su hermano Juan a tomarle parecer y consejo. Ésta, que nada entendía de virtud y santidad, extrañóse de oír aquellas cosas tan nuevas; díjole que serían cosas del diablo, o quizá por el deseo de ver cosas, como los santos; que todo aquello era ilusión; que cerrase los ojos y no mirase al cielo, y cesaría de verlo.

Al regresar a su casa probó de poner en práctica el consejo de aquella mujer; mas, ¡cuál no sería su asombro al ver que para nada le valía, pues hasta con los ojos muy apretados seguía distinguiendo lo mismo, y tapándose fuertemente los oídos percibía aquella grata melodía! Llenóse de pena y amargura, aunque, por otra parte, estaba tranquila y sin remordimiento, lo que le llenaba de confusión su alma, pues se preguntaba interiormente: “¿Qué cosa es ésta, Dios mío? ¡Si fuese ilusión, como me han dicho, tendría inquietud, remordimiento y hasta desesperación, porque la inquietud es hija de la soberbia, y ésta no puede dar paz interior! Bien

sabéis, Dios mío, decíale apenada, que he sido mala e infiel muchas veces; mas también es cierto que no ignoráis que por nada ni por nadie, ni a sabiendas, habría cometido un pecado.”

Aborreciendo la maldad y el pecado con toda su alma, sufría lo indecible al ver que, sin ella querer ni poderlo remediar, tenía que ofenderle con aquella visión, según le había dicho la de Antequera.

Lo único que la tranquilizaba era pensar que tampoco tenía afición ni pretendía tener visiones; pues, fundada en grande y profunda humildad, creíase muy desmerecedora de tales gracias.





CAPÍTULO V

DECLÁRASE EN QUÉ CONSISTÍAN ESTAS GRACIAS
Y FAVORES DEL CIELO. — TENTACIONES QUE
TUVO QUE SUFRIR Y CÓMO TRIUNFA DE TODAS
ELLAS

ESTAS gracias tan singulares con que favoreció el Señor a su amada Sierva, y que dejamos mencionadas en el capítulo anterior, continuó recibéndolas en la misma forma por todo el tiempo de su existencia, así como otras muchas que se narrarán en el discurso de su vida.

Veamos las palabras de que ella se sirve en sus *Crónicas* para explicar de alguna manera

en qué consistía la melodía que continuamente percibía en el oído derecho, rara vez en el izquierdo.

Dice a este propósito la Sierva de Dios: “Continuamente siento una cosa como que tengo algo en el hombro derecho y que se mete en el oído; me habla sin formar palabra, y esto inunda tanto mi alma de una luz, con una suavidad, una dulzura y un conocimiento de todas las cosas; pero más aún de las espirituales que de las temporales, o sea, de las materiales y terrenas, por más que comprendo que no deja de ser en grado superior también estas últimas, reconociendo que todo este conocimiento me viene de esta misma gracia que continuamente me acompaña. Cuando estoy cerca o próxima a una pared me parece que aquello que oigo está en la misma pared; si estoy acostada me parece que está en la almohada; cuando estoy sin arri-mo de nada lo siento en el hombro, pero siempre a la vez dentro del oído. No la llamo voz, porque no es; me habla sin formar palabra, yo lo entiendo de la misma manera. No es música, y también tiene parecido a un instrumento muy melodioso. Esto es continuo, sin interrupción, y siempre de esta misma manera; pero con mucha frecuencia lo oigo más intensamente y de tal modo que hasta me parece que los que están cerca de mí lo podrían oír.

”Cuando lo oigo con más intensidad lo percibo antes que llegue por medio de un viente-cillo que llena todo el oído y todo el interior del alma; pero con una suavidad y una cosa que no puedo explicar. Digo que lo percibo antes que llegue por medio de un viente-cillo; pero tampoco esto es así, porque llega todo a la vez, y se siente una cosa y otra antes que llegue.

”Pues, y ¿cómo es esto, Dios mío, que antes que venga ya mi alma lo siente? ¿Por qué lo oye y aun todavía no ha llegado, por más que todo se efectúa en el mismo instante? En fin, esto que lo examinen los sabios y teólogos de la Santa Iglesia, o las almas que son dignas de saber tan altos secretos; que yo, Dios mío, bastante me contento con lo que me dais, y aun sin darme estas cosas también lo estaría.”

Sigue la Sierva de Dios explicando de alguna manera este singular favor que el Señor le concedía, y dice que esa continua melodía la comparaba al canto de la cigarra, no el parecido, pues así como este canto cansa y fastidia, sucedíale todo lo contrario con esto; sino que más bien lo comparaba con dicho canto por la continuidad, y también por no ser ni voz ni canto, sino una cosa especial y extraña, viniendo a producirle esto mismo a ella en el orden espiritual.

Lo que la asaltaba de pronto, cuando más

descuidada estaba, era distinto de esto que acabamos de detallar, aunque en su alma obraba el mismo efecto. Decía que no encontraba instrumento alguno músico con que poderlo comparar; ni la voz del ángel, aseguraba, sería tan dulce. Si así como dura poco, porque pasa con tanta velocidad como el relámpago, durase algunos momentos, no hubiera podido resistir tanto gozo y hubiese muerto.

Mas lo grande de este regalo era que, pasando con tal rapidez, percibía su alma conocimiento de tan grandes cosas y luz tan clara para comprender, que quedaba pasmada de tanta ciencia espiritual como recibía.

La otra gracia que recibía del Señor, y que ya hemos mencionado, tenía la Sierva de Dios por una prueba que le enviaba su divina Majestad; habíanle dicho que era cosa del demonio, y así lo creyó ella en su profunda humildad, con lo cual no fué pequeña su tribulación; mas pronto la tranquilizó el Señor con esta reflexión que se hacía ella misma: “He puesto en práctica cuanto me han aconsejado; hago lo que puedo por verme libre de esto, y cuanto más os pido y suplico, Dios mío, lo veo más claro. Ahora ruego que aunque no sea vuestro, con tal que no haya en ello pecado, ni falte yo en lo más mínimo, si por prueba o por otros designios vuestros me queréis tener en este estado hasta el

último día de mi vida, estaré conforme y resignada con vuestra santísima voluntad.”

Veíase la Sierva de Dios, según ella misma asegura en sus *Crónicas* y repetidas veces oyérselo contar algunas de sus contemporáneas, rodeada siempre, en todas partes y en toda ocupación, como de espíritus, que al principio no sabía qué era aquello, hasta que Dios nuestro Señor se lo dió a entender, y no sólo lo veía en el cielo, sino dentro de las cosas, en las habitaciones, en cualquier objeto que mirase, mas sin estorbarle nunca para nada. En el campo, sobre todo, dice que era cosa hermosísima, a larga distancia los veía de mayor tamaño, disminuyéndose cuando se aproximaban.

Estos espíritus dice que los veía no sólo con visión intelectual, sino con los mismos ojos del cuerpo, aunque lo mismo los distinguía si los cerraba. Formaban entre sí coros o grupos, y de ellos veía millares de millares. Iban como rodeados de un círculo, y dentro de él hacían la forma de cabeza y alas.

Los que más se destacaban entre todos eran: Uno grande, con alas, al cual le distinguía todo el cuerpo; sosteníase sobre una nube redonda, llevaba en la cabeza una corona como un cintillo de flores, los brazos los llevaba extendidos como en señal de admiración; no iba dentro del círculo como los otros, sino que lo llevaba a los

pies cual peana. Otro parecía estar sentado en un trono con hermosísima corona, y parecía algunas veces que llevaba como una cruz. Otro parece que llevaba una cosa en el hombro izquierdo figurando al divino Pastor. Veía uno como si llevase un niño en brazos, y también veía un círculo dentro del cual iban tres iguales y todos alrededor cubiertos de alas hermosísimas.

Distinguía una escala muy grande, como de la tierra al cielo; pero no recta, sino ondeada, formados los escalones por todos estos grupos. También formaban estos grupos una especie de balanza como de un metro de larga. Formado todo esto de blanco y resplandeciente mucho más que la nieve y la luz. Su movimiento era continuo, tan pronto estaban en la tierra como en el cielo. Algunos días, sin saber por qué, los veía con más claridad, y no podía ser esto efecto de la luz natural: lo mismo lo veía en días nublados o de lluvia que en días radiantes y de buen sol.

También veía otra cosa distinta de las demás que se han dicho, y era a manera de globo grande en nube oscura, pero que se entreveían unos rayos dorados que salían del interior de aquel globo. Éste precedía siempre a todos los demás, e iban cerca de él otros cuatro, pero más pequeños. El más particular de todos éstos y que más llamaba la atención de la Sierva de Dios era uno que parecía una hostia grande; en el centro era

blanca, formando como otra hostia pequeña; rodeábala como una cinta morada, después otra blanca, y así venía a quedar como una hostia grande y de la misma forma.

De estos morados o negros, como los llamaba ella, sólo veía uno o dos, y hasta cuatro algunas veces, y eran entre todos los que más le atraían la atención y gustaba más de ver y reparar en ellos.

Aunque, a su parecer, aquello era bueno, nunca le prestó adoración, y decía que en todas estas cosas había que irse con mucho cuidado, hasta que la Iglesia lo apruebe y defina; pues, de lo contrario, era exponerse a errores y a muchos engaños, y lo que hace admirar en esto es que, con parecerle bueno y agradable, nunca procuró mirar a determinadas partes para verlo, si bien no tenía necesidad de ello, pues siempre lo tenía delante.

Intentó la Sierva de Dios consultar estas cosas que pasaban por su alma; mas, sin duda, no era voluntad del Señor que lo manifestase entonces, pues sin saber los confesores de lo que iba a tratar ni exponerles, siempre pusieron obstáculos a que se lo declarase, y esto le ocurrió, no con uno solo, sino con varios sacerdotes ilustrados, y de los más sabios, a su parecer. Por lo que conoció que algún misterio encerraba el no poder explicarlo, pues en los confesores no había

culpa ninguna, ni conocimiento anticipado tenían de aquello que les quería consultar, y, sin embargo, se resistían a quererlo oír.

Por aquel tiempo sufría grandes tentaciones por esto, pues quería el demonio persuadirla que aquello que veía era cosa suya y no de Dios, como a ella le parecía; y como en su humildad se consideraba indigna de que el Señor le dispensase tal favor, le daba al principio crédito, ocasionándole gran sufrimiento. También trató de convencerla el enemigo, de que aquello era todo fantasía e ilusión suya; mas, recurriendo, como acostumbraba, a la ayuda y protección divina, pronto pudo conocer el ardid del tentador.

Hallábase un día en la huerta de la Casa de Barcelona (Gracia, calle de San Salvador), en un sitio oculto en medio de una arboleda, y allí sola, recreándose y gozando tanto, viéndose rodeada de tanta dicha, el diablo asaltóla con su acostumbrada tentación. “¿No ves, tonta, le decía, que eso no puede ser? No te engrías en que es cosa buena, porque entonces no la verías, siendo imperfecta cual te reconoces, y si tampoco es mía, como tú crees, puede ser un fenómeno que en sí no encierre ni bueno ni malo.”

Entonces ella, en vista de tanta insistencia del demonio, conoció que la lucha que había emprendido era, sin duda, para retirarla de todo aquello y que seguramente le pesaba a él, pues

tanto empeño tenía en deshacerlo, y, haciéndole creer era suyo, lo que quería, al parecer, era tenerla embaucada y engañada cada vez más.

Dice la Sierva de Dios que, según aviso de Santa Teresa, es engañado del demonio aquel que quiere dejarse engañar, pues bien se conocen sus enredos y astucias a poco que se reflexione y medite. Por eso ella conoció pronto su artificio reflexionando en lo que sucedía, y pensaba que, a ser cosa del enemigo, debía ir acompañado de la soberbia, y por la misericordia de Dios, nos dice, sucedíale todo lo contrario. Veía, por otra parte, que ningún daño causaba a su alma; así que, pasados aquellos momentos de turbación que él le ponía, quedábase tranquila y con mucha paz.

Estando, pues, sin saber qué sería todo aquello que sin cesar contemplaba, ni tampoco pensar en examinar su causa, hablando cierto día con una persona seglar, amiga suya, a quien trataba con mucha intimidad y sobre la que tenía la Sierva de Dios alguna luz sobre los designios de Nuestro Señor respecto a dicha persona, las gracias que le preparaba y aun las que había recibido, le explicó algo de este favor y de las cosas que le parecían ser espíritus, pues siempre que se juntaban hablaban de Dios y de los grandes misterios y gracias que derrama sobre sus criaturas. Él se quedó muy admirado de to-

do aquello, y le preguntó qué sería y le parecía a ella; a lo que contestó la Sierva de Dios que cosa mala no le parecía que fuese, mas tampoco podía decirle lo que podía ser, ni darle nombre; pues, aunque bien sabía explicárselo interiormente, no podía darlo claramente a conocer ni ponerle nombre, ya que tampoco lo conocía.

Aquella noche, en la capilla, estando en el examen, sintió, no escrúpulo, sino como disgusto de haber hablado de aquello, examinándose en si había faltado en haber comunicado aquellas gracias o favores sobrenaturales, sin haberle podido satisfacer cuando le preguntó qué sería aquello, y pensando si más bien le había perjudicado respecto a la fe; pues, habiéndole dicho una cosa muy grande no pudo aclarársela bien, empezó a pedir perdón a Nuestro Señor, y hacía propósito de no contarle a nadie más, cuando sintióse de pronto como enajenada o arrobada. "En esta suspensión de los sentidos, aunque fué de pocos momentos, dice la Sierva de Dios, entendí, si no me engaño, estas palabras: ESTO QUE VES ES LA ESENCIA DE DIOS, Y SI ALGÚN TEÓLOGO TE DICE QUE NO PUEDE SER, LE DICES QUE, ENTONCES, ¿CÓMO PUEDE SER ESTO, SINO DE ESTA MANERA?" (1).

(1) Siendo la Esencia Divina infinitamente espiritual y simple, siempre entendió la Madre Petra aquella frase "es la esencia de Dios" en un sentido de símbolo o representación.

La Sierva de Dios añade a esta relación, que de estas cosas que por su alma pasaban no se atrevía a discutir con ningún teólogo y se sujetaría a lo que él le dijese, con tal que en ello conociera que no había pecado.

También afirmaba que, aunque veía era cosa grande lo que se atrevía a escribir y bastante trabajo le costaba, tan sólo le movía a ello la gloria de Dios y el bien que podía redundar en algún alma, pues bien podía ser pasase en alguna otra esto mismo que ella experimentaba, y ya habría con ello alguna experiencia. En fin, que hallaba paz y tranquilidad, sin mezcla de ninguna vanidad, y que le parecía prestaba un servicio a Nuestro Señor y a su Santa Iglesia. “Por todo esto, añade, no deseo ni pido otra recompensa a Nuestro Señor sino que me perdone mis muchos pecados; que no me prive de su vista en el cielo, aunque aquí me quite todas estas cosas, si le place, que yo, por su misericordia, ningún apego siento a ellas, y bien convencida estoy de que con eso solo, aun siendo de Dios, no me santificaría si mis obras no son puras y rectas según la divina Justicia.”



CAPÍTULO VI

SU CARIDAD CON EL PRÓJIMO. — GÉNEROSIDAD
EN PERDONAR LAS INJURIAS Y EN PROCURAR
LA BUENA FAMA DE LOS DEMÁS

EN el Valle volvieron a encenderse nuevamente los odios con los partidos y a reproducirse los disturbios de tal modo, que sus habitantes estaban llenos de consternación por los sangrientos sucesos que se desarrollaron y que llenaron de luto las familias y de desolación a todo el pueblo. Cuando se tranquilizó, pasado algún tiempo volvieron a sus casas todos los que habían emigrado.

Como ya tenía la joven Ana permiso para ejercer la caridad con los pobres del pueblo, ardía en deseos de poder alquilar una casita donde recogerlos; mas tuvo que esperar, para lograrlo, llegase el día de San Juan, que era costumbre de alquilar las casas en aquel pueblo. Mientras llegaba aquel día iba, ayudada de la joven aquella, llamada la Santa, que quería unirse a ella, arreglando las ropas y menaje de los pobres, que bien poco era en verdad.

Llegó el mes de junio, y pasado el día de San Juan ya tenían alquilada una casita en la calle de la Alameda, del Valle de Abdalagís, su pueblo natal; admitieron algunos ancianos, como seis o siete, y desde el primer día se fué al cuidado de ellos la joven aquella de los milagros, llamada Josefita, con otra mujer que le pagaban para que asistiese a los ancianos, porque aquélla, como estaba tan enferma, no podía hacer nada, antes había que cuidarla a ella también. Como Ana habíale prometido a su padre cuidar de la casa hasta que se casase su hermano, iba por la noche a cuidar de los pobres, y durante el día también les cosía la ropa y hacía lo que podía. Por la mañana, antes de ir a su casa, cogía una cesta y se iba a pedir a la plaza para sus pobres. Los primeros días la acompañaba una amiga que tenía, muy buena, pero después iba ella sola, y a no ser por el encendido amor de Dios, que

abrasaba todo su ser, imposible le hubiese sido hacerse tal violencia por vencerse en aquella voluntaria humillación. Los primeros días que salía a pedir todos se asomaban a las puertas por verla, y aun algunos la seguían hasta la misma plaza. Iba ella abochornada, aunque ni un solo día dejó de ir por respeto humano. Interiormente experimentaba grande alegría, que la compensaba grandemente de aquel bochorno.

Como no llevaba hábito, sino que iba de seglar, y no era costumbre en aquel pueblo ir a comprar ninguna joven de posición, sino los criados y la gente pobre, de ahí que le costase tanto y fuese siempre con rubor en el rostro, que hasta la gente se lo conocía y atribuía a locura, desconociendo el principal y único móvil que la impulsaba, que era el amor de Dios. Cuando volvía a casa, cargada con su cesta repleta, olvidábase del bochorno con la alegría de la buena provisión que les llevaba a sus pobres; hasta el otro día, que volvía la misma tentación al tomar la cesta de nuevo, y que el Señor, sin duda para probar su amor y darle más con que merecer, permitió tuviese por muchos años la misma repugnancia y vergüenza, y que para poderla vencer tenía que encomendarse a todos los santos.

Poco tiempo después ingresó con ellas una prima de Ana, jovencita; tenía diez y ocho años,



mas tan delicada de salud, que murió a los siete meses; no tenía madre, y rogó a su padre que le diese una buena limosna para los pobres cuando muriese. Su padre, como era muy caritativo, consintió en ello, y les hizo entrega de cinco mil pesetas en dinero y en especies, que les vino no poco bien.

Por aquellos días vendían una casa muy buena y a propósito para el Asilo, y pudieron contratarla, dando el primer pago con esta limosna. Estaba situada en la plaza, frente a la parroquia, y aun hoy es conocida con el nombre de Casa de los Pobres.

Al año siguiente trasladáronse a esta casa, y ya desde el primer día se quedó con los pobres continuamente Ana, es decir, de noche y de día. Como ya tenía permiso de su padre, no quiso pedírselo de nuevo, ni despedirse para no contristarle; así que la última noche le dijo a su cuñada y a su muchacha, cuando fué por ella a la mañana siguiente, dijesen a su padre que se quedaría del todo y que no la esperase ya. Por más que sabía, y estaba ya conforme, corrieron en abundancia las lágrimas por sus mejillas cuando se lo dijeron.

Mientras tanto nuestra abnegada joven quedóse con sus pobres y la enferma, que bien le daba qué hacer. Mas de la alegría tan grande que tenía de haber conseguido lo que tanto ha-

bía deseado, parecía ser sueño el que estuviese del todo con sus ancianos, y del excesivo gozo que tenía ni se acordaba de comer, ni tenía ganas de dormir; así, que las noches que descansaba eran pocas horas y éstas en el suelo; pues no sabía cómo recompensar y agradecer a Dios aquella gracia tan grande de llamarla a su servicio, y se mataba a penitencias. Trabajaba de día y de noche con la gracia especial de no sentir cansancio alguno, tan embebida se hallaba practicando la caridad cristiana en la persona de aquellos pobrecitos, y con la caridad todas las obras de misericordia, tanto corporales como espirituales.

La mujer que servía a los ancianos y que costeaban, al quedarse del todo Ana la despidieron por economía, y como la otra estaba enferma y nada podía hacer, tenía que cargar ella con toda la faena de la casa. Así estuvo como un año o año y medio, hasta que se les agregó Frasquita Bravo Muñoz, conocida en la caritativa Congregación de Madres de Desamparados por Madre Magdalena de San José. Era hija de uno de los cabezas del partido contrario al del padre de Ana y, como el de ésta, de lo principal del pueblo, por lo que en mucho tiempo no se habían tratado; mas al verse tanto en la iglesia ya tenían deseos de comunicarse, pues adivinaron tenían el mismo parecer, y ni una ni otra guar-

dábanse rencor por las cosas de sus familias; pero como no tenían ocasión de verse a solas estaban ambas con estos pensamientos, hasta que un día encontráronse en casa de Josefita, y allí hablaron de sus cosas como si siempre hubiesen estado en buena amistad. Frasquita le comunicó el deseo que tenía de unirse a ella, mas no pudo ponerlo en práctica hasta que poco tiempo después murió su padre, que se oponía a él, y también ella no quería darle disgusto, pues estaba muy enfermo, hasta que por fin Dios le llamó a Sí, y pudo entonces unirse a Ana, con cuya compañía tuvo no poco alivio con su ayuda.

La joven Frasquita, como era tan buena y prudente, jamás le habló de cosas de partidos ni de los disgustos que habían tenido sus respectivas familias, ni nunca le demostró el menor resentimiento, antes al contrario, se querían cual perfectas hermanas, repartiéndose como a tales el trabajo y turnándose de tal manera que si una se encargaba una semana de la cocina, la otra lavaba la ropa y hacía los demás trabajos, y a la siguiente cambiaban, haciéndolo todo con tal gusto que, aunque por aumentar de día en día el número de los ancianos se multiplicaba la faena, el Señor multiplicaba también sus fuerzas, con lo que no sentían el menor cansancio.

Algunos días salían a pedir al campo, y por

cierto que volvían siempre muy satisfechas, pues recogían abundante limosna.

Animada la joven Frasquita con su ejemplar compañera, deseaba hacerse santa, para lo cual trató de imitar aquel deseo insaciable de penitencia, que, como no tenían quien las gobernase en lo espiritual, con su sencillez y buena fe, la hacían muy rigurosa: apenas dormían ni comían, y las pocas horas de reposo que tomaban era en el duro suelo. Prueba evidente que el Señor premiaba aquello era el quitarles el cansancio y hasta la necesidad, pues ni una ni otra la sentían a pesar del excesivo trabajo y tan prolongados ayunos, y, unido a esto, tanta paz y alegría que no se podían mirar, pues estallaba la risa. Cuando salían a pedir al campo en todo el día no probaban bocado, y a la noche apenas tomaban nada para cenar, y luego, en vez de dormir, tenían que hacer la comida para los ancianos, arreglarles la ropa, hacer la limpieza y dejarlo todo listo para emprender al día siguiente las mismas correrías, sin contar lo mucho que les daba qué hacer y sufrir la que, por parecer santa a los ojos de aquella crédula gente, inventaba mil embustes y patrañas, que, porque no perdiese la buena fama de santidad, tenían que disimular ellas y pasar por ello.

No sabiendo qué partido tomar que fuese más

prudente para que Josefita no pudiese perder en nada su reputación, ni que la familia ni nadie pudiesen columbrar lo que pasaba, y no pudiendo ya ni una ni otra sufrir más aquel tormento de la supuesta santa, le propuso Ana fundasen otra casita en un pueblo inmediato, o sea en Alora, puesto que tenían muchas personas, incluso el alcalde, que se prestaban gustosas a ayudarlas.

Con esto podrían extender su buena obra, y como por este tiempo ingresó una hermana de la Madre Magdalena, llamada Isabel y después Madre Natividad, y eran cuatro ya, es decir, tres para trabajar, más jóvenes y ardiendo en amor divino de trabajar por Dios, les parecía eran pocos los pobres del Valle, y podían muy bien quedarse una con la enferma en el pueblo y otras dos en Alora, y al propio tiempo descansar de tantos sufrimientos como tenían que soportar con la enferma, aunque ella no podía ir, pues su padre sólo le había dado permiso para estar en el pueblo y no consentía que saliese de él; sin embargo, tenía gran deseo que se llevase a cabo la fundación, y trabajó cuanto pudo y supo para convencer a Josefita, que no estaba muy conforme con esto, y ni aun oír hablar de ello quería; mas, por fin, alquilaron una casita, y se hizo la fundación el día de San José del año 1875.

El día 11 de enero del mismo año que se fundó en Alora murió el padre de Ana; sin duda quería el Señor que también fuese ella a gozar, practicando la caridad con los desvalidos de aquel pueblo.

Con el fallecimiento de su padre (que murió como un santo) desaparecieron los obstáculos para hacerse Religiosa, cual era su deseo; mas ya se hallaba comprometida con las principales personas de aquella localidad para la fundación del Asilo, y no le pareció prudente dejarlo hasta que diese cumplimiento a aquel compromiso.

Asistieron a la fundación ella y Josefita, que fué el día 19 de marzo, festividad del Santo Patriarca, del que era devotísima, como ya se ha dicho. En el pueblo aquel había mucha desanimación a causa de la sequía: todavía no habían sembrado los cereales a pesar de estar ya casi en los comienzos de la primavera.

Un mes antes de la fundación, estando cosiendo las ropas de los ancianos, les decía Ana como en broma que todas aquellas ropas se habían de estrenar con agua. Tenía gran fe y confianza en que San José no se negaría a nada de lo que le pidiese, como así fué en esta ocasión y muchísimas más que admiraremos en el transcurso de su vida.

El Asilo, además de fundarse en el día del

Santo Patriarca, llevaba también su nombre. El día 18 recibieron siete ancianos, los cuales iban llenos de miseria, cual suele ocurrir con estos pobres desgraciados. Calentaron, o mejor dicho calentó, pues la enferma no estaba para nada, una caldera de agua y lavó a todos los pies y la cabeza; en fin, les quitó la miseria, vistió de limpio y se acostaron en sus buenas camas. Al otro día estrenaron sus trajes de paño, y con sus camisas planchadas, tan aseaditos, que las gentes que salían a las puertas a verlos, admiradas, se deshacían en alabanzas y bendiciones a Dios, por cuyo amor habían amparado las Hermanitas, como ellos llamaban, a aquellos pobres y desvalidos. Iban a Misa tan ufanos y contentos con sus trajes que parecían señoritos; mas, mientras estaban en Misa, empezó a llover cada vez más fuerte, y como no tenía trazas de parar tuvieron que regresar al Asilo, al que llegaron todos mojados, pero bendiciendo a Dios por la misericordia que había tenido remediando aquella necesidad.

Los del pueblo, con la alegría que tenían, y atribuyéndolo todo al beneficio del nuevo Asilo, llevaron muchas limosnas, y así quedaron todos tan contentos y agradecidos al Señor y al bendito San José.

Josefita Muñoz, su otra compañera del Valle, estaría en la casita de Alora unos quince días,

y en todos ellos no salió de la cama y nada la ayudó; al contrario, tenía Ana que cuidar también de ella, y como no cesaba de llorar, pues decía no le era posible vivir fuera de su pueblo y lejos de los suyos, pronto tuvo que volver al Valle, quedándose ella sola con los ancianos; al otro día fué a reunírsele Isabel Bravo, o sea la Madre Natividad, la que desde entonces continuó en su compañía. Quedáronse en el nuevo Asilo las dos, y la joven Frasquita y Josefita en el Valle.

Queriendo un día la Sierva de Dios vencer la repugnancia tan grande que sentía en curar a un pobrecito anciano una asquerosa llaga, abrazóle a la vez que ponía la boca en aquella podre.

Súbitamente, nimbado de resplandor, aparecióse el Señor, y con rostro hermoso y sonriente, a la vez que le daba su bendición, comunicóle gran aumento de gracia para poderse vencer en esas repugnancias a que su delicado estómago, no menos que a su natural, tan pesado y dificultoso se le hacía.

Por entonces ingresó Rafaela Conejo Giménez, cuyos antecesores fueron también de lo más distinguido del Valle, conocida en la Congregación por Madre Trinidad de San José, que fué más tarde la tercera Superiora General, la cual se quedó en la Casa del Valle. Convinieron en

cambiar cada trimestre de residencia, es decir, que las que quedaban en el Valle iban después de tres meses a Alora, y las de aquí al pueblo natal en compañía de Josefita; de este modo compartían entre sí aquel tormento, que lo comparaban las cuatro a las penas del infierno; pues, además de transigir con los embustes y rarezas de Josefita, se veían expuestas a cometer muchas faltas para contentar a ella y a su director; había que dejar las prácticas religiosas; no podían confesar más que con el coadjutor, pues tenían prohibido en absoluto confesar con otro, y con éste no podían desahogarse, pues ni nombrarle nada dejaba de los escrúpulos que tenían por motivo de las simulaciones que, por no difamar a Josefita, tenían que pasar. Así estuvieron unos cuatro años, que increíble parece que pudieran sufrir tanto con las penas interiores tan excesivas y numerosas, con tantos escrúpulos y todo tan en silencio, tan oculto y sin esperanzas de que terminase pronto.

En fin, la misma Sierva de Dios nos dice que milagro fué no le costase la tal prueba la vida. Con esto queda dicho todo.



CAPÍTULO VII

MISTERIOSA VISITA QUE TUVO LUGAR EN LA CASITA DE ALORA



RA la vigilia de Navidad; fuése la Sierva de Dios muy temprano con los pobres a oír Misa, confesar y comulgar a la iglesia del convento de Beatas Franciscanas, que estaba cerca de la Casita-Asilo, adonde acostumbraba ir todos los días.

Después de la Sagrada Comunión meditaba ella con gran fervor en San José y la Santísima Virgen pidiendo posada por las calles de Belén; compadecíase tanto del Santo bendito, y

se representaba tan al vivo aquella meditación, que le parecía verle efectivamente en aquella pena y dolor, y le decía al Santo de sus amores en un arranque de compasión y amor: “Si yo hubiese vivido en aquel tiempo y lugar, ¡con qué gusto os habría acogido y dado lo mejorcito de mi casa!” Salió de la iglesia con los pobres, y al entrar en el Asilo encontró que la puerta estaba abierta y en medio del patio, o sea donde comían los ancianos, un hombre de pie. La joven Isabel Bravo estaba a la salida de dicho patio; acercóse a ella y en voz baja le preguntó: “¿Qué quiere ese hombre?”, creyendo que ya había hablado con ella; mas encogióse de hombros y le dijo que no le había visto hasta entonces y que creía había venido con ella y los ancianos. Entonces, a presencia de Isabel y los ancianos, le preguntó: “¿Qué se le ofrece a usted?” Y le contestó: “QUEDARME AQUÍ.” Sorprendida, pues no era anciano para asilarse, si bien tampoco no era joven, sino de mediana edad, le replicó: “Esto no es más que un Asilo para los pobres del pueblo, pero no para los transeúntes (se le conocía que era de punto lejano), pues no los podemos acoger.” Entonces replicó él: “PUES A ÉSOS SON A LOS QUE DEBEMOS RECIBIR, PORQUE ENTRE ELLOS NO SABEMOS QUIÉN VIENE. — Y usted ¿de dónde es?”, le preguntó ella. “YO SOY DE TODAS PARTES, dijo el

desconocido; DE DONDE ME QUIERAN ACOGER.”

Por aquel tiempo tenían nueve ancianos, pero hacía unos días que había muerto uno, mas nadie se lo había dicho, y como tenía prohibido por el director de la Casa del Valle admitir más de nueve, excusábase ya en una cosa, ya en otra, cuando él con gran sorpresa de todos preguntó: “¿NO MURIÓ UNO EL OTRO DÍA?” Entonces le dijo la Sierva de Dios: “SÍ, señor, que ha muerto uno.” Replicó él: “BIEN; QUEDAN OCHO, Y HOY ENTRO YO, QUE SON LOS NUEVE.” Pero como aquella vacante estaba ya reservada para uno del pueblo, y tenía prohibido recibir más de este número, resistióse a admitirlo, y le dijo que la cama estaba todavía por limpiar; mas él le dijo: “YO NO NECESITO NI CAMA, NI COMIDA, NI ROPA.” Y ella entonces, admirada, exclamó: “¡Jesús, qué hombre éste! ¡Yo no he visto otra cosa igual! ¿Y usted no come?” Contestó entonces él, muy tranquilo: “CUANDO HAY TOMO ALGO; CUANDO NO, SÉ AYUNAR, PORQUE NO DE SÓLO PAN SE MANTIENE EL HOMBRE”, y siguió hablando en latín cosas que, como es natural, no entendían.

No se daba cuenta de lo que le pasaba, ni quién podría ser aquel hombre tan extraordinario. Ofrecíale comida y no hacía caso, no le contestaba, sino sólo insistía diciendo: “QUIERO UN RINCÓN DE AQUÍ, PORQUE ME PERTENECE.” Como no quería comer ni tomar nada, le preguntó qué

buscaba, y le dijo: “LA CARIDAD CRISTIANA, QUE TAN PERDIDA ESTÁ EN EL MUNDO.” Y esto mismo repetía muchas veces. Cuando le hablaba siempre terminaba con palabras latinas. Desabrochóse la chaqueta y sacó del pecho una tablita de madera como de un palmo de larga, con una cruz pintada de color encarnado y unas letras al pie, en abreviatura, del mismo color, y mostrándoselas le dijo: “LEE.” Mas ella le respondió que no entendía lo que querían decir aquellas letras, y él contestó: “LA CARIDAD CRISTIANA, QUE TAN PERDIDA ESTÁ EN EL MUNDO.”

Dejó la tablita sobre la mesa y, metiéndose otra vez la mano en el pecho, sacó un libro y le dijo: “TOMA Y LEE.” Lo abrió y vió que eran meditaciones de la Virgen para los días de la semana; pero ella, con la turbación que tenía de oír a aquel hombre y aquellas cosas tan misteriosas que le decía, no estaba para leer, y así le dijo si se lo daba o se lo vendía, y como contestase que no, le preguntó de nuevo: “¿Qué es lo que busca?” Y vuelve él a repetir: “LA CARIDAD CRISTIANA, QUE TAN PERDIDA ESTÁ EN EL MUNDO.” A todo contestaba esto mismo. Luego le preguntó él: “¿QUIERES PAN PARA TUS POBRES?” Contestóle ella: “No, señor; si ellos tienen. Si usted quiere, yo le daré de comer.” Se calló y, metiéndose la mano en el pecho, sacó siete pedacitos de pan muy tiernos y blancos, y los puso

sobre la mesa donde comían los ancianos, diciéndole: “TOMA PAN PARA TI Y PARA TUS POBRES.” Luego, separándose de la mesa y acercándose a la Sierva de Dios, le dijo: “¿SABES LO QUE SE NECESITA PARA IR A LA VIDA ETERNA?” Y ella, como disgustada de que tanto la examinase aquel hombre, y sin darse cuenta de lo que le pasaba, le dijo: “¿Qué, qué se necesita?” Y le contestó: “SE VA POR MEDIO DE LA ORACIÓN, EL AYUNO Y LA PENITENCIA, ES DECIR, MURIENDO A TODAS LAS COSAS DE AQUÍ ABAJO PARA VIVIR ARRIBA”, y señalaba con el dedo al cielo. Pero todo esto con una gravedad y majestad que imponía. Los ancianos presenciaban esto sin articular palabra y como estupefactos, y lo mismo la joven Isabel Bravo. Varias veces en el tiempo que estuvo, que fueron quince o veinte minutos, exclamó: “¡QUÉ DÍA TAN GRANDE ES HOY PARA LOS CRISTIANOS SI LO SUPIERAN MEDITAR! ¡HOY NACE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO! ¡QUÉ DÍA TAN GRANDE PARA LOS CRISTIANOS!...” Y siempre añadía: “SI LO SUPIESEN MEDITAR.”

A todo esto no sabía la Sierva de Dios qué hacer ni qué pensar de aquel hombre, y como todos estaban de pie le dijo: “¡Jesús, qué hombre éste! Siéntese usted y dígame quién es o a lo que viene, porque yo no me he enterado todavía de quién es usted ni a lo que viene.” Entonces, levantando la vista, la miró y le dijo: “MI

CARA DICE QUIÉN SOY. ¡CON DIOS!” Y desapareció tan repentinamente, que no vieron cómo fué. Apenas volvió la espalda rompió a llorar la Sierva de Dios con mucho sentimiento, y, saliendo de aquella obscuridad en que estaba, dijo: “¡Ay! ¡Qué mala he sido en no acoger a este hombre, pues no me cabe duda que era un santo!”

Lo único que la consolaba en aquella pena era que si no le había admitido no fué por falta de voluntad, sino porque lo tenía prohibido por obediencia, y así no le quedaba escrúpulo, aunque sentía haber perdido aquella buena ocasión de tener un santo en su compañía, porque en todo no demostraba otra cosa sino ser un hombre extraordinario, un santo.

Cuando vió lo que había perdido puso a todos los ancianos en la calle y por los sitios donde le parecía que lo podían encontrar, para que lo buscasen y llevasen a la casa; pero todos volvieron diciendo que por ninguna parte habían visto a aquel hombre.

Su porte era sencillo, como de un artesano; la ropa, color obscuro, chaqueta larga muy abrochada; pero todo muy limpio y aseado; no tenía barba; la cara, muy bonita, color blanco y sonrosado; las manos, pequeñas y bonitas; en fin, era un hombre particular.

No se puede afirmar quién era, puesto que no

lo dijo; pero bien se deja comprender por el día que era, por lo que habló y por todo. La Sierva de Dios nos asegura que, a su parecer, era un hombre extraordinario, santo, porque el que va por el mundo como él iba algo busca, algo vende o compra; en fin, le mueve algún objeto. Pero él, que no salía de la caridad cristiana, que tan perdida está en el mundo, y que eso era lo que buscaba; él, que no quería comer; el mismo decir que no necesitaba cama, ni comida, ni ropa; aquellos consejos que daba, que después vió ella que eran la perfección suma, cuando le dijo que había de morir a todas las cosas de aquí abajo para vivir arriba; en fin, tantas cosas, tanto como hablaba en latín, aquella cruz misteriosa, aquel libro, aquellos pedacitos de pan, ¿qué significaba todo esto? ¿Qué hombre era éste? Como verán los que esto lean, ni una palabra sola de las que dijo dejan la menor sospecha, sino que todas y todo lo que hizo y dijo fué edificante, misterioso y grande.

Ya tuvieron mucho tiempo en qué meditar con esta misteriosa visita, que nunca jamás pudo olvidar la Sierva de Dios, y en particular siempre que llegaba Nochebuena se reproducía en su espíritu una alegría extraordinaria, pues siempre creyó, y así lo decía a sus compañeras, que aquel hombre no fué otro que el bendito Santo de su devoción, el glorioso San José.



CAPÍTULO VIII

CONSIGUE POR FIN CONSAGRARSE LA SIERVA DE DIOS AL SEÑOR EN EL ESTADO RELIGIOSO. — DURAS PRUEBAS A QUE LA SUJETÓ DIOS Y SU HÉROICA PACIENCIA EN SUFRIRLAS



PARACE que la visita del hombre misterioso vino a poner término a aquella prueba tan dura y que parecía difícil, de allanar las dificultades para poder ser Religiosa.

En aquel mismo año se ofreció que la joven Rafaela tuvo necesidad de tomar baños de mar, y dispuso Josefita que la acompañara la Sierva de Dios.

Como tenían aquellos deseos tan grandes de entrar en religión y veíanse en Málaga, donde tantas Comunidades había, se avivaron sus deseos, y como conocían a un Padre muy santo y muy letrado, con el que habían confesado varias veces, le consultó sus deseos, y parecióle tan bien que la inclinó a que inmediatamente los pusiera por obra, puesto que la principal dificultad, que era su padre, había desaparecido. Le dijo el Padre Mariano, que así se llamaba dicho confesor, que, aunque aquella vida era buena y hacían los mismos sacrificios que las Religiosas, al fin no tenían tanto mérito, porque ni llevaban hábito, ni habían hecho votos, ni nada. Preguntóle este Padre dónde pensaba ingresar, y como contestase que le gustaría entrar en las Hermanitas de los Pobres le dijo que no le parecía bien y que lo mejor era presentarse al Prelado y pedirle consejo.

Fueron a verle y estaba fuera, pero encontraron al secretario, a quien hablaron del asunto, y le dijo que podía ver al provisor, que estaba fundando una Congregación de Mercedarias; le hizo mucho elogio de él y de las Religiosas que iban ingresando, de la clase de Instituto que era; en fin, la entusiasmó en gran manera, y de allí fueron a ver al P. Mariano, al que le pareció muy bien.

Al otro día se fué a palacio y habló con don

Juan Nepomuceno Zegri, que así se llamaba aquel canónigo fundador; la recibió muy bien y muy contento, facilitándoles todas las cosas sin exigirles nada, y tan vehemente era y tanto deseaba tener Religiosas, que aquel mismo día quería que se quedasen, mas tenían que volver al pueblo para proponérselo a las otras. Les enseñaron la Casa y vieron a todas las Religiosas, que las recibieron con mucha amabilidad, mas la Sierva de Dios nada de lo que vió le gustó; todo el entusiasmo que tenía porque iba a ser Religiosa se le quitó cuando visitó aquel convento, de tal manera que, sin saber a qué causa atribuir aquella mudanza, ni ganas tenía ya de ser Religiosa.

Con aquella amargura y tristeza que sentía fué a hablar con el P. Mariano, contándole su desencanto y la repugnancia que sentía de entrar en aquel Instituto. Él le dijo que aquello era tentación, que no hiciese caso y entrase en aquella Congregación. Ella, sumisa y obediente siempre, le contestó: “Haré lo que usted me mande, pero contra mi voluntad.” Después de dar su palabra al provisor marchóse a comunicar la noticia a sus compañeras. Llegó, pues, a Alora, alegre por una parte y por otra con suma amargura, ya que presintió no era aquélla la voluntad de Dios. Las jóvenes Frasquita e Isabel recibieron con alborozo la noticia, pues, como lo

que deseaban era ser Religiosas, no se fijaron en más.

La que más tarde conoceremos con el nombre de Madre Petra de San José marchóse a su pueblo a comunicarlo también a Josefita, creyendo que con esto le causaría grande gozo; pero fué todo lo contrario, pues recibió tal pesar como quizá no lo hubiese tenido con la muerte de su padre; se puso a llorar desesperadamente, tratando de disuadir a la Sierva de Dios, poniéndole mil pretextos y diciéndole que ellas fundarían y tendrían el nombre de fundadoras, sin necesidad de tener que sufrir en otra parte. Mas ella le replicaba: “Dejémonos de tonterías, que nosotras no estamos para fundar, sino para que nos funden y entrar en un Noviciado donde nos enseñen a todo.” Con esto se ponía más fuerte, hasta que por fin dijo claro que no quería ser Religiosa, a lo que le contestó la Sierva de Dios que, si ella había dejado a su padre y todas las cosas, era para serlo, es decir, para servirle en religión y como Religiosa.

Así estuvo en la Casa del Valle con Josefita unos dos meses, con la lucha más terrible y con tantas tentaciones, que, a no ser por la protección tan visible del Cielo y sus muchas virtudes, seguramente que el demonio sale con la suya, porque, como la quería (a Josefita), sentía mucho separarse de ella y que, después de estar

cuatro años en su compañía, se quedase en el mundo, expuesta a ser lo que ha sido, dando vueltas y revueltas, y al fin no ha podido o no ha querido ser Religiosa, y esto era lo que ella sentía. Continuamente se ponía a llorar, suplicándole por Dios que no la dejase y diciéndole que ella sola ¿qué haría en aquella casa y con aquellos pobres, que bien sabía que si la Sierva de Dios se iba la seguirían las otras y se quedaría ella sola, como así sucedió?

Antes de irse de aquella casa para no volver propuso a Josefita que saldría por los campos a recoger limosna para los pobres, a fin de que tuviese para darles que comer todo el año. Nunca pidió la limosna con tanto gusto e interés, pues subía a unas pendientes y a unos sitios hasta peligrosos, y dondequiera que divisaba alguna casita o choza, allá iba, sin dejar nada por andar. Por cierto que parece que el demonio se valía también de esto para tentarla, porque todos daban más limosna que nunca y mostrábanse en extremo cariñosos y contentos con ella.

Parece que todo la halagaba para engreírla y hacerla desistir de su propósito; pero Dios le había dado tal vocación y tanta gracia, que aquellos mismos halagos que le habrían hecho desistir según la carne, le hacían estar más fervorosa y desasida de todas las cosas, y con alegría tan grande que nunca había gozado tanto

en pedir limosna como aquella vez. Y era que, como lo hacía todo por Dios y buscando la humillación, lo mismo lo hacía por aquellos pobres que por otros que nunca hubiese conocido. Interiormente iba despidiéndose de todas aquellas casas, personas y campos, pues, como era su pueblo natal, todo lo conocía y miraba con cariño; mas esta despedida no le era motivo ni causa de tristeza, antes bien de contento y alegría por poder ofrecer al Señor aquel sacrificio.

Con la abundante limosna que recibiera pareció acrecentarse en Josefita el deseo de que se quedase con ella, y junto con el capellán emprendieron de nuevo el ataque, tratando por cuantos medios estaban a su alcance de disuadirla y convencerla para que no la abandonase. Asegurábale el capellán que iría a ver al Prelado para fundar ellas mismas una Congregación; pero ella ya no los creía, y después de asegurarles que el separarse de ella no era por motivo de disgusto ni resentimiento alguno, sino solamente por seguir la voz de Dios, les dijo que ya estaba totalmente resuelta y que al día siguiente saldría para Alora, donde se reuniría con las otras y marcharían juntas a Málaga para ingresar en una Congregación Religiosa.

Es indecible el disgusto que hubo y cómo lo tomaron. A Josefita le dió un ataque de nervios y se quedó como muerta; cuando volvió en sí

lloraba mucho y dijo que no se encontraba con valor para despedirse de la que por tanto tiempo había sido su compañera, de lo que se alegró la Sierva de Dios, pues, a pesar de todo, la quería y sentía hacer la última despedida.

Salió, sin decir adiós a nadie, muy temprano, y como había de ir sola a casa de su hermana llamó a un anciano para que la acompañase.

El pobre, aunque nada le había dicho ella de su partida, algo presintió, pues en el camino no hacía más que llorar, y muchas veces le preguntaba si ya no volvería y la podrían ver más, y esto, como es natural, la hizo sufrir mucho.

Cuando llegó a casa de su hermana, como era muy temprano, no se habían levantado aún; sorprendiéronse de verla a aquellas horas, y explicóles el motivo, diciéndoles que iba a rogarle a su cuñado que la llevase en una caballería a Alora. Su hermana, que mucho la quería, se puso a llorar, preguntándole qué había pasado y adónde iba, pues si bien ya se habían acostumbrado a verla hacer tal viaje, aquel día todo les extrañaba: la hora, el ir sola; en fin, todo.

Contóles un poco por satisfacerles, y, aunque fué muy por encima, esto bastó para que comprendiesen que no la verían más, y como lloraban tanto los sobrinos y su hermana, que era un duelo, más que si se hubiese muerto, ya se iba enterneciendo un poco; pero levantó los ojos al

cielo y sintió una fortaleza tan grande para vencer aquella tentación de carne y sangre, que le hizo exclamar: “¡Señor, Vos sobre todas las cosas!” Y con esto cobró un ánimo tan grande, que, como sacudiendo toda aquella tentación, le dijo a su cuñado: “Vamos pronto, que esto no me conviene a mí”, y se despidió de su hermana y de todos ellos con una sonrisa, que llegaron a creer que no los quería ni sentía aquella separación.

Libre ya de aquellos lazos bendijo al Señor de lo profundo de su corazón por aquella nueva victoria que, gracias a su favor, acababa de obtener del enemigo.

Su cuñado, en el camino, le iba preguntando por las cosas de Josefita, pues ni él ni nadie de su familia creían en lo que se decía de sus milagros y virtudes, y siempre habían tenido pena y disgusto por creer que sufriría la Sierva de Dios en su compañía. Mas ella, llevada de su caridad, no quiso descubrirla, y se limitó a decirle que no podía ser Religiosa por su enfermedad y que, como la quería tanto, había sentido mucho la separación.

Llegó a la Casita de Alora muy contenta, y cuando la vieron Frasquita Bravo y Rafaela Conejo, más tarde Madres Magdalena y Trinidad, que eran las que estaban allí, tuvieron una alegría tan grande que no es para descrita; mas

a los pocos días vino a turbar su paz un hermano de la joven Frasquita, que iba por ella para llevársela a casa. Decía que no querían estuviere con la Sierva de Dios, porque las tenía engréidas, y que donde debían estar era con Josefita; pero como ellas bien sabían sus cosas, aunque por caridad las callaban, temían perder la gracia de la vocación si volvían a su lado, y así no querían separarse de la Sierva de Dios.

Eran tantas las cosas que les decía en elogio de Josefita y en contra suya, que ponía espanto oírle.

La joven Frasquita se defendió como pudo y resistió cuanto le fué posible, mas la tomaron por fuerza y violentamente se la llevaron.

Así se quedó nuestra heroína con tanta pena y sola con su otra compañera, la joven Rafaela.



CAPÍTULO IX

FUNDACIÓN DE LA CASA-HOSPITAL DE VÉLEZ-MÁLAGA. — ENTUSIASTA ACOGIDA QUE EL PUEBLO LES HIZO Y CÓMO LO RECIBIÓ LA SIERVA DE DIOS. — SU SEPARACIÓN DE LA CONGREGACIÓN MERCEDARIA



los pocos días de haberse llevado a Frasquita Bravo tomó el hábito la Sierva de Dios en la Congregación que había fundado el provisor, según se dijo en el capítulo anterior. Como conocía ella claramente no ser voluntad divina aquella determinación y que sólo por obedecer al confesor se había decidido a poner por obra, te-

nía y sentía en su alma gran amargura, en vez de la satisfacción que era de esperar. Así que no quiso hacer también la profesión que le proponía.

Ya con hábito religioso, volvió, por mandato del provisor, a Alora, y cuando más tranquila estaba le viene otra no menor prueba con la separación de la joven Rafaela, a quien mucho amaba.

Como ésta era también del Valle, y por la separación de Josefita se había armado grande alboroto en el pueblo con lo muchísimo que en disfavor y en contra de la Sierva de Dios decía la familia de Josefita, creyó todo esto la familia de Rafaela, y hasta creían que ellos y su hija se condenarían por haberse apartado de Josefita; fueron, pues, por ella, mas como no quería separarse de la Sierva de Dios por nada ni por nadie, se escondió en casa de una señora y tuvo que cargar ella con todas las injurias.

No parecía sino que el mismo enemigo hablaba por aquella boca, pues, siendo la madre de Rafaela tan buena como era, parecía imposible que le dijera aquellas cosas. En fin, que sí que se llevó mal rato la Madre Petra y tuvo ocasión de ejercitar su heroica paciencia. A todos aquellos insultos no respondía sino con una ligera sonrisa, sin perder nada de su constante serenidad. No abrió la boca para defenderse de todas aquellas injurias; sólo, con mucha gracia,

le contestó al decirle que estaba condenada: “¡Gracias a Dios que usted no me ha de juzgar!”

Cuando vió la familia de Rafaela que no podían sacar nada se fueron a casa del alcalde y del juez para que la buscasen y se la entregaran. Mas éstos, que mucho querían y estimaban a la Sierva de Dios, se evadieron y no hicieron nada de lo que ellos querían. Pero, viendo ya seria la cosa y que ya era difícil tenerla en su compañía, por hallarse Ahora a un paso del Valle y no poder estar más tiempo escondida, determinó la Madre Petra llevarla a Málaga al convento de aquella Congregación, pues ya estaban admitidas, y así podía estar más segura. Creyendo que ya se habían ido al Valle, tomaron las dos el tren para Málaga; mas ¡cuál fué su asombro y temor al ver que habían subido al mismo coche que la madre de su compañera, que, pensando si tal vez se la habrían llevado a Málaga, iba allí por su hija!

De lo íntimo de su alma rogó la Sierva de Dios a Jesús pudieran pasar inadvertidas, pues ya no podían retroceder, y el Señor quiso hacer este milagro, que con ir juntas la veían y no eran vistas de su madre, de lo que no poco se extrañaban, bendecían y daban gracias a Dios las dos.

Por fin enteróse la madre de Rafaela de que su hija estaba en San Carlos (así se llamaba la

casa de la Congregación dicha); fué allí, la sacó y se la llevó a su casa.

Quedóse sin sus compañeras del Valle, y ni siquiera les permitían que le escribiesen ni que se vieran, como tampoco que se comunicaran ellas entre sí. Mas, aunque separadas, seguían las tres jóvenes el mismo plan: apenas comían y no hacían más que llorar, hasta que, viendo las dos familias que aquella oposición iba a costarles la vida a sus hijas, resolvieron llevarlas otra vez a Alora a reunirse con la Sierva de Dios.

Iban muy contentas, rebosando de gozo y alegría, y la Madre Petra, que no las esperaba, ni tenía confianza de verlas más por allí, a causa de la tenaz oposición de sus respectivas familias, y como los dos meses que habían estado separadas no habían tenido noticias unas de otras, no hay que decir el alegrón que tuvo cuando las vió entrar y le dijeron que ya sus familias les daban permiso para quedarse con ella. Sucedió esto el día 24 de diciembre del año del Señor 1877, y así pasaron la Nochebuena tan alegres como los pastores de Belén.

Como vieron a la Sierva de Dios con su hábito querían ellas también ingresar, y aunque trató de disuadirlas, pues no le gustaba a ella ni estaba muy contenta en aquella Congregación, como no querían apartarse de su lado, no quisieron seguir su consejo de ingresar en otro

Instituto más observante, y vistieron aquel mismo hábito el día de Reyes, dos meses después que ella. Pronto pudieron convencerse de que no era aquello lo que ellas habían pensado de una Casa Religiosa, pues, como era en los principios, no estaba en toda su observancia.

Poco después fundóse una Casa en Vélez-Málaga, y mandó el provisor allí a la Madre Petra como Superiora, con las Madres Trinidad y Natividad y cuatro Hermanas de aquel Instituto. La casa de que se habían de hacer cargo era un hospital que estaba al cuidado del alcalde y del municipio.

En un pueblecito cercano, llamado Torre del Mar, esperaban a las Religiosas las autoridades y casi todo el pueblo, con infinidad de carruajes. Les hicieron un recibimiento entusiasta; fué aquello una ovación que decían no habían visto nunca cosa igual. Así, con todo ese cortejo, entraron en Vélez-Málaga. El provisor no cabía en sí de gozo y contento, lo mismo que las Hermanas, excepto la Sierva de Dios, que iba llena de tristeza, como afrentada de todo aquel jaleo; tanto, que al mismo provisor y a sus Religiosas les extrañó al notarlos, y le preguntaron por qué estaba triste, si es que no gozaba viendo lo bien que las recibían. Ella contestó que no; que más bien sufría con tantas demostraciones de entusiasmo, con la música y repique de campanas,

pues le parecía ser aquello la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalén, que tan de cerca le siguió la crucifixión.

A causa del numeroso gentío que invadía las calles se hacía imposible transitar los carruajes para llegar a la iglesia. Con no pocos esfuerzos consiguieron penetrar en ella, y después de cantar un solemne *Tedéum* pasaron al Hospital, tomando posesión con grande aparato y ceremonia.

Cuando se retiraron todos y quedaron sólo las Religiosas, inspeccionaron el local, que estaba tan pobre y desmantelado que más era para desalentar que para animar; todo había sido bombo exterior, pues en lo interior todo era miseria y abandono; lo único que estaba algo regular eran las habitaciones de la Comunidad, pero los pobres, aunque había muy pocos, estaban en tanta miseria que tuvieron que arreglarlos con las camas preparadas para ellas, pues la caridad de la Sierva de Dios no podía permitir que estando enfermos tuvieran que dormir en unos jergones de paja ya podrida y tirados en el suelo.

Buena entrada tuvieron para haberse desanimado, pues al fin nunca se habían visto en un hospital; pero el Señor las favoreció tanto, que estaban muy contentas y alegres con aquella miseria, que se les hacía bien fácil y llevadera.

La primera noche murió una mujer, y otra la segunda. Gracias a estar allí ya las Religiosas recibieron los Santos Sacramentos, que de otro modo habrían seguramente muerto sin ellos, porque no había quién se cuidara de estas cosas.

Como Nuestro Señor en sus altos designios tenía destinada tan privilegiada alma para más gloriosa empresa, claramente le dió a entender que no era su voluntad permaneciese en aquel Instituto. Permitió, además, que se le impusiera una obediencia respecto a cuestión económica, con cuya ejecución quedaba privada de entera libertad en el cumplimiento de sus deberes.

Amante siempre de practicar no sólo lo justo, sino lo más perfecto, repugnaba a su conciencia timorata transigir con el cumplimiento de este mandato. Para su mayor tranquilidad determinó consultar el caso con su director el P. Mariano, que era quien le había aconsejado ingresase en esta Congregación. Éste no veía solución más favorable que el abandonar aquel Instituto. Propúsole a dicho Padre, la Sierva de Dios, consultarlo además con otro sacerdote. Él le contestó que no sólo le daba permiso para que lo consultara con uno, sino con diez y con veinte si quería, “pues todos, le decía, le contestarán lo mismo que yo”. Y así fué en efecto; pues otro sacerdote del pueblo (muy prudente y sabio), al cual ella llamó para proponerle la cues-

tión y pedirle consejo, le contestó lo mismo que su antiguo confesor.

No había más remedio que separarse de la Congregación. ¡Qué cosa tan dura era aquella para la Madre Petra! Mas Dios lo quería y tuvo que pasar por ello; pero antes de resolverse, todavía quiso consultarlo más. Le propuso al P. Mariano, pues por sólo su parecer no quería hacerlo, el pedir consejo al señor Obispo.

Parecióle muy bien, y a los pocos días de tomar posesión el Prelado, pues había muerto su antecesor por aquellos días, determinaron un día 19, por la devoción que siempre tuvo al bendito Patriarca San José, ir a consultarle el intrincado asunto, pero como estaba muy ocupado no pudo verlo.

Una vez en Vélez, fué a hablar con el arcipreste, y éste opinó, como los anteriores, que debía separarse de aquel Instituto.

Por obediencia ingresó la Sierva de Dios, como queda dicho, y por obediencia tuvo que dejar dicha Congregación y despojarse con gran dolor suyo de aquel hábito que con tanta repugnancia había vestido.

Como tanto les había costado ingresar en Religión y luego se vieron en tan duro trance, no podían comprender qué era lo que Nuestro Señor quería de ellas, pues cada día les daba más vocación y deseo de sacrificarse en su servicio.

Quedáronse en el Hospital, pues el pueblo no quería que interviniese en él el provisor, y quedó a cargo de la Sierva de Dios con sus compañeras.

Vestían traje seglar, mas con una especie de toquilla blanca a la cabeza, parecida a la que usan actualmente las postulantas de nuestra Congregación, la que se quitaban al salir a la calle.

El pueblo estaba contentísimo con lo bien atendidos que estaban los enfermos, por lo que alababan y bendecían al Señor en la persona de las Hermanitas, como ellos llamaban.



CAPÍTULO X

CONCÉDELES PERMISO EL OBISPO DE MÁLAGA
PARA QUE VISTAN EL HÁBITO FUERA DE CASA. —
ALGUNOS AVISOS Y FAVORES QUE RECIBE DEL
CIELO. — CÓMO EJERCITÓ LA SIERVA DE DIOS
LAS OBRAS DE MISERICORDIA, TANTO LAS CORPO-
RALES COMO LAS ESPIRITUALES



CUANDO ya pasaron unos días de haber dejado el hábito mercedario fué la Sierva de Dios a Málaga para ver si podría tener audiencia con el Prelado; éste, que tenía alguna noticia de lo ocurrido en Vélez, también deseaba verla, y así no

le costó mucho el conseguirlo. Cuando la vió, reparando en su traje seglar, preguntóle sonriendo: “¿Por qué no viste usted el hábito que llevan en el Hospital?” Sonrióse también ella y nada contestó. Entonces díjole el Prelado: “Bueno; si quieren salgan a la calle con él, que las autorizo para llevarlo dentro y fuera de Casa.”

Enteróle después del asunto que había motivado la separación de aquel Instituto, y la animó mucho diciéndole que había obrado justamente y que había hecho bien de separarse de aquella Congregación, porque parecía que no era de Dios aquello. Preguntóle qué pensaba hacer, y ella le contestó que ser Religiosa y que se inclinaba a ingresar en las Hermanitas de los Pobres o en otra Religión que él le indicara. Mas después de haber meditado breve rato le dijo resueltamente: “No, no le conviene entrar en las Hermanitas de los Pobres ni en otras, sino seguir en lo que han comenzado, porque esto es algo y para algo Nuestro Señor les ha trazado este camino; pero yo las quiero probar otros dos años, a ver si me equivoco en el juicio que me he formado al hablar con usted.”

Despidióse del Prelado, dándole éste la bendición para seguir en el Hospital y poder usar ese semihábito.

Quando llegó al Hospital y les contó a las

Hermanas la entrevista y demás con el señor Obispo se pusieron muy contentas, dándole gracias a Dios y recordando lo que en aquellos días de tribulación les había dicho la Sierva de Dios, de que vendría un Prelado (era cuando estaba muriendo su antecesor) que las favorecería mucho, y ya casi lo veían confirmado.

En el pueblo todos los protectores, que eran muchos, estaban muy contentos y agradecidísimos al señor Obispo por haberse mostrado tan propicio a ayudarles en todo y a formar otra nueva Congregación.

Hasta entonces sólo podía admitir enfermos, pero no pobres ancianos, en el Hospital, pues lo tenía prohibido; ahora ya podía recibirlos, mas eran tantos que no sabía cómo arreglárselo. Fuése a la iglesia y, postrándose ante la imagen de la Santísima Virgen, preguntábale qué haría ella con tanto pobre, pues no podía admitir a todos los que lo solicitaban. Estando en todo el fervor de su súplica oyó que le decía la Santísima Virgen admitiera hasta cuarenta. Aunque estaba cierta de lo que había oído, y tenía fe en que vendrían medios para sostenerlos, como era tan prudente y humilde, no quiso nunca guiarse por su voluntad, por inspiraciones, ni por nada de estas cosas, sino por lo más seguro y por lo que no podía sufrir equivocación, y así fué a consultarlo con el P. Mariano, su confe-

sor, que era muy experimentado en las cosas espirituales y no se llevaba de ellas así como quiera, sino que lo probaba mucho; pero en esto estuvo conforme, y le dijo que, aunque humanamente parecía imposible porque no se contaba con recursos para tantos pobres, si la Santísima Virgen quería facilitaría los medios.

Quedóse con esto contentísima la Sierva de Dios, deseando ver el Hospital ya lleno de pobres, como pronto pudo verse satisfecha, pues en poco tiempo se reunieron los cuarenta, con tanta abundancia de limosnas; que había para todos, y era la admiración de los de dentro y fuera, y para bendecir incesantemente a Dios por tantas gracias y favores. Hasta los heridos que ingresaban, algunos de muerte, en pocos días recobraban la salud. Se extendió tanto la buena fama del Hospital, que todos querían ir a él, y con tanta fe acudían que, junto con la salud del cuerpo, recobraban también la salud del alma.

Antes de hacerse cargo la Sierva de Dios de aquel Hospital, tan mal atendidos estaban los enfermos, que preferían morir antes en la calle que ingresar en él. Con este mal precedente que había, y deseando ella quitar aquella mala fama que tenía el Hospital, le pidió a San Juan de Dios, al que estaba dedicado, que le alcanzase la gracia de que al menos en un año no muriese

ninguno. Parece que el Santo oyó benigno la súplica, pues durante aquel año, aunque algunos heridos entraban casi agonizando, a los pocos días estaban ya buenos, y tan devotos y fervorosos que todos pedían confesar.

Con esto gozaba mucho la Sierva de Dios; pues era inmenso el bien que se podía hacer; hasta personas acomodadas deseaban ir al Hospital por la gran fe y confianza que llegaron a concebir.

Este mismo entusiasmo de los enfermos tenían también en toda la población, y con esto las visitaban mucho.

Con atender a los enfermos y la Casa parece ser se distrajeron algún tanto; parecíales que el trabajo supliría a la oración, pues no tenían tiempo suficiente; no es que omitieran todos los rezos: tenían su oración, rezo del Oficio Parvo y demás; pero con tantos cuidados advertía que no lo hacían con la devoción debida. Así permanecieron un poco de tiempo, como un año, cuando empezó la Sierva de Dios a sentir un remordimiento tan grande de aquella manera de vida, que ya no tenía gusto para nada, y tan llamada al interior, que todas las Hermanas se lo conocían, aunque nada le habían dicho.

Un día que tenía mucha pena de esto, pues pensaba tener ella toda la responsabilidad, no sólo por ser la Superiora, sino porque todas la

querían tanto, y tenía tal ascendiente que hacía todo lo que quería de ellas, fué al coro y, pidiéndole perdón al Señor, propuso corregir todo aquello, pues conocía no era del agrado suyo. Y estando en esta súplica parecióle entender estas palabras: “EL BIEN Y EL MAL DE ESTA CASA EN TI ESTÁ.” Con estas palabras quedó con tantos deseos de poner corrección en todo, que cuando salió del coro llamó a una de las más antiguas y le contó lo que le había ocurrido; parecióle muy bien lo que le propuso, y convinieron el plan que en adelante habían de observar.

A las otras Hermanas, sin contarles nada, las exhortó y estimuló a tener más mortificación, recogimiento y oración, pues decía: “El Señor no debe de estar contento, y tampoco parece esta vida que llevamos propia de Religiosas.”

Estableció algunas prácticas a su parecer, pues todavía no tenían Regla. Se vió claramente que el Señor lo quería; todas lo recibieron muy bien y desearon llevar otra vida de más recogimiento y fervor.

En la comida mortificábanse mucho, apenas comían, y lo mismo en la cama y demás, tanto que empezó la Sierva de Dios a sentir escrúpulos, pues, aunque lo hacían a gusto las Hermanas, parecíale que para la vida tan activa que tenían era mucha penitencia. Estando un día

consultándolo con Dios en la oración vió a su lado derecho a un Religioso que parecía ser San Juan de la Cruz, el cual le dijo: “PERO ¿A QUÉ HAS VENIDO TÚ AQUÍ, SINO A SANTIFICARTE Y SANTIFICAR A LAS DEMÁS?” Entendió que eran estas palabras la explicación que el Señor le daba por medio del penitente Santo.

Quedóse con esto tranquila de seguir aquella vida de penitencia, comprendiendo que Dios lo quería y hasta exigía de ellas.

La Casa de Alora la había cedido con todo el menaje al provisor, y allí quedaron sus Religiosas, excepto una, que no hubo medio de hacerla marchar con las suyas y que para carga y cruz de la Sierva de Dios quedó en Vélez. Estaban muy contentas y disfrutando de una paz que hasta entonces no habían conocido, pero duró muy poco, porque, por efecto de una escasez grande que hubo, disminuyeron de tal modo las limosnas, que no se podía sostener a los pobres asilados. Gracias a que un señor fabricante de harinas le ofreció suministrársela por algún tiempo; pero como la escasez se iba prolongando y se consumía mucho, pues eran muchos los pobres, subió tanto la cuenta, que llegó a mil setecientas cincuenta pesetas, y como eran pobres y los tiempos estaban tan mal, no sólo no continuó remediándola, sino que le exigía pagase cuanto antes lo que le adeudaba. Sucedió esto

a últimos del mes de mayo; la Sierva de Dios estaba muy desconsolada, pues no veía el medio de poder satisfacer aquella deuda, por más que, para aplacar a su acreedor, le decía que Dios proveería y pronto le podría pagar; pero ella tenía tanta amargura, que no hacía más que derramar lágrimas y clamar a la Santísima Virgen para que la remediase en aquella necesidad, y como haciéndole cargo le decía: “¿Por qué hacéis esto conmigo? ¿No me decíais que admitiera hasta cuarenta? ¿Por qué ahora me cerráis todas las puertas y no me dais medios de alimentar a estos pobres?” Y como no encontraba remedio a su necesidad, temió haber sido engañada del demonio y sufría lo indecible. Algunas personas le aconsejaban despidiese a algunos de aquellos pobres; mas su gran caridad se resistía a seguir semejante determinación, pues ¿adónde irían tan necesitados como estaban todos?

Esta prueba duró como un mes, que, aunque parece corto tiempo, muy largo le pareció a la Sierva de Dios, por no tener con qué atender a tan apremiante necesidad. Pero Dios nuestro Señor, que no desoye la humilde súplica del que con confianza acude a su protección, favoreció a su Sierva milagrosamente. El día de San Pedro recibió una carta de Madrid con una letra de mil setecientas cincuenta pesetas, justamente

la misma cantidad que debía; así que no podía ser más prodigioso, tanto por la cantidad como por las circunstancias.

No sabía qué hacerse la Sierva de Dios de alegría tan grande cuando abrió la carta y vió la letra; dió gracias a Dios y a su Madre Santísima, que tan oportunamente acudían en su remedio.

Cuando se repuso un poco de aquella agradable sorpresa se fué con otra Hermana a la fábrica de harinas y le dijo al dueño: “Hoy vengo a pagarle todo lo que le debo.” Y él, muy admirado, le dice: “¿De quién se ha valido usted para esto? — De uno, le contestó ella, que es más rico que D. Juan Ramos” (así se llamaba este señor fabricante). Y le contó lo que le había pasado con la letra. Entonces él le dijo: “Perdóneme, Madre, que he tenido poca fe en esta ocasión; pero desde ahora cuente usted con esta fábrica y con todos mis bienes, y, con dinero o sin él, mande por todo lo que quiera, que no la molestaré más.”

Después de esto ya los tiempos se remediaron y seguía todo muy bien; mas he aquí que otra vez se encuentra en apreturas la Madre Petra.

Visitaba un día el Hospital un señor llamado Roçano, que era secretario del Ayuntamiento de Vélez, y se interesaba mucho por la Casa, y era muy bueno. Ofrecióle comprar cuarenta

camas de hierro, pues eran de madera y muy malas las que había. En su nombre escribió el Sr. Rochano a la fábrica haciendo el pedido, cuyo pago debía efectuarse a los tres meses. Transcurridos, recibe una letra a ocho días vista. Inmediatamente llama la Sierva de Dios a dicho señor y le entrega la factura y la letra. El pobre, que no tenía un cuarto, se vió en el apuro más grande. Lo único que pudo hacerse fué aplazar el pago por quince o veinte días, pasados los cuales recibe un aviso muy apremiante; llama otra vez al Sr. Rochano, y le contesta lo mismo, que no tenía un cuarto ni de dónde sacarlo. En fin, que todos los sinsabores y apuros fueron para ella; pues, movida de su gran caridad, no solamente no le echó en cara el abuso que cometía al ponerla en aquel aprieto, sino que, para que no perdiera la buena fama y opinión que en el pueblo tenía dicho señor, se abstuvo de pedir prestada la cantidad, que de muy buena voluntad se la hubieran cedido. Mas como todo el pueblo creía que el secretario había hecho aquella buena obra, y hubiese sido perjudicarle en su fama y también en sus intereses, tampoco podía contar a nadie de la localidad aquel apuro, pues el alcalde, que mucho la apreciaba, así como los demás, seguramente lo hubieran destituido de su cargo si hubiesen llegado a enterarse de lo que ocurría. Por caridad, pues,

lo cubrió, y todo quedó en silencio; nadie sabía las torturas que la Madre Petra pasaba. Pidiéndole luz a Nuestro Señor se le ocurrió escribir una cartita a un señor de su confianza solici-tándole consejo en apuro tan grande.

Seguramente fué inspiración divina el diri-girse a aquel señor, pues no era rico, y por consiguiente, como bien lo sabía la Sierva de Dios, no podía sacarla a flote. Mas el Señor quiso obrar otro prodigio parecido al anterior. Ape-nas recibe su carta se presenta en el Hospital y le pregunta: “Madre, ¿qué apuro es ese que tie-ne usted? Quizá la pueda yo remediar.” Mas ella, como dudando tuviera tal cantidad, le dijo apenada: “No, usted no puede, pues necesito mucho. — ¿Cuánto?”, le preguntó. “Mil dos-cientas cincuenta pesetas”, le contestó la Sierva de Dios. Y muy admirado repuso dicho señor: “Usted ha estado inspirada, porque tengo en mi poder cierta cantidad de unos señores de Málaga, llamados Larios, para remediar las necesidades de esta población. Propondré, le dijo, a esos señores si están conformes en que se la entregue a usted en concepto de limosna.” Aquel mismo día recibieron contestación afir-mativa, quedando muy contenta la Sierva de Dios y agradecidísima a Nuestro Señor.

En aquel día pagó la deuda, y todo quedó oculto y con muchos elogios al Sr. Rochano,

creídos de que él había costado las camas, siendo así que se habían comprado a costa de lágrimas, súplicas y oraciones de la caritativa y misericordiosa Madre Petra de San José.





CAPÍTULO XI

ORIGEN Y COMIENZOS DE LA CARITATIVA CONGREGACIÓN DE MADRES DE DESAMPARADOS. —
VISIÓN QUE TUVO LA SIERVA DE DIOS AL HACER
SUS VOTOS O PROFESIÓN ANUAL.

TRANSCURRIDOS los dos años de prueba que el señor Obispo les había fijado, e importunado éste por muchas personas influyentes de aquella localidad para que les vistiese el santo hábito, accedió a ello, y llamó a la Sierva de Dios para convenir qué nombre se le daría a la Congregación y bajo qué advocación la pondrían. Ella le contestó que el que Su Ilustrísima eligiera. Entonces paróse

un poco el señor Obispo como meditando, y le dijo: “¿Te gustaría bajo la advocación de Nuestra Señora de los Desamparados y consagrar esta Congregación a la Santísima Virgen?”

Parecióle muy bien a ella y se alegró mucho, aunque no conocía este título o advocación, por ser de Valencia, y en Andalucía no era entonces conocido.

El Prelado había estado muchos años en Valencia, y por la devoción que tenía a esta imagen se inclinó a este nombre, y sin duda la Santísima Virgen se lo inspiró, por lo que después bien claramente se vió. Dicho Prelado era muy bueno, muy fervoroso y espiritual; en reserva y secretamente le contó que cuando la comisión de Vélez fué a pedirle que le diera el hábito accedió; pero que todavía sentía cierta repugnancia, por parecerle no estaban suficientemente probadas, y como era tan bueno y de mucha oración le dijo que hacía algunos días que encomendaba este asunto a Nuestro Señor y le pedía luz para no errar en cosa tan importante como era el apoyar una nueva obra, y que él no quería más que cumplir en todo la voluntad de Dios.

Esto era la víspera de Navidad, cuando fué a verle la comisión de Vélez, y le contaba después a la Sierva de Dios que aquel mismo día de Nochebuena, celebrando la Misa de media

noche, Nuestro Señor le había revelado que era su voluntad les vistiera ya el santo hábito, y con esto, le decía, se quedó ya tranquilo y dispuesto a ayudarlas, como así lo hizo mientras vivió.

Solía decirle, con mucha sencillez y entusiasmo: “Hija, habéis nacido con el Niño Jesús; a la misma hora nació la Congregación, porque yo estaba duro en aprobarla y Nuestro Señor lo quiso.” Quedaron, pues, acordes en que la Congregación se llamaría de Madres de Desamparados.

Cuando volvió la Sierva de Dios a Vélez con estas agradables nuevas las Hermanas lloraban de alegría; a todas les cayó muy bien el nombre, y esto sin conocer la advocación de Nuestra Señora de los Desamparados, y ya desde entonces cobraron mucha devoción a ella.

Esto fué providencial, y vieron claramente que la Santísima Virgen las recibió por hijas, tanto que en aquellos mismos días les regalaron una imagen de la Virgen de los Desamparados, la colocaron en la iglesia, y se promovió tanto el culto y devoción a la Santísima Virgen, bajo tal advocación, en aquel pueblo, que todos se encomendaban a ella, y muchas personas recibieron por su intercesión favores extraordinarios.

Como habían llevado una prueba tan larga y

Dios nuestro Señor había preparado de antemano a este santo Prelado para que las favoreciese, aunque la Sierva de Dios no se lo pidió, prometiéndoles, y así lo cumplió, darles el santo hábito y la profesión juntamente, es decir, el mismo día.

Preparáronse para ello con diez días de ejercicios espirituales, terminados los cuales tomaron el santo hábito e hicieron sus votos la Madre Petra, sus tres compañeras del Valle y la Mercedaria que se había quedado con ellas.

La ceremonia revistió gran solemnidad, dispuesto todo por el señor Obispo. Fueron muchos sacerdotes de Málaga, entre ellos el arcediano delegado por el Prelado para recibir los votos; el Sr. Manterola, el gran orador de aquellos tiempos, que predicó el sermón; su confesor y todo el clero de Vélez.

Era tanto el entusiasmo de la población y la aglomeración de gente, que a última hora, viendo que en la iglesia del Hospital no podían caber todas las personas que deseaban presenciar el acto, dispusieron que se hiciese en la iglesia mayor del pueblo. Por cierto que, a pesar de ser grande como una catedral, no cabía tanta gente.

El día antes de la profesión, estando en oración en el coro, tuvo la Sierva de Dios la siguiente visión: En medio de un centro obscuro destacábase una cruz grande que iba descen-



diendo hasta ella y quedó parada encima de su cabeza, a una altura algo elevada, y entendió que iba para ella, y, estando contemplándola, inclinó la cabeza en señal de consentimiento y dijo: “Señor, cúmplase vuestra santa voluntad, pero dadme fuerzas para llevarla y gracia para no desmayar”, y, descendiendo entonces con ligereza, cayó sobre sus hombros, sintiendo el peso de ella.

Cuando volvió de aquella suspensión, meditando lo que le había ocurrido, admirada se decía: “¿Y es posible, Dios mío, que hasta ahora no haya tenido yo cruz?” Porque esto parecióle significar aquella visión, y que de allí en adelante sentiría el peso de ella o empezarían los trabajos, y como había sufrido mucho y llevado toda clase de pruebas y contratiempos, y entonces se le presentaba aquella cruz tan grande y tan pesada, se decía a sí misma: “Pues si en tantos trabajos no he tenido cruz hasta ahora, ¿qué será en adelante?” Este pensamiento la mortificaba tanto, que tenía que desecharlo como una tentación, porque aunque deseaba sufrir, como la carne es tan flaca, se estremecía a la vista de los trabajos.

Bien vió después que no fué ilusión, por los trabajos que le sucedieron.

Revestidas ya de la santa librea de Jesucristo, tenían tanta alegría y tantos deseos de su-

frir y hacer grandes penitencias por Aquel que tanto las favorecía y las había colmado de tanta dicha, que no sabían qué hacer, aunque por algún tiempo parece que Nuestro Señor se complacía en regalar a sus esposas con toda clase de consuelos, reservando los trabajos para más adelante.

Por este tiempo marchó la Sierva de Dios a Gibraltar con la Madre Trinidad. Fueron a postular, pues como dos Hermanas que habían ido la primera vez habían recogido buena limosna, quiso ir también ella. Le gustó mucho Gibraltar, porque, a pesar de tanto malo por tantas sectas como hay, tienen mucha caridad o al menos daban muy buenas limosnas.

Hospedáronse en casa de un sacerdote muy virtuoso, llamado Gabriel Femenías, encargado de la iglesia de San José de Europa.

Parecióle muy espiritual y muy santo, y quiso confesar con él; consultóle algunas de las cosas que le pasaban, y le dijo que era de Dios y que podía estar tranquila. Ella quedó satisfecha, aunque por ese asunto nunca había sentido intranquilidad. Desde entonces tomó dicho Padre mucho afecto a la Congregación y se ofreció a todo y para todo.

Al año siguiente de la profesión quisieron hacer ejercicios espirituales para prepararse a la renovación de los votos, y eligió la Sierva de

Dios a un Padre de la Compañía de Jesús, pues los tenía en muy buen concepto y decía que eran los más a propósito para dar los ejercicios.

Fué la Madre Petra a Málaga a hablar con el Padre Superior de la Residencia, y aunque estaban muy ocupados y eran allí muy pocos accedió a su petición y mandó a Vélez al P. Pascual Barrado, con el que también confesó, como era natural, la Sierva de Dios, y le consultó algunas de las cosas que le pasaban.

Él quedó admirado, a pesar de que tenía ya mucha experiencia, y como el P. Femenías le dijo que todo aquello era de Dios. Gustóle mucho también la Congregación y la manera cómo Dios la llevaba con tantos trabajos; se ofreció para ayudarlas en todo; aconsejóle fundase una Casa-Noviciado, pues no tenían más que la de Vélez, y por ser Hóspital no era a propósito para formar el espíritu.



CAPÍTULO XII

OBLACIÓN QUE HIZO DE SÍ Y DE TODAS SUS COSAS AL SEÑOR LA NOCHE DE REYES Y CÓMO LA ACEPTÓ DIOS NUESTRO SEÑOR. — ESTABLECE O FUNDA EL NOVICIADO EN MÁLAGA. — SUFRIMIENTO QUE ESTO LE OCACIONÓ. — POBREZA QUE EXPERIMENTAN EN LOS PRINCIPIOS



ALLÁBASE reunida la comunidad la noche de Reyes hablando de la festividad del día. La Madre Petra, llena de fervor, referíales cosas espirituales, cual acostumbraba; tan entusiasmadas la escuchaban, que le rogaron prolongase la recreación. Accedió la Sierva de Dios, y tanto se

enfervorizó que pasó toda la noche platicando de estas cosas que tanto animan y fortifican.

Todas ofrecían, a imitación de los Reyes Magos, sacrificios al Niño Jesús, que, a no estar movidas de la gracia, no se podían sentir y que fueron todos ellos aceptados por Nuestro Señor.

Asegura en sus *Crónicas* la Reverendísima Madre Petra que por su parte también sentía deseos de entregarse toda a Dios, y ya que habían hecho sus propósitos les hizo una exhortación y entre otras cosas les dijo: “Hijas, si esto que hemos ofrecido ha sido de verdad, Nuestro Señor lo ha recibido, y hay que prepararse; pronto veremos los efectos de esta oblación; pongamos el hombro para una cruz muy grande, y de seguro que estará cerca, porque Nuestro Señor no acostumbra dilatar esta clase de gracias cuando se las pedimos de todo corazón.

Bien pronto vieron cumplida la predicción que les hizo aquella noche la Sierva de Dios, pues no habían transcurrido aún siete meses de este ofrecimiento u oblación, cuando fueron expulsadas de aquella Casa, y no así como quiera, sino difamándolas y desposeyéndolas hasta de aquello que legítimamente les pertenecía, como se verá más adelante.

Como en ese último tiempo que estaban en aquella Casa andaban tan fervorosas, dispuso

la Madre Petra que, además de la oración que tenían de Regla, cada Hermana estuviese media hora delante del Santísimo Sacramento.

Tocábale a ella a las once de la mañana, y así sucesivamente a las demás, con la idea de que Nuestro Señor siempre tuviese quien le adorase. Acostumbraba la Sierva de Dios hacer esta oración en el coro alto, donde tenían los libros; pero aquel día, tal vez para estar más sola, se quedó en el coro bajo; ya que se preparaba para hacer la oración, echó de menos el libro de meditaciones; no sabiendo qué hacer, porque si subía por él, como estaba un poco distante el coro, se le pasaría el tiempo, pensó meditar en la festividad del día, sin hacer ningún punto de meditación, y estando ya actuándose en la presencia de Dios sintió un recogimiento más grande que de costumbre, y una enajenación de los sentidos que, sin ver quién le hablaba, entendió estas palabras: “YO SOY EL LIBRO Y EL MAESTRO.” Ya tuvo para mucho tiempo en qué meditar con estas palabras tan grandes, aunque sencillas y breves. “¡Bendito sea Dios!, decía agradecidísima la Sierva de Dios. ¡Y qué verdad es que Vos sois el libro y el Maestro, pues sois la verdadera sabiduría y ciencia! ¡Dichosos los discípulos de tal Maestro, y ojalá, añadía, supiese yo aprender las lecciones que siempre me habéis dado! Pero parece vayamos a porfía: Vos

con tanta misericordia a regalarme, y yo con tanta frialdad e indiferencia en vuestro santo servicio. Él me perdone y reciba mis deseos y buena voluntad, que siempre esto lo he tenido.”

El P. Barrado aconsejó a la Madre Petra que fundara el Noviciado en Málaga, porque allí había más medios y además porque él las tendría más cerca para ayudarlas, pues le entró tan de lleno la Congregación que tomó la cosa por suya. Ella convino con su parecer, porque ya doce o catorce Hermanas eran muchas para el Hospital, y desde entonces empezaron a gestionar para adquirir Casa en Málaga.

Concluyó el Padre sus ejercicios, y se fué tan entusiasmado de ver el fervor, abnegación y buen espíritu que reinaba en aquella naciente Comunidad, como igualmente había quedado el otro Padre que les dió los ejercicios de la profesión, que fué el Rdo. D. Francisco Coca. Al comunicarle la Sierva de Dios ese parecer de fundar en Málaga, como las quería tanto y estaba dedicado más a la Congregación que a la parroquia, se ofreció a ir a Málaga a proporcionar una Casa para el Noviciado. Como era tan activo, él se lo arregló como pudo y pronto la encontró, aunque en las afueras, en un barrio o colonia de un señor llamado Huelin. Estaba situado a la orilla del mar, y por el terreno tan movedizo, pues todo era arena, la Casa no tenía

más que un piso. Era una manzana, toda ella dividida en casitas pequeñas habitadas por gente pobre, y, por consiguiente, todo estaba lleno de miseria y suciedad. Tenía también una capilla o iglesia pública para las necesidades espirituales de aquella colonia. Todo esto, es decir, la iglesia con toda la manzana se la cedieron, costeadando además los dueños de ella los gastos del culto. Sólo les exigían que habían de tener escuela gratuita para los niños y niñas de la colonia. Con estas condiciones aceptó la Sierva de Dios, porque mucho era en Málaga tener Casa, y aunque pobre y tan desmantelada que asustaba el verla, más pobres estaban ellas, y, como decía con mucha gracia la Madre Petra, se avenían muy bien las condiciones de la Casa con su situación.

Cuando en Vélez se supo que había tomado Casa en Málaga para el Noviciado creyéronse que se iban a marchar de allí y dejar el Hospital, y por más que les explicaba el caso y les decía que era para Noviciado, como ellos no entendían estas cosas no se podían aplacar de ninguna manera. Coincidió con esto un cambio político, y como el Hospital dependía del Municipio tuvieron mucho que sufrir, porque así como el Ayuntamiento anterior era tan bueno y caritativo que siempre lo tenían propicio para todo, por el contrario, el que lo reemplazó estaba com-

puesto de masones, según en el pueblo decían, y por sus obras bien claro se dejó ver.

Como ya el pueblo estaba tan alborotado, porque se habían creído que se marchaba la Comunidad dejando el Hospital, el nuevo alcalde encontró buena coyuntura para hacer de las suyas y saciar sus malévolos intentos.

Fué un día a visitar a la Sierva de Dios y preguntóle si era cierto que se iban del Hospital. Contestóle que no, que de ser así ya se lo hubiera participado; le explicó de qué se trataba: establecer otra Casa en Málaga para Noviciado; pero ¿qué entendía él de esto? Creían que habían de estar siempre en el Hospital todas las Hermanas que ellos conocían. Decían, aludiendo al P. Barrado y al P. Coca, que los curas la habían metido en aquel disparate de la Casa de Málaga, y que eso no lo llevaban ellos.

En fin, el demonio se metió de tal manera en todo, que, de tanto como las querían antes, ahora estaban encelados con los sacerdotes que las protegían, y llegaron hasta el extremo de ponerles condiciones de que no había de entrar ningún sacerdote en el Hospital, que no había de depender del Obispo y otros desatinos por el estilo.

Con todas estas exigencias y condiciones se fué la Madre Petra a Málaga, presintiendo y

sintiendo a la vez lo que iba a suceder; se avistó con el P. Barrado, y cuando él vió las condiciones aquellas se puso las manos a la cabeza. “Bueno, dijo el Padre, ya nosotros les pondremos otras condiciones contrarias a éstas.” Sonrióse ella y le dijo: “Padre, ¿para qué nos vamos a meter en poner condiciones a nuestro gusto? ¿No ve usted que esa gente está rabiosa y todo esto servirá más para precipitar este asunto?” Pero él, como era tan bueno, se creía que los otros aceptarían, y allí mismo redactaron y escribieron las condiciones que se habían de presentar al alcalde, y aunque bien sabía la Sierva de Dios que sería todo inútil y tal vez contraproducente, con todo, lo hizo para dar gusto al P. Barrado y obedecerle.

También se enteró de todo esto el señor Obispo, el cual se disgustó mucho con los de Vélez, y dijo a la Madre Petra: “Nada, no hay que darle más vueltas; dejan el Hospital y se vienen todas a esta Casa de Málaga.” Se le ofreció para todo y le dijo: “Yo soy vuestro Padre, y para que nada os falte venderé hasta el pectoral, aunque lo lleve de palo.” Con esta oferta se animó mucho y la alentaron estas palabras para soportar aquella prueba.

Todos esperaban que este asunto se arreglaría y que no llegaría el caso de que tuvieran que salir del Hospital, porque las querían mucho y

también reconocían el bien que reportaban a la población.

Llegó el día 8 del mes de junio, que aquel año era festividad del Santísimo Corpus Christi. Habían de salir al anochecer para Málaga. Estando comiendo en el refectorio oyeron un estrépito tan grande en toda la casa, particularmente en el techo que caía encima de aquella pieza, que espantadas salieron a ver lo que era, pero todo estaba en calma y nada vieron. Entraron en el refectorio y de nuevo se repitieron los golpes, pero esta vez mucho más fuertes. Se asustaron tanto que dejaron la comida, sin saber a qué atribuir aquellos golpes, creyendo después, por lo que sucedió, sería tal vez el anuncio que Dios les daba de la destrucción de aquella casa.

Llegada la hora salió para la fundación la Sierva de Dios con cinco Hermanas, en un carro o galera. Llevaban muy poca cosa: dos o tres jergones y algunas cestas de comida para los primeros días, y nada más. Llegaron a casa al amanecer del siguiente día, pues era muy pesado el carro, y además, como se había atascado a la entrada de Málaga, tuvieron que terminar a pie el viaje y cargar a cuestras con los jergones y las cestas, pues no había fuerzas humanas que pudieran arrancar el carro de allí. Parecía como si el mismo demonio hubiese subido en él

para darle aquel mal rato a la Sierva de Dios.

Cuando llegaron a la casa y empezaron a recorrer aquellas habitaciones el alma se les caía a los pies, aunque la Sierva de Dios, Madre Petra, se hacía fuerte y trataba de animar a todas.

El piso era de arena, y como había tanta miseria, por haber habitado allí gente tan pobre, en muchas noches les fué imposible poder dormir.

El Prelado les dió mil quinientas pesetas, con las cuales pudieron arreglar lo más preciso, como fué dar la comunicación a la iglesia, pues tenían que salir a la calle para ir a ella. También hicieron un coro bajo, desde donde comulgaban y hacían todos sus rezos; arreglaron el dormitorio, cocina y demás oficinas necesarias, todo muy espacioso, ya que tenían local de sobra, si bien carecían de muebles con que ocupar tan amplias habitaciones, pues hasta carecían de las indispensables sillas, teniendo que buscar piedras grandes, que había en el patio, para sentarse.

Un día de San Pedro, queriendo las Hermanas obsequiar a su Reverendísima Madre con algo, cogieron una puerta vieja y la colocaron sobre dos barriles de esos que usan para cal y arena en las obras, que estaban en el patio, y los pusieron en la pieza que servía de refectorio,

de modo que cuando entró la Madre Petra y vió aquella mesa improvisada le sorprendió, y todas tuvieron que reír, y aunque después de algún tiempo las cosas fueron mejorando y hubieran podido tener otra mesa, mientras estuvieron en aquella casa no sirvió otra sino la de las barricas, porque ya era un buen recuerdo para tener presente la pobreza tan grande que habían experimentado.

Al P. Barrado le hizo tanta gracia la ocurrencia de la mesa, que expresamente llevaba a algunas personas y a sus mismos Hermanos que habían de ir a Granada a fundar, para que la vieran. En fin, todo el mobiliario era por el estilo de la mesa; no desdecían unas cosas de otras.

Como habían contratado con el dueño de la casa abrir escuelas, esto sí que lo arreglaron bien, porque era lo más visible, y a la gente del mundo no le gusta tratar con pobres; también tenían que ocultar sus necesidades. En fin, Dios sabe lo mucho que tendría la Sierva de Dios que sufrir en esta casa, principio del noviciado y de la Congregación. La casa en lo material no podía llevar cimientos, porque estaba edificada sobre arena; pero los cimientos de la Congregación que se echaron allí, bien sólidos fueron por la misericordia divina, por lo que siempre le estuvo reconocida la Sierva de Dios.



CAPÍTULO XIII

SALIDA IGNOMINIOSA DEL HOSPITAL DE VÉLEZ. PAZ Y ALEGRÍA CON QUE SUFRIÓ ESTAS AFRENTAS, INJURIAS Y TRABAJOS. — CÓMO LE DIÓ TAMBIÉN A GUSTAR EL SEÑOR LOS EFECTOS DE LA MÁS RIGUROSA POBREZA Y ESCASEZ



UNA de las cinco Hermanas que llevó la Madre Petra a la fundación fué aquella Mercedaria que se quedó con ellas en el Hospital de Vélez. Seguramente creía que la iba a dejar allí de Superiora, mas como la Sierva de Dios conocía su mal espíritu llevóla consigo al noviciado.

Cuando ella vió aquella casa tan desmante-

lada y con tanta pobreza, no quiso soportar aquella prueba y se escapó mientras estaba en Misa la comunidad. Marchó a Vélez y se presentó al alcalde, hablando todo lo mal que quiso de las Madres y ofreciéndose para desempeñar el Hospital, pues decía que la Superiora que había dejado en aquella casa era incapaz para cumplir bien con el cargo.

Por el cochero que la condujo a Vélez se enteró la Madre Petra de todo lo sucedido, y marchó allá con otra Hermana, enterando de lo ocurrido a la Superiora del Hospital, que nada sabía.

Las personas que habían acogido en Vélez a Sor Visitación (así se llamaba la fugitiva), en cuanto se enteraron que había llegado allí la Madre Petra fueron a rogarle volviera a admitir a la Mercedaria, pues indudablemente ya les pesaba tenerla en su casa, y, aunque con repugnancia, la recibió, mas como en depósito, hasta que el Prelado dispusiera. Ella fingióse enferma, y aunque el médico que la visitaba, que era el director del Hospital, apreciaba a la Sierva de Dios y reconocía el mal espíritu de la Mercedaria, con todo, no pudo apaciguar los ánimos, pues si bien unos conocían la justicia, otros no, y decían pestes de la comunidad. Todos los elogios y alabanzas eran para Sor Visitación.

La Sierva de Dios lo tomó como una prueba y como el medio de que se valía Dios para sacralas de aquel pueblo.

Hubo que darle cuenta al Prelado de lo que sucedía respecto de la fuga de la Mercedaria, y como ya él estaba enterado de las calumnias que esta desgraciada había levantado contra la comunidad, se disgustó tanto con ella que mandó le quitasen el hábito y el escudo de profesa delante de todos los sacerdotes de Vélez y de toda la comunidad.

La Sierva de Dios, con el pretexto de hallarse enferma, se excusó de asistir a la ceremonia, que fué en la iglesia, a puerta cerrada. A la salida la esperaban todos sus protectores y mucha gente, que al verla ya de seglar armaron un alboroto infernal. El Ayuntamiento, que casi todo se componía de masones, intentaron dejarla en el Hospital, para lo cual expulsaron a la comunidad.

Acordáronse entonces, en estos días de tribulación, del ofrecimiento del día de Reyes, que una ofreció su honra por amor a Jesucristo, la otra quedarse desnuda y vivir pobre como Él, otra desear ser perseguida, y acordábase también de todo lo que les había dicho su Madre Fundadora, que no tardaría mucho el Señor en aceptarlo. Con esto y con lo que experimentó en aquella ovación y triunfo en la entrada en

aquel pueblo, que la Sierva de Dios les decía se le representaba la entrada de Jerusalén, a la que tan pronto siguió la sucrifixión, vieron claramente que Nuestro Señor hacía presentir entonces a la Reverendísima Madre Petra los trabajos que había de pasar en aquella Jerusalén de Vélez.

Enterada de lo ocurrido marchó allí la Sierva de Dios con otra Hermana; como no tenían ya casa se hospedó en la del capellán, que las apreciaba mucho. Pensaba ir al otro día a visitar al alcalde, mas al enterarse éste que había llegado la Madre Petra fué a verla, queriendo quedar bien y excusarse con palabras; pero ella, con toda la entereza de su carácter, le dijo: “Expresamente he venido a Vélez para decirle a usted cuatro cositas y que lo que se propone no lo logrará. Se ha creído usted que ha destruído la Congregación, y precisamente ahora es cuando va a prosperar y tomar nuevos vuelos. Le aseguro, en nombre de Dios, que usted no morirá hasta que la vea muy floreciente.” Y así fué, que la vió como la Madre Petra se lo había prometido. Él pareció ya arrepentido y ofreció ayudarla en todo; mas ella le dijo que ya estaba hecho y que bien estaba, que Dios lo había así querido. Esta entrevista fué en presencia del arcipreste y del capellán, que estaban admirados de oír lo que le decía; pero como le hablaba

en justicia y con toda la razón, no le temía. Cuando se despidió quiso darle dinero, mas ella lo rehusó, diciendo que no lo necesitaba; insistió él diciendo por si se le ofrecía algo en el camino, pero la Madre Petra le contestó que si se le ofrecía un vaso de agua lo pedirían por amor de Dios.

Al despedirse del capellán díjole el alcalde: “Ésa no es mujer, es un hombre, porque las cosas que me ha dicho ningún hombre se hubiera atrevido a decírmelas.” El alcalde era de un carácter tan violento y feroz que todos le temían, por lo cual el arcipreste estaba asustado cuando la Madre Petra le decía aquellas cosas, pero como ella defendía la justicia, estaba tan tranquila que nada temía; parece que Dios nuestro Señor hablaba por ella, o hablaba lo que Dios quería para defender la honra de su Congregación.

Como Vélez está tan próximo de Málaga pronto corrieron los mismos rumores, calumnias y alborotos que en dicho pueblo cuando salió de allí la comunidad, y todavía más, o al menos duró más tiempo. No se hablaba de otra cosa que de las Madres de Desamparados. Decían que no eran Religiosas (hasta este nombre les querían arrebatarse); levantaban calumnias y decían unas cosas tan feas, que por lo terribles y graves parece que nadie debía creer-

las: lo peor era que todos le daban crédito y lo aseguraban como si lo hubieran visto.

Con todo este alboroto no sabían las pobres qué hacer, porque no sólo era tener que sufrir todo esto, sino que hasta las personas que eran amigas suyas y las trataban con más intimidad se pusieron en contra, incluso el dueño de la casa. Se puso éste de tal manera que las habría despedido ciertamente a no haber mediado un contrato.

El Prelado, con tales conversaciones, aunque no llegó a creer lo que decían, estaba de tan mal humor, que tenían que ocultarle lo que sufrían.

El P. Barrado, que tanto las había aconsejado fuesen a Málaga, que él las ayudaría, en este tiempo estaba enfermo y también parece llegó a desconfiar un poco. En fin, que aquello se veía claramente ser una dura prueba a que el Señor quiso someter a esta gran Sierva de Dios para mejor acrisolar sus muchas y heroicas virtudes.

El P. Coca se puede decir fué el único que no la dejó; pero como no era rico ni poderoso, poco o nada podía hacer para remediarlas en lo referente a la parte material, que en lo demás las defendía cuanto podía y sufría al par que ellas, y sobre todo tenían el consuelo de tener Misa diaria, Comunión y quien las confesara, que no era esto poco, porque entre los demás sacerdotes quizá tampoco habrían encontrado quién las

confesara, según estaban los de Málaga, que eran los que más contra les hacían.

La Madre Petra estaba con una pena y apuro que no sabía qué hacer sino llorar e irse a la capilla a consolarse con Nuestro Señor; pero también parecía que se le ocultaba y la dejaba en aquel tormento, que por lo grande le parecía superior a sus fuerzas. Lo veía todo obscuro, que nada la consolaba, aunque a las Hermanas las animaba mucho y no les decía el apuro en que se hallaban. Durante la recreación en un patio grande que había corría y jugaba con ellas muy contenta, y así no advertían el conflicto en que se encontraban y la tristeza que la consumía, porque aunque veían tanta escasez en todo, al fin, como eran jóvenes fervorosas, y aunque pobremente se alimentaban, poco sufrían. Sólo con la Madre Magdalena, que era de más edad y la de más confianza suya, era con quien se desahogaba la Sierva de Dios y alguna que otra vez con el P. Coca; pero con éste no tanto, por temor de que se desanimara a vista de tantos trabajos. Ya se necesitaba de mucha gracia y de una no común virtud para sobrellevar tan dura prueba, y bien patentizó la Sierva de Dios que estaba adornada de la primera y no carecía de la segunda. Además de servir esta prueba para poner de manifiesto su santidad, dice que con ella adquirió experiencia de lo que es

el mundo y los hombres. Le sirvió mucho en los demás trabajos que le sobrevinieron, pues vió claramente que el único que no falta es Dios, y como siempre confió en Él no fué vana su esperanza.

En esta escasez en que se hallaban les valió mucho el estar de póstula las Hermanas, que trajeron buena limosna, ya que de otro modo no sé qué hubiera sido de ellas, pues hasta el señor Obispo, que, según decía, por favorecerlas hubiera vendido el pectoral, permitió el Señor que no se acordara siquiera de preguntar de qué pasaban. Seguramente, como Nuestro Señor las quería probar en toda clase de trabajos, quiso que se olvidara y no cayera en lo que estaban sufriendo, porque, de haberlo sabido, era él de un corazón tan tierno y compasivo, que si le hubieran faltado los medios para socorrerlas hubiese vendido el pectoral, como les prometió.

¡Gracias a Dios que contaban con aquella corta limosna postulada! Mas, aunque se economizaba mucho, pronto se acabó. Todos los días contaba la Madre Petra los cuartos que quedaban, y su pena era sin cuento al ver que se iban terminando y no entraban otros, y eso que apenas comían sino lo estrictamente necesario y muy pobremente. Suplicaba ella a Nuestro Señor que las proveyese siquiera de lo más

indispensable; le decía que la probara a ella en todo lo que quisiera, pero que las Hermanas carecieran de comer se le hacía muy duro, pues temía no lo podrían llevar.

Llegó el día en que se hubo de gastar el último real; para el siguiente nada quedaba ya. Estaba la Sierva de Dios en una aflicción muy grande viendo que no podía darles de comer, ni aun siquiera podía pensar en pedir prestado a ninguna persona, porque lo que deseaban era que les faltaran los medios para que cada cual se fuera a su casa y se acabara la obra, pues como era de Dios no le podían faltar estas ciertas señales suyas, y así parecía que a todos les pesaba como si la llevaran a cuestas.

Era día del Arcángel San Rafael, al que siempre tuvo mucha devoción la Sierva de Dios, y, sintiéndose impulsada a encomendarse a él en aquella necesidad, fué a visitarle en la iglesia de San Agustín, donde se celebraba solemne fiesta. Le suplicó que las remediara en aquel apurado trance, como remedió a Tobías; con las veras que se lo pediría no hay que encarecerlo. Con decir que aquel día no tenía para darles de comer está dicho si sería fervorosa su petición.

Cuando salió de la iglesia, que está cercana al palacio, como movida por un interior impulso, determinó entrar; subió a saludar al Prelado, pero sin intención de pedirle nada, ni aun si-



ALTAR DE SAN RAFAEL EN LA IGLESIA DE SAN AGUSTÍN
DE MÁLAGA

quiera de manifestarle la necesidad en que estaban, porque aunque era tan bueno se ponía disgustado y de mal humor cuando le contaba algún apuro, y así éstos se los había de ocultar.

El bendito Arcángel le movió aquel día para que las remediase en tan apurada necesidad, pues nunca le había preguntado de qué pasaban, y, ¡cosa extraña!, aquel día con mucho interés y afabilidad le dijo: “Pero, hija, ¿de qué pasáis? ¿Cómo vivís?” Ella, disimulando por no apurarle y sonriendo, le contestó: “Ya estamos bien, pues Nuestro Señor provee.” Él, no satisfecho, insistió preguntando: “¿Con qué contáis?” Ella contestó, alentada por aquel interés que demostraba: “Nada seguro; con lo que nos manda la divina Providencia.” Sin replicarle nada, con las lágrimas en los ojos, llamó al secretario y le dijo: “Trae cien duros.” El secretario, aunque no de muy buen grado, tuvo que obedecer y entregarle dicha cantidad.

Salió de palacio con sus cien duros, muy agradecida y contenta. Por el camino iba meditando que el pobre ha de sufrir y callar si desea imitar a Jesucristo, siempre pobre, siempre humillado. Con esto no se le hizo tan dura aquella mala acogida del secretario, el cual en otro tiempo con tanta atención y amabilidad la recibiera siempre.

Antes de marchar a casa quiso primero volver a la iglesia de San Agustín a darle gracias

a San Rafael, pues bien reconoció que por su medio e intercesión Nuestro Señor le mandaba aquel remedio.

Desde entonces fué todavía más devota del glorioso Arcángel, encomendándole todas sus necesidades, y, según aseguraba, vió su protección visible en muchísimas ocasiones.



CAPÍTULO XIV

PERSECUCIÓN QUE CONTRA LA SIERVA DE DIOS LEVANTÓ EL INFIERNO EN MÁLAGA. — GENEROSIDAD CON QUE SE CONDUJO CON SUS ÉMULOS Y CONTRARIOS. — SU HEROICA PACIENCIA Y CONSTANCIA EN SOBRELLEVAR TANTOS TRABAJOS. — HÁCELE VER EL SEÑOR EN UNA VISIÓN A SU PADRE Y HERMANA PADECIENDO EN EL PURGATORIO Y CÓMO ACEPTÓ DIOS SUS SUFRAGIOS



ON la limosna del Prelado tuvieron para pasar algunas semanas; pero como no entraba nada más, siempre estaba la Madre Petra con la misma espina y apuro sintiendo se acabara. Porque las críticas y persecuciones no cesaban,

antes bien, parecía que cada día cundían más, no había que pensar sino en retirarse a su rinconcito y sufrir lo que Dios mandara. Ni les querían dar trabajo en que se pudieran ocupar.

Había cerca de la casa un Asilo de niños, del cual estaban encargados unos señores sacerdotes, y, a pesar de costarles dinero el que les cosieran las ropas, a tanto llegaba el odio, prevención y repugnancia que en aquel tiempo tenía Málaga con las Madres de Desamparados, que se ofrecieron a coserles toda la ropa sin retribución alguna, es decir, por caridad, y no quisieron aceptarles este ofrecimiento.

Esto le hacía sufrir más a la Sierva de Dios que la misma escasez y pobreza, pues aunque, como ella misma aseguraba, estuviese su espíritu siempre pronto, la carne no dejaba de hacer su oficio en estas ocasiones.

En medio de todas estas tribulaciones y para remate de tantas penas opúsose la madre del capellán a que continuara sirviendo gratuitamente su hijo a la comunidad. Él por su parte así hubiera continuado, mas tenía que complacer a su madre, y no tuvo más remedio que decirle a la Sierva de Dios que sin que le pasara sueldo no podía estar más con ellas. ¡Buena estaba para sueldos! Para que se los pasaran a ella. Díjoles que iba a colocarse de capellán con otras

Religiosas que le darían muy buenos honorarios.

La Madre Petra se quedó que no le podía contestar; las lágrimas la ahogaban; marchóse a la capilla y, sin cesar de llorar, le decía al buen Jesús que, ya que les mandaba tantos trabajos, siquiera no la privara de la Misa y Comunión. Inspiróle Nuestro Señor fuera a palacio a ver al provisor, por si tenía una capellanía o limosna que pudiera aplicar a este fin, porque, si no, le decía casi llorando, nos quedaremos sin Misa, pues en el sitio en que estamos no hay otra iglesia más que la nuestra. El provisor, que también estaba mal prevenido con ellas, por las conversaciones que había oído, se conmovió y, compadecido de tantos trabajos, le dijo: “Avísele al P. Coca que se quede con ustedes, que yo le proporcionaré una buena capellanía para que siquiera queden ustedes con ese pasto espiritual.”

El P. Coca, como al fin apreciaba a la Sierva de Dios, se alegró al par que ella.

Por este tiempo, que todavía continuaba la prueba, había algunas Hermanas que eran del mismo Málaga y tenían allí sus padres y familias; cuando se enteraron de lo mal que estaban, y la voz pública era que se acababa la Congregación, fueron a llevarse a sus hijas, en particular dos que, aunque eran muy buenas, llegaron

a creer todo esto y estaban con una tristeza y tentación que daba pena verlas; pero como querían tanto a la Sierva de Dios dijeron a su familia que mientras no se disolviera del todo la Congregación querían permanecer en ella.

Un día salieron a la calle y, aprovechándose de la ocasión, fueron a visitar a su confesor y, pidiéndole consejo, les dijo que ya era un hecho que la Congregación estaba disuelta, y que no fueran tontas y entraran en otro convento que él les tenía preparado. Las pobres Hermanas se quedaron todavía con más pena que antes, y más tentadas y atribuladas, sin saber qué hacer. Cuando llegaron a casa les conoció la Sierva de Dios una cosa muy extraña; luego vió que lloraban mucho en la capilla. Preguntóles si les había pasado algo en Málaga, y contestaron que no, porque no se atrevían a declarárselo. Lo peor fué que lo contaron a otras dos Hermanas, y así eran cuatro las que estaban con esta tentación y deseos de salir, aunque por otra parte sentían dar a la Sierva de Dios pena y disgusto. Extrañábale a ésta verlas con tanta tristeza, cuando en la pobreza y escasez siempre las había visto alegres; así que un día las llamó y les dijo que si es que no estaban contentas y querían irse no necesitaban llorar por eso, que, aunque no habían querido descubrir la verdad, bien sabía ella que el día que fueron a Málaga

algo les había ocurrido. Entonces le descubrieron su tentación y dijeron estaban ya arrepentidas, que las perdonara, que serían fieles; pero las otras dos, tentadas por éstas, no fueron tan dóciles y les duró más tiempo la tentación.

En este tiempo el P. Mariano, cuando supo que el señor Obispo había nombrado confesor al P. Barrado, creyendo que era cosa de la Sierva de Dios, se resintió tanto con ella, que dirigía contra la Congregación unos golpes tan duros que él solo habría bastado para destruirla si no hubiera sido obra de Dios, y lo peor era que, como este bendito hombre era tan bueno y todos lo tenían por santo y le oían aquellas cosas, todos las creían. Tanto llegó a decir, que una que quería ingresar con ellas, para hacerla desistir le juró la destrucción de la Congregación, según ella misma le contó a la Sierva de Dios; pero, a pesar de todo, ingresó en el Instituto.

He aquí cómo se valió el Señor para hacerle más dura la prueba de aquellas personas que más la habían querido, y con esto probó, como nos dice, lo que Santa Teresa aseguraba, que la peor guerra y la que más perjudica es la que hacen los buenos, es decir, la que viene por personas virtuosas.

Con todo, nunca se dió por resentida con el P. Mariano de las ofensas que le hacía, porque

siempre tuvo corazón generoso y supo perdonar las injurias.

La noticia del alboroto de Málaga llegó hasta el Valle, pueblo natal de la Sierva de Dios y sus tres compañeras, y su familia y la de las otras paisanas se alarmaron y fueron también por ellas, pues decían que ninguna necesidad tenían de sufrir tanto y carecer de todo; mas la Sierva de Dios les aseguró que estaban muy bien y nada les faltaba. Con esto, y viendo la casa tan grande, lo creyeron y se marcharon tranquilos.

Poco tiempo después dos novicias que había tuvieron la tentación de fugarse, pero de tan mala manera que pensaban hacerlo a media noche por la puerta de la iglesia, e irse a casa del P. Mariano, que no necesitaba más para acabar con las Madres de Desamparados. Nuestro Señor, que siempre vela por sus obras, no lo permitió, y aquella noche en que ellas pensaban escaparse, sin saber la Madre Petra nada, ni las demás Hermanas tampoco, en el examen de la noche no hacía ella más que pensar en el abandono que había de no quitar las llaves de las puertas y guardarlas, no porque desconfiara de ninguna de las Hermanas, que esto no se le ocurría, sino que, como eran tantas las puertas que había en el patio y las tapias muy bajas, y tenían la mala costumbre de dejar las llaves puestas, una noche podía haber un descuido y

las podían sorprender gente de la calle y llevar buen susto, porque por temor a robo no lo podían tener, pues no había nada que llevarse. Al salir de la capilla, antes de entrar en el dormitorio, reunió a todas las Hermanas y les dijo: “Hemos tenido hasta ahora mucho descuido con las puertas, y con esto tengo un disgusto tan grande que no quiero acostarme esta noche sin que cada cual entregue la llave de su oficina, incluso la de la iglesia, pues quiero guardarlas todas debajo de mi almohada.” Así, desde entonces, se hizo esto costumbre.

Las dos novicias, que estaban convenidas a la hora en que se habían de fugar, que era a media noche, cuando todas durmieran, y con sus bultos hechos de la ropa que pudieron recoger, y pensando escaparse por la puerta de la iglesia, que era por donde habrían tenido más facilidad, se encuentran con esta cosa tan extraña, y tan sorprendidas de no poder efectuar su fuga, que se quedaron muertas; pues ellas decían: “¿Quién ha podido decir esto a la Superiora? ¡Nosotras, que no hemos dicho nada, ni nadie lo sabe! Esto no puede ser más, se decían ellas, que cosa de Nuestro Señor, que se lo ha inspirado.” Con esto se les quitó la tentación, y al día siguiente fueron a buscarla y, de rodillas y con muchas lágrimas, le pidieron perdón. Ella no sabía nada de lo que habían hecho, y así les decía que de

qué las iba a perdonar, y entonces le descubrieron toda la tentación y lo que pensaban hacer. Nuestro Señor tuvo misericordia y las libró de este disgusto, inspirando a la Sierva de Dios lo que debía hacer para evitar aquel escándalo que tantos pecados habría traído y tal vez la perdición de aquellas almas.

La paciencia y constancia de esta gran heroína no pudo pasar inadvertida a aquellos mismos que por permisión divina la tenían a prueba, y pasado algún tiempo empezaron a apaciguarse las gentes. Los sacerdotes que antes se negaban a darles costura, ahora les mandaban carros de camisas, suplicándoles que por caridad hicieran algo por aquellos niños. Eso era cuando ya tenían otras cosas en que ocuparse, pues había pasado la prueba. Con todo, aceptaron reconocidas aún y las cosían de muy buen grado.

Poco tiempo después de estas pruebas y trabajos fué un día el P. Coca a visitar al Prelado, y éste, que nunca había caído en preguntarle si estaban en apuro, le dijo: “Las Madres ¿dónde duermen? ¿Qué camas tienen? Porque ellas se vinieron de Vélez dejándolo todo y aquí no han tenido quien les dé nada, y he pensado varias veces que no deben de tener camas.” El P. Coca le contestó: “Ya ve, señor Obispo, qué pueden tener; yo no lo he visto, pero sé que no tienen

camas; así es que deben dormir en el suelo.” Entonces el Prelado, admirado y poniéndose las manos en la cabeza, dijo: “¡Vaya por Dios, las pobres! ¿Quién habría sufrido esto? Ya veré a un señor y entre los dos las costaremos”, como en efecto lo hicieron. Por cierto que no había en la casa otros muebles ni más comodidades que sus camitas nuevas.

Ya iban acudiendo más niñas a la escuela que se había abierto, porque antes tampoco querían asistir, y así se iban calmando un poco los ánimos, pero los fondos poco se calmaban, que cada día estaba más vacía la bolsa, pues aquella limosna de San Rafael ya iba apurándose, y así estaba la Sierva de Dios con la misma plegaria a Nuestro Señor.

En este tiempo pensó hacer ejercicios espirituales; se lo propuso a las Hermanas y todas demostraron deseos de hacerlos. Se lo dijo al P. Barrado, y se ofreció a dirigirlos, que no les sirvió de poco consuelo aquellos días de retiro y para conformarse a llevar con paciencia tantos trabajos como Nuestro Señor era servido enviarles.

Estaban todas muy fervorosas y contentas en aquellos días de retiro, y ella lo estaba también mucho más; ya parecían poco lo que estaban sufriendo, con los deseos que Nuestro Señor les daba de sufrir por Él. Sentían una cosa tan

grande y extraña, que no lo podían explicar; les parecía que el Señor andaba visible entre ellas, fortaleciéndolas de tal manera y derramando tantas gracias, que, como digo, ya todo les parecía poco, es decir, lo que antes les parecía tan duro de llevar, que eran todos los trabajos ya referidos, y en aquellos días Nuestro Señor les dió luz para reconocer que eran beneficios muy grandes y gracias que sólo concede a los que mucho ama.

En aquellos días de ejercicios tuvo, como en su humildad llamaba ella, un sueño particular. Veía un alma en el purgatorio, pero purgaba en la misma puerta de la habitación donde murió. Otra alma también purgaba al lado de la primera, mas era tanta la diferencia de la pena o sufrimiento de la una a la otra, que no se puede ponderar.

Estas personas hacía que habían muerto, una diez y siete años y la otra diez u once.

Durante aquel sueño las miraba la Sierva de Dios sin conocerlas. Sin duda Nuestro Señor se lo ocultó, porque, como le tocaban muy de cerca, ni en sueños lo hubiera podido resistir, según los padecimientos tan terribles que sufrían.

La que hacía diez u once años, estaba en un lago de sangre que toda la cubría, y aquella sangre la derramaba por todo su cuerpo a fuerza de los padecimientos tan atroces y terribles

que padecía. Mas éstos iban acompañados de una paz y resignación tan grandes, que hasta parecía que los sufría con gusto. La otra persona, al parecer, no experimentaba otra pena que el estar privada de la presencia de Dios. No vió en ella otro padecimiento la Sierva de Dios; pero con sólo éste era tanta la amargura, que estremecía el verla, no obstante de que, comparados con los sufrimientos de la primera, eran éstos como nada.

La que sufría menos estaba envuelta en un manto muy lúgubre que la cubría toda; no se le podía ver la cara. Contemplaba los sufrimientos de la otra, y, dirigiéndose a la Sierva de Dios, le dijo estas palabras: “Yo no puedo aliviarlo, pero tú sí.” Miróle la Madre Petra y exclamó: “¡ Señor, si en esta alma veo otra pasión!”, porque dice que estaba en la misma actitud que Jesucristo en la cruz. Lo sacó del lago en que estaba, y como chorreaba sangre se detuvo un poco, como temiendo mancharse, y, fijándose en la sangre, miró a la otra alma que penaba y le dijo: “Pero esta sangre no mancha”, y apretándolo en sus brazos lo envolvió con su esclavina y despertó, reconociendo entonces que aquél era su padre y la otra una hermana suya.

Poco tiempo después vió a su padre en un campo espaciosísimo, tan resplandeciente que hasta las piedrecillas del suelo brillaban como si

fueran diamantes o piedras preciosas. Rodeábale también a él vivísimo resplandor, y, mirando lleno de felicidad y entusiasmo a su muy querida hija, dióle las gracias por los sufragios que le había ofrecido y le dijo estas palabras: “Desde ahora al cielo.”

Como el que hace una buena obra y queda muy satisfecho, así quedó la Sierva de Dios después de esta misteriosa visión. Era una alegría tan grande que no sabía lo que le pasaba; pero a la vez no poco le hizo meditar en las penas del purgatorio, y por toda su vida tuvo muy presente la acerbidad de sus sufrimientos.

Al considerar que aquellas personas, para seculares, eran muy buenas, particularmente su hermana, pues dice que nunca le reconoció falta grave y a pesar de ello hacía diez y siete años que estaba sufriendo; aunque sus penas no consistían más que en estar privada de la presencia de Dios, con todo, la consumía de tal modo que, a ser posible morir otra vez, aquel tormento le hubiera quitado la vida.

Con frecuencia solía exhortar a sus Hijas a que meditasen las penas del purgatorio y se convencieran de la gravedad del pecado, aunque sea venial. Decía con mucha gracia: “¡Ay! Allá arriba se hila muy delgado. Dios es todo misericordia, pero ha de ser justo, y no hay más remedio que pagar hasta el último maravedí. A mi

parecer hacen mucho mal, y es una falta de caridad muy grande para con los difuntos, cuando, para consolar a la familia de uno que muere, tratan por todos los medios que pueden de hacerles creer que está ya gozando de Dios, y con estos consuelos que quieren prodigar a los vivos privan de muchos sufragios a las pobres almas.”

Las Madres Magdalena y Natividad tenían en Jaén un tío que era canónigo provisor, el cual no era muy adicto a la Sierva de Dios y bastante había trabajado para impedir que se fueran con ella sus sobrinas. Ocurrió que, estando, al parecer, bien de salud, le sorprendió la muerte de una manera repentina, a la una de la madrugada. En la misma hora tuvo una visión la Sierva de Dios, en la que se le representó el alma de dicho señor canónigo rogándole que tuviera misericordia de él, pues se veía en peligro de condenación. “¡Ah! ¡Ahora bien te acuerdas de mí!”, díjole la Madre Petra a la vez que suplicaba al Señor tuviese compasión de aquella alma y le aplicase los méritos de su Pasión. Nuevamente volvió él a suplicarle le ofreciese muchos sufragios, pues aunque se había salvado estaba sufriendo mucho en el purgatorio. Al día siguiente aplicóle una Misa y mandó a sus sobrinas y a toda la comunidad que ofreciesen la Misa y Sagrada Comunión en sufragio del alma de dicho señor canónigo, confirmando una carta

que más tarde se recibió, no sólo la noticia de su muerte, sino la hora y la manera como había muerto.

Cierta noche de verano desvelóse con el calor, que era tan fuerte que no la dejaba dormir; con el fin de encontrar algún alivio dió vuelta a la almohada y con ello encontró tanto refrigerio que empezó a meditar que eso mismo les ocurría a las almas del purgatorio cuando se les envía sufragios, y empezó muchas veces a rezar el *Requiem aeternam*. Al poco veía una larga hilera de almas que estaban en actitud muy humilde y encogidas unas al lado de otras. Cada vez que ella rezaba el Réquiem veía cómo se aliviaban, y con un movimiento de cabeza le demostraban su agradecimiento.

Ordenó en su Regla que todas sus Hijas hiciesen el voto de ánimas, y en sufragio de los fieles difuntos compuso el Rosario de Ánimas con la siguiente oración:

“¡Oh mi amabilísimo Jesús! Por los dolores, afrentas e injurias que padecisteis, desde el Huerto de Getsemaní hasta el Calvario, y por la preciosísima sangre que derramasteis en aquel doloroso camino, os ruego que os apiadéis de las pobres almas del purgatorio y de las que atribuladas y confusas se encuentran en este instante agonizando, próximas a comparecer en vuestra divina presencia para ser juzgadas. No

os acordéis que sois Juez, sino Padre amorosísimo. Miradlas con benignos ojos; usad con ellas de misericordia; hacedlo por las amarguras y dolores que vuestra bendita Madre sufrió al pie de la Cruz; por los cuidados y desvelos de vuestro Padre San José; por la intercesión del Príncipe de la milicia angélica, el Arcángel San Miguel. Inclínad, Padre mío, la balanza a la misericordia; no las abandonéis en tan triste desamparo; haced que gocen de Vos y os alaben y bendigan por toda una eternidad. Así sea.”





CAPÍTULO XV

FUNDACIÓN DE LA CASA DE RONDA. — PROVIDENCIA QUE TUVO EL SEÑOR DE SU SIERVA EN ESTA FUNDACIÓN. — VENSE CUMPLIDAS SUS PREDICCIONES. — CARIDAD CON QUE ATENDÍA A LAS NECESIDADES DE ALMA Y CUERPO DE SUS PRÓJIMOS

EN estos días de ejercicios le vinieron fuertes impulsos de fundar otra Casa, y fijóse en Ronda, sin saber por qué, aunque vió claro que lo quería Nuestro Señor.

Un día, estando en el coro, vió entrar en la iglesia al P. Coca, y como él era natural de Ron-

da le dieron deseos de hablarle, es decir, de preguntarle por aquella población y manifestarle sus deseos de fundar en ella y ver lo que a él le parecía; mas como estaba de ejercicios le escrupulizó hablar de una cosa que podía esperar hasta que terminasen. Por fin, cuando salió de los ejercicios le habló a dicho Padre de lo que había pensado en aquellos días. A él parecióle muy bien, y se alegró mucho de que se hubiese fijado en Ronda más que en otro punto, pues como él era de allí la podía recomendar a algunas personas que conocía. Quedaron en que el P. Coca escribiría aquel mismo día a esas personas; pero, ¡cosa providencial!, estaban hablando de esto, cuando llaman a la puerta, y era un sacerdote de Ronda que iba a hablar con la Madre Petra sobre una fundación. Ya había hablado con el Prelado, y éste le dijo que fuera a tratar con ella, pero sin tener noticia el señor Obispo de que deseaba la Sierva de Dios fundar en dicha población.

Quedóse admirada de ello y también el Padre Coca, y vieron que el Señor lo quería así, pues tan a las manos se vino aun antes de buscarlo.

Lo que no agradó mucho a la Sierva de Dios fué que la fundación era para un hospital, pues como tanto habían sufrido en el de Vélez temían ya a los hospitales.

Su deseo de fundar en Ronda era un Asilo

de ancianos; pero como se le proporcionó esto del hospital quiso aceptarlo, con la idea de que, estando allí, tendría mejor ocasión de conseguirlo.

Fué a contarle al Prelado lo sucedido, el cual se alegró mucho, pues tenía vivos deseos de que la Congregación prosperase y se extendiese.

El 18 de enero de 1882 salieron de Málaga, para el Hospital de Ronda, la Sierva de Dios y cuatro Hermanas más: tres de ellas se habían de quedar en él y la otra regresaría a Málaga con la Madre Petra. Acompañábale también el P. Coca, el cual la importunaba para que buscase dinero prestado, pues decía era temeridad salir de casa sin un cuarto, como, por carecer de él, había salido ella. “Dios sabe, le decía, si al llegar a Ronda no tendrán ustedes qué comer, y no será cosa de tener que pedir, recién llegadas, dinero a la Junta.” Bien veía que tenía razón en esto; mas como la Sierva de Dios no lo hacía por alarde, sino por pura necesidad, estaba tranquila, y confiada le decía al P. Coca que no se apurara, que se había puesto en las manos de Dios y Él cuidaría de todo, como así efectivamente lo hizo, según luego se verá.

Llegaron a Ronda a las cuatro de la tarde del día de la Catedral de San Pedro. Las esperaban en la estación o parador de la diligencia (entonces no había ferrocarril) la comisión de los se-

ñores encargados del Hospital, muy contentos y entusiasmados. Iban por la calle que parecía una procesión; toda la gente acudía y salía a las puertas, balcones y ventanas para verlas pasar. ¡No poco bochorno tuvo que sufrir con ello la humilde Madre Petra!

Al llegar al Hospital se encontraron con que tenían preparada una gran comida; gracias que las dejaron solas y pudieron satisfacer la necesidad, que buena falta les hacía, pues no habían comido en todo el día. Quedóse a comer también con ellas el P. Coca, y durante la comida le decía riendo: “¿No ve usted, Padre, qué bueno es Nuestro Señor y cómo cuida de los que confían en Él? ¿Ve usted qué comida tan buena nos esperaba?” Él le decía: “Sí, esto es hoy, porque lo han hecho por un obsequio y atención; pero, y mañana ¿qué van a comer? ¿Es cosa que tengan que pedir comida y dinero?” Ella le contestaba con gracia: “Él que nos ha proporcionado hoy comida lo hará también mañana.” Mas él no se convencía con esto, sino que le parecía que su fe era muy indiscreta y que no debía ser así. Al día siguiente fué un caballero a visitarla y cuando se despidió le dió una limosna de treinta duros, diciéndole: “Tome esta limosna y encomiéndeme a Dios; esto que le doy no es para el Hospital, sino para usted y para las necesidades de la comunidad.”

Cuando le dijo al P. Coca la limosna que le habían dado se quedó que no tenía palabra que contestar. “¡Qué poca fe tiene usted!, díjole como en broma la Sierva de Dios. ¿Ve usted cómo Nuestro Señor cuida de nosotras y ni por un momento nos ha dejado? — ¿Y quién había de pensar esto?”, replicó el Padre. “Nuestro Señor lo pensaba, y yo lo esperaba”, le contestó la Madre Petra.

Con aquellos dineros ya tuvieron para pasar hasta al mes siguiente, que era cuando les habían de pagar en el Hospital, y así nada tuvieron que sufrir y nadie se enteró que no llevaban un cuarto, sino que Nuestro Señor las cubrió con su providencia y bondad.

Poco a poco fueron a visitarlas muchas señoras, y, aunque no en concepto de limosna, pues el Hospital tenía sus rentas, les hacían algunos regalitos, y con lo que les pasaban del Hospital, que eran veinticinco duros mensuales, si bien era poco, como estaban acostumbradas a no tener nada, ya era un alivio grande y también podía mandarles algo a las Hermanas de Málaga.

Como era en el rigor del invierno, y pasaban de un clima tan templado como es el de Málaga a otro tan frío como el de Ronda, no podían vivir de tanto frío como sentían, pues no llevaban abrigo ninguno, por carecer de él; cuando

iban al coro a rezar los libros se les caían de las manos y de noche no podían dormir; pero Nuestro Señor les mandó oportuno remedio por medio de una caritativa señora llamada doña Dolores Avilés, viuda de un distinguido coronel, a la que mucho distinguió y apreció la Sierva de Dios. Su caritativo y noble corazón no podía ver desgracia que no remediase, y mucho favoreció a la Sierva de Dios con sus limosnas.

Enterada un día de la penuria y estrechez en que vivían las Madres de Desamparados fué a visitarlas. Estaban en el coro, y entretanto esperaba que salieran se le ocurrió recorrer las habitaciones de la comunidad. Entró en el dormitorio, que por casualidad se había quedado la llave puesta, pues siempre se quitaba, y decía después ella que, aunque sentía escrúpulo por la clausura, decidióse por fin a ver qué clase de camas tenían las Madres. ¡Imposible describir su pasmo y admiración cuando vió que, en el rigor del invierno y con los fríos de Ronda, sólo tenían las sábanas! Hartóse de llorar al ver aquello, y marchó al punto a su casa, mandando poco después a un criado con una buena porción de mantas de lana muy buenas que expresamente acababa de comprar.

Por esto que con las camas le pasó pensó ella que tampoco tendrían abrigo interior, y las proveyó de refajos y demás abrigos.

A los pocos días de haber tomado posesión del Hospital, las Hermanitas de los Pobres fueron también a Ronda a fundar, lo que contrarió los planes que tenía la Sierva de Dios de fundar el Asilo de ancianos, y esto la hizo sufrir mucho.

Hallábase en esos días allí el señor Obispo haciendo la Santa Visita, y fué ella a saludarlo, contándole sus proyectos. El señor Obispo le dijo que ya las Hermanitas se habían anticipado, y a fin de evitar conversaciones les daría a ellas el permiso. Con todo, no desistió de su propósito, pues lo tenía tan arraigado en su corazón que le parecía que Nuestro Señor quería algo más que el Hospital.

Las Hermanitas desde que llegaron empezaron a pedir por todas partes, y, según le decían, recogían muy buenas limosnas.

El P. Coca la mortificaba mucho con esto; decíale con frecuencia: “¿Ve usted? Las Hermanitas han venido después y ya se han granjeado más simpatías. Usted es así, que tiene tanta cortedad y no le gustan las visitas, y no podrá adelantar tanto como ellas, y así se lo pierde todo.”

Ella sufría con esto, porque, como el Prelado le aconsejaba que no pensara en otra fundación más que en el Hospital, y, por otra parte, interiormente no podía desistir de aquella funda-

ción, le causaba ello mucho desconsuelo y amargura. Por una parte los hombres se lo impedían; y por otra Nuestro Señor la impelía a ello con tanta fuerza, que no podía resistir. Con todas estas contradicciones, y llena de amargura, recurrió cual solía a la poderosa arma de la oración: fuése al coro y suplicó a Nuestro Señor que le diese luz para conocer lo que debía hacer, y le decía que Él sabía que ella no quería más que cumplir su voluntad. “¿Por qué, le decía, me dais esos deseos de fundar en Ronda, sin poder desistir de ello, si todos me lo impiden? Bien sabéis que el Hospital ha sido para mí un pretexto para fundar un Asilo; mas, con todo, estoy dispuesta a desistir, si es de vuestro agrado.” Dirigióse después también a su especial protectora la Virgen Santísima, rogándole que intercediese con su divino Hijo a fin de que la sacase de aquel apuro. “De aquí no me levantaré, le decía, hasta que me deis luz sobre lo que debo hacer.”

En lo más fervoroso de su oración le sobrevino una como suspensión de los sentidos, y estando así entendió estas palabras: “YA ESTÁ HECHO COMO YO QUIERO.”

Si bien estas palabras debieran haberla dejado con la misma incertidumbre que antes, porque lo mismo podían significar que se había de hacer la fundación como no hacerse, no obstan-

te, como el que le hablaba es poderoso, ella entendió lo que Él quería, y por más que meditaba que estas mismas palabras lo mismo podían ser en pro que en contra de lo que pensaba, con todo, salió del coro con una certidumbre tan grande de que se había de hacer la fundación, y en muy poco tiempo, que ya la daba por hecha. Así, con mucha alegría le dijo al P. Coca: “Ya tenemos fundación en Ronda.” Y él, riéndose, le replicó: “¡Qué inocente es usted! ¿No ve que ya las Hermanitas tienen el Asilo?” Por supuesto que no pensaba ya la Sierva de Dios en un Asilo para ancianos, puesto que ya lo habían fundado las Hermanitas, sino en uno para niñas. Pero tampoco tenía resuelto esto, sino que esperaba lo que Nuestro Señor quería.

Como que habían ido cinco Hermanas al Hospital y con la Junta habían convenido que sólo estarían tres, parecióle a la Sierva de Dios que sería abusar si permanecía más tiempo, y así pidió permiso al presidente para quedarse en el Hospital un mes más. El P. Coca le decía que, en vez de pedir un mes, debiera pedir algunos meses, porque, aunque tenía ella tanta fe en que se había de hacer en breve la fundación, estas cosas no se arreglan tan pronto, y se vería en el caso de tener que solicitar prórroga. Entonces insistió en que no pedía más que un mes, porque tenía la seguridad de que dentro de este

plazo tendría casa, además del Hospital. Él se reía como si oyese el mayor desatino, y ella muy tranquila y confiada le decía: “Bueno, bueno, ya lo veremos; poco falta para ver quién se equivoca.”

Bien se ve que era Dios quien hablaba por ella, o que ella hablaba lo que Dios quería; pues aferrarse y decir con tanta seguridad que dentro de un mes tendrían casa no era porque alguien se lo hubiese dicho, ya que aquellas palabras que entendió no decían nada en concreto, y aunque ella tenía fe en que se haría la fundación, tampoco Nuestro Señor le había determinado el tiempo.

El presidente, a quien escribió pidiendo permiso para permanecer un mes en el Hospital, le contestó con mucha atención y amabilidad que no sólo un mes, sino todo el tiempo que quisiera estar.

El P. Coca, todos los días, con mucha broma le decía: “Ya se ha pasado otro día. ¿Dónde está la casa? Los días vuelan y la casa sin parecer.”

Unos ocho días habrían transcurrido cuando se presentó un caballero en el Hospital diciendo que tenía que hablar con la Superiora. Cuando se lo anunciaron a la Sierva de Dios creyó ^{esta} que sería una visita por gusto; pero ^{como} se quedó cuando le dijo que iba a hablarle de un



proyecto de fundación que tenía hacía unos veinte años! Sabía que el Instituto se dedicaba a ancianos y a niñas; mas como las Hermanitas ya tenían los ancianos, él pensaba en el Asilo para niñas pobres. Se ofreció a costear la casa y a sostenerla, con la condición que había de ser en un sitio determinado, que era en un convento que había muy ruinoso, pero muy grande y espacioso. Todavía quedaban algunas monjas, cuatro o cinco Dominicas, y este señor, llamado D. Antonio Ruiz, era pariente de la abadesa de dicho convento, y se comprometió a pedirle la parte ruinoso y unos patios grandes que tenía el convento.

La Madre Petra oía toda esta relación con un gozo inexplicable; veía su ideal realizado, pero con cierta desconfianza, y ya no se atrevía a creer en tanto como aquel caballero le ofrecía; pues como era tan humilde, y, por otra parte, había pasado tantos trabajos y se había visto en tanta pobreza, le parecía mucho tener casa propia con tanta comodidad, y así decía a las Hermanas al contarles la entrevista con don Antonio: “No sé si será para nosotras, porque no merecemos tanto.”

Como el Prelado estaba en Ronda trató con él D. Antonio. Alegróse mucho el señor Obispo, y se ofreció por su parte a ayudarles en todo. Díjole que quería se hiciese la fundación en el

Convento de la Madre de Dios de las Dominicas, pues, de no hacerla allí, no quería hacerla en otra parte. El señor Obispo, al ver esto, dió su licencia, pero con tal que estuviesen conformes las monjas y se lo pidieran por medio de una solicitud. Esto costó un poco de trabajo; mas como Dios lo quería, se hizo contra la voluntad de ellas, pues lo pidieron sin saber lo que hacían.

El P. Coca tenía una parienta en dicho convento; el capellán del Hospital, otra, y D. Antonio Ruiz lo era también de la abadesa. Los tres fueron a hablarles a las monjas, y consiguieron que cediesen la parte ruinosa del convento con anuencia del Prelado; se extendió la solicitud, que firmaron ellas y la aprobó el señor Obispo, autorizando a D. Antonio para empezar la obra del Asilo.

La abadesa cuando reflexionó lo que había hecho se arrepintió sin duda, y escribió al señor Obispo una carta diciéndole que retrocedía de lo que había hecho, que había firmado sin meditar y reflexionarlo bien y que, en fin, no era su voluntad ceder aquella parte del convento.

El Prelado disgustóse mucho con aquella carta de la abadesa; llamó a la Madre Petra, leyóle la carta y le dijo: “No te apures, porque yo lo puedo hacer sin conformidad con las monjas. Sólo he pedido la solicitud por atención, a

fin de que nunca pudieran decir que había sido hecho a la fuerza. La cosa está resuelta.” Llamó, pues, a D. Antonio y le dijo que empezara la obra cuando quisiera.

Al otro día fué el Prelado al convento, con una comisión para la división del terreno, deslindar la parte destinada al Asilo y por dónde se había de cerrar la clausura de las monjas.

Era la víspera del día de San José y Lunes Santo, y D. Antonio, que tenía muchos deseos de empezar la obra, respetando la festividad del Santo Patriarca, no lo hizo aquel día, pero sí al siguiente.

Era tanto el entusiasmo de este señor, que a cuantos le veían les infundía devoción y caridad, y decía que por fin el Señor le había concedido pudiera realizar aquel deseo que hacía más de veinte años tenía en su mente.

Pasada la Semana Santa hicieron un triduo a San José, en acción de gracias, en la iglesia de las Dominicas, que ya pertenecía también a las Madres. El último día del triduo se hizo con gran solemnidad, y muchas señoras que asistieron a la función esperaban a la Sierva de Dios que saliera para saludarla; mas ella, que no gustaba de que le hablasen en la iglesia, retiróse a la sacristía y quedóse allí con dos Hermanas, mandando a las otras dos al Hospital.

Las que se quedaron con ella le suplicaron

que por Dios se fuese, pues no había cama en que pudiera descansar; pero, por más que porfiaban las Hermanas, no pudieron conseguir que saliera de allí. Quedáronse en la sacristía, única habitación de que podían por entonces disponer; tendieron unas esteras y alfombras que había y se recostaron a pasar la noche.

Cuando cerraron la puerta y se vieron solitas en su sacristía estaban con un gozo tan grande, que no tenían ganas de dormir; no hacían más que rezar, reír y cantar. En fin, estaban fuera de sí, sin saber por qué. En esto recuerda la Madre Petra y les decía a las Hermanas: “¡No habéis caído en una cosa, y es que hoy hace un mes le pedí al presidente permiso para estar en el Hospital un mes más, y os decía a vosotras que dentro de este corto plazo ya tendríamos casa!” Ella hasta entonces no había caído en tal cosa, y aquella noche, como no podían dormir y estaban tan contentas porque ya se había empezado la obra, recordó que se cumplía el mes que ella había fijado y decía que dentro de él tendrían casa, y, efectivamente, ya durmieron aquella noche en su nuevo Asilo. Entonces se dió perfecta cuenta de su obstinación en quererse ir aquella noche, puesto que de algún medio se había de valer Nuestro Señor para que se cumpliera su santísima voluntad. Y lo más grande es que en tan poco tiempo se arre-

gló todo, siendo por lo regular, esto de fundaciones, largo y pesado de suyo. Claramente se ve que todo fué cosa extraordinaria, misteriosa y grande.

¡Cómo se quedó el P. Coca cuando le dijo la Sierva de Dios, al otro día, que al cumplir el mes habían dormido ya en el nuevo Asilo! ¡Y cómo se quedaron todas al ver cumplida la voluntad de Dios y la profecía de su Madre Fundadora!

Antes de pasar adelante conviene decir también una cosa particular que le sucedió a la Sierva de Dios respecto a esa fundación. Era mucho antes de que se realizara; todavía no conocía ella a D. Antonio Ruiz, ni nadie le había hablado ni ofrecido nada.

En un cuartito que les servía de comedor y sala de labor acostumbraba sentarse a coser junto a una ventanilla por la que se divisaba una parte de la población y el Convento de la Madre de Dios de las Dominicas. Como salía poco a la calle no conocía la población, y menos aquella parte que divisaba; pero, sin saber por qué, siempre se fijaba en aquel convento, y muchas veces llamaba a las Hermanas y, señalándoles aquel edificio, que entonces ignoraba fuera convento, les decía: “¿No veis qué sitio tan bueno sería aquél para un Asilo? ¡Ya me gustaría si pudiese ser allí!” Y, efectivamente, el

Señor quiso complacer los deseos de su amada esposa, pues se hizo en el mismo sitio en que ella se había fijado, porque su voluntad estaba íntimamente unida con la de su soberano Dueño, y así siempre veía cumplida la suya.

Convino con D. Antonio que el nuevo Asilo llevaría el nombre de San José, y así se estampó en la fachada con letras grandes, que se divisaban a larga distancia, un letrero que dice: ASILO DE SAN JOSÉ.

Este señor tuvo desde entonces mucha devoción al glorioso Patriarca, y el Santo también le favoreció mucho.

D. Antonio Ruiz, el caritativo fundador del Asilo de Ronda, era un caballero dotado de noble y compasivo corazón y generosos sentimientos. Aunque de padres sumamente católicos, que le habían dado esmerada educación religiosa, habíase, no obstante, enfriado mucho y vivía algún tanto alejado del cumplimiento de sus deberes cristianos. Pero siempre dispuesto a practicar el bien en la persona de los pobres y necesitados. Enfermó de gravedad, y quizá porque su familia o parientes no se atrevieron a proponérselo, o tal vez por no dar tiempo, lo cierto es que solamente recibió la Extremaunción.

La Reverendísima Madre Petra, que estaba ausente, al enterarse de la enfermedad de dicho

señor, pedía incesantemente a Dios por su salvación, recibiendo indecible pena al saber que había muerto sin confesar ni recibir el Viático, y pedía a Dios nuestro Señor que tuviese misericordia de aquella alma.

En cuanto se lo permitieron sus muchas ocupaciones dirigióse la Sierva de Dios a Ronda. A la mañana siguiente de su llegada avisó al capellán que celebrase la Santa Misa en sufragio de D. Antonio, e igualmente avisó a la comunidad que ofreciese por esa intención la Sagrada Comunión aquel día. En medio de la Misa oyóse exhalar de pronto un ¡ay! repetido que atemorizó a todos los presentes. Era como de dolor intenso, aunque resignado; no de desesperación, cual si fuese el de un condenado. Entendió la Sierva de Dios que aquel lamento era del alma de D. Antonio que penaba en el purgatorio y que se había salvado por sus muchas obras de caridad, singularmente por haber costeado aquella obra y fundar el Asilo de niñas pobres.

Siguieron las obras, y el mismo día de San José, un año después de comenzadas, se inauguró el Asilo; pero Dios sabe lo que tuvo que sufrir la Sierva de Dios: por poco le cuesta la vida. Muchas veces solía decir ella a las Hermanas: “Como no nos ha costado dinero adquirir esta casa, me está a mí costando la vida.”

Y así era en verdad, pues llegaron a temer todos por su vida y decían que estaba tísica. Las lágrimas que derramó fueron tantas, que solía decir que en vez de agua se podía haber amasado con ellas el yeso de la obra.

Como durante la obra del Asilo no podían admitir niñas, y recibían buenas limosnas, le propusieron algunas señoras la visita de enfermos pobres a domicilio, cosa que hacía mucha falta, ya que esa clase de pobres están muy abandonados. Agradóle la proposición, y aceptó con gusto visitarlos y administrarles alimentos y medicinas, ayudándolos y favoreciéndolos en todo lo que su caritativo corazón aconsejaba y podía.

A la primera familia que visitó acompañóla D.^a Dolores Avilés, que, como era muy buena y caritativa, ayudó a la Sierva de Dios a quitarles la miseria a aquellas criaturas. Era un matrimonio con tres niños. El marido estaba postrado con una enfermedad contagiosa, lepra, que le había empezado por los pies y le caía la carne a pedazos. Al verlo así, y envuelto en tanta miseria, el corazón se le partía a la Madre Petra de dolor y compasión. La mujer estaba casi en la agonía. Los niños, de tanta miseria y suciedad, no podían abrir los ojos, cayéndose de debilidad. Llevaron al hombre, para cuidarlo mejor, al Hospital; a la mujer, aunque estaba en aquel estado y desahuciada de los

médicos, con la ayuda de Dios y sus caritativos cuidados, logró salvarla y pronto se puso buena; los chiquillos fueron los primeros que ingresaron en el Asilo, y así todos quedaron amparados y favorecidos por la misericordia de Dios. Decía luego la Sierva de Dios: “¡Bendita sea la caridad! ¡Qué sería particularmente de los pobres si Nuestro Señor no inspirase estas obras, quitando por medio de su gracia la repugnancia que naturalmente se siente a vista de la miseria de nuestros semejantes!”

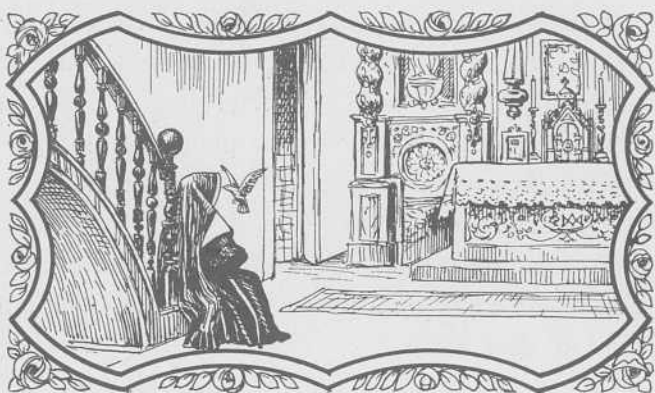
Desde entonces se dedicaron a socorrer y visitar a los enfermos pobres a domicilio. Las Hermanas unas salían a recoger limosna y otras a distribuirla entre los más necesitados.

Estaban en la población contentísimos con este nuevo ejercicio de las Madres, porque, en verdad, se hacía mucho bien, y así lo experimentaba igualmente la Sierva de Dios. Pero asimismo sabía que para la visita domiciliaria se necesita una vocación a toda prueba y especial, pues de lo contrario se perderían muchas Religiosas. Bien probada la tenían las de aquel tiempo, y así nada temía por éstas; mas como con su espíritu profético veía tal vez la Sierva de Dios que en posteriores tiempos algunas no tan fuertes sucumbirían y tal vez acabarían por salirse de la religión, no quiso exponerlas a tan duro trance.

Cuando se concluyó la obra y se abrió el Asilo para niñas, aunque había buenas limosnas no alcanzaban para todo, y tuvieron que dejar la visita domiciliaria. El objeto principal de aquella fundación era el Asilo, y así habían de atender preferentemente a él.

Admitieron a cuarenta niñas internas, y a las clases externas gratuitas que abrieron asistían más de doscientas.





CAPÍTULO XVI

ENFERMA DE GRAVEDAD, LA SANTÍSIMA VIRGEN
LA CURA MILAGROSAMENTE. — GRACIAS SINGU-
LARES CON QUE LA FAVORECIÓ EL SEÑOR EN
LA CASA DE RONDA



COMO el encargado de la obra, que era el P. Coca, no estaba muy al corriente de estas cosas, tuvo muchos desaciertos y hubo por ello varios disgustos, que dieron que sufrir mucho a la Sierva de Dios, tanto que por poco le cuesta la vida, según ya se dijo.

Quedó tan extenuada y débil, que arrojaba mucha sangre, a causa también de la debilidad.

A tanto llegó ésta, que no podía ni levantarse de la cama, y en vísperas de Semana Santa agravóse de tal modo que creían se moría.

La noche del Miércoles Santo, tal vez por efecto de la debilidad y gravedad en que estaba, pues ni hablaba ni veía, la pasó en un sueño.

Creíase estar en un campo muy grande; en medio de él había una piedra muy alta a manera de columna. Desde allí volaba ella al cielo, muy contenta y cantando una copla que nunca había oído ni la había aprendido de nadie, sino que en el mismo sueño la compuso, y, aunque sencilla, es muy tierna. Dice así:

¡ Querida Madre mía,
alcánzanos victoria!
¡ Por tu divino Hijo
llévanos a la Gloria!

Acabando de cantar parecióle que se le caían las alas y descendía en medio de aquel campo, pero sostenida en la columna de piedra. Así, mirando al cielo otra vez, y con deseos de entrar en él, sentía como que le nacían alas, y volvía a subir volando y repitiendo la misma copla, y después volvía a descender a la columna.

Así pasó toda la noche, y volvió de aquel sueño o letargo cantando y tan animada y buena, que llamó a sus Hijas y les dijo que quería levantarse e ir a la iglesia a visitar al Señor, que estaba en el Monumento, porque esto era ya la

mañana del Jueves Santo. Ellas se admiraban de lo que le había pasado, y aunque se resistían a que se levantase, como veían, por otra parte, que estaba realmente buena, se conformaron y le dieron la ropa para que se vistiese. Y no fué ilusión, pues en la gravedad en que se encontraba, sin ser verdadero milagro, era imposible que pudiese estar todo el día en la iglesia y casi toda la noche del Jueves Santo acompañando al Señor, dándole gracias por aquella singular merced que le otorgaba.

El espíritu de mortificación de la Sierva de Dios era tan grande, que no satisfecha aún con las cruces y pruebas que Dios le enviaba, aumentábaselas ella imponiéndose diversas mortificaciones. A fuerza de repetidos vencimientos había alcanzado del Señor la pérdida del sentido del gusto, de tal suerte que no percibía sabor alguno, por agradable que fuese, en los manjares, aunque no por esto dejaba de procurar que estuviesen las comidas bien condimentadas, y aun algunas veces se cuidaba ella misma de aderezarlas, particularmente en los días en que solían hacer sus votos algunas de sus Hijas, y tenía tanta gracia para ello que, según refieren algunas de sus contemporáneas, aquel día les sabían los manjares a gloria, pues encontraban un sabor tan exquisito, que no recordaban haber probado cosa igual.

Cuando la molestaba algún dolor físico, tan sufrida era y tan mortificada tenía hasta su sensibilidad, que, en vez de prorrumpir en quejas y lamentaciones, distraía su dolor escribiendo tiernas y sencillas composiciones poéticas.

Cierta noche que, por un excesivo y fuerte dolor de muelas, no podía coger el sueño compuso las siguientes

QUEJAS AMOROSAS A JESÚS SACRAMENTADO

Si en la Sagrada Mesa
como tu carne,
¿por qué, Jesús, me dejas
siempre con hambre?...

Si la sed que me abrasa
es de tu sangre,
¿por qué, Jesús, me dejas
siempre con hambre?...

Si el néctar de tus pechos
es tan suave...
¿por qué, Jesús, me dejas
siempre con hambre?...

Si el manjar de la tierra
ya no me sabe...
¿por qué, Jesús, me dejas
siempre con hambre?...

Las viandas que busco
son celestiales.
¿Por qué, Jesús, me dejas
siempre con hambre?...

Dame pronto la muerte
para gozarte...
¿Por qué, Jesús, me dejas
siempre con hambre?...

¡Descanse ya en tus brazos
por eternidades...
y quedaré saciada
de tus manjares!

Voz de Jesús

Ven, hija regalada,
ven a mi lado,
que quiero darte un trono
muy exaltado.

Ven, que para premiarte
tu amor y fe
tendrás asiento eterno
junto a José.

Tus quejas amorosas
llegan al cielo.
Hágase como pide
tu ardiente anhelo.

Te llevaré a la Gloria,
do sin medida,
sin que comas mi carne,
te daré vida.

Al cielo de los cielos
pronto entrarás,
y allí la sed y el hambre
no sentirás.

Ven, hija muy amada,
ven a gozar,

que el néctar de mis pechos
te quiero dar.

Reclinada en tu Amado
tú ascenderás
a gozar de la Gloria
por siempre más.

Y esta otra :

EL ALMA DESTERRADA

Mi alma en el destierro
suspira con dolor.
¡Pregunta por su patria
y no le dan razón!

¡Desata mis cadenas
y vuela a Ti, Señor!
Pasa por las praderas
cubiertas con su flor.
¡Pregunta por su patria
y no le dan razón!

Oye cantar alegre
al dulce ruiñeñor.
¡Pregunta por su patria
y no le dan razón!

Los montes y collados
mudos a su dolor.
¡Pregunta por su patria
y no le dan razón!

A los mares y ríos
clama con fuerte voz:

¿Adónde está mi patria?
¡Y no le dan razón!...

La luz que la rodea
tinieblas tristes son.
¡Pregunta por su patria
y no le dan razón!...

Muy largo es el camino,
se abate el corazón.
¡Abrevia mi destierro,
porque muero de amor!...

¡Desata mis cadenas
y vuela a Ti, Señor!

Los ángeles del cielo,
oyendo mi clamor,
gustosos me conducen
a la eterna mansión.

Mi Amado me recibe,
y, embriagada en su amor,
oí que me cantaban
esta dulce canción:

¡Alma feliz, descansa,
que el trabajo pasó!
Gózate ya en mis brazos,
que aquí todo es amor.

¡Aquí las almas puras
descansan de su afán,
y alegres y seguras
por siempre vivirán!

¡Aquí todo es dulzura,
es sin temor la paz;
no hay pena ni amargura,
ni ya la habrá jamás!

¡Las almas que en el mundo
fueron de Cristo en pos,
con júbilo profundo
aquí ven siempre a Dios!

¡Aquí el amor es fuerte...
aquí el amor es vida...
la descarnada muerte
no tiene aquí cabida!

¡Aquí está la Verdad,
aquí Cristo Jesús,
aquí la Caridad,
aquí la Luz de luz!

¡Aquí de ningún modo
hay sombra de dolor...
aquí... el Amor es todo...
aquí... todo es amor!...

En esta casa de Ronda se vió la Sierva de Dios favorecida con muchas visiones y otras gracias singulares.

El Lunes Santo del año 1892, después de la Comunión, tuvo un arrobamiento o suspensión de los sentidos meditando el sudor de sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y estaba pidiendo que cayese sobre su alma, no como la pedían los judíos, sino para que la vivificase y fortificase, cuando sintió en su alma como una lluvia o rocío de la preciosísima Sangre de Jesucristo, que la bañó por completo y la limpió. Lo mismo le sucedió en la Comunión del día siguiente. El Miércoles Santo, al recibir la Sagrada Eucaristía, sintió una dulzura, suavidad

y ambrosía en su boca, que le penetró hasta lo más recóndito, inundándola de gozo y felicidad. El Jueves Santo y en los días sucesivos, hasta el 12 de mayo del mismo año, después de comulgar y también en la oración, se le representaba a modo de un globo de gracia, y decía que lo llamaba así porque no encontraba cómo poder expresar aquello que veía, y entendía que le hacía ver el Señor que de aquella manera comunicaba el Espíritu Santo la gracia a las almas, enriqueciéndolas con sus dones.

Gravemente enferma con el trancazo y principio de pulmonía, a principios de junio de 1894, habilitaron para enfermería, donde la pusieron, una habitación que la llamaban la Celda y hasta entonces servía de recibidor, donde había un cuadro del Arcángel San Rafael (1). Durante el día se encomendaba mucho al Santo, y apareciéndosele le dijo que ningún médico de la tierra la curaría. “¿Me quieres a mí por médico?”, le dijo, ofreciéndosele. “No sólo para mí, sino para toda la Congregación.” Y empezó a cantarle:

Creída en que tú eras
fuente de vida,
me encomendé a tus ruegos
y fui oída.

(1) Llamábase Celda porque esa parte del Asilo había pertenecido al Convento de clausura de Religiosas Dominicas de esta ciudad.



CAPILLA DE LA CASA DE RONDA DONDE EL SAGRADO CORAZÓN
DE JESÚS, MIRANDO A LA SIERVA DE DIOS LE DIJO: "EN
MÍ HAS DE VER TODAS LAS COSAS"

Cuando acabó de cantar pudo cerciorarse de que estaba curada.

Estaba la Sierva de Dios, cierto día, ante el Sagrario, recordándole al Señor que efectivamente era verdad lo que había dicho un señor Obispo, que mientras todos veían prosperar cual frondoso árbol la Congregación que él protegía, la suya, la de la Madre Petra, cual hiedra que, falta de apoyo, se marchita y languidece, se extinguiría pronto, pues no tenía quien la gobernase y volviese por ella. “Y así es, Señor, así es”, decía con ingenua humildad. “Porque, ¿quién soy yo?” De pronto ve salir, sin abrirse el Sagrario, una hermosísima paloma, blanca, transparente y esplendorosa, y, llegando donde estaba ella, pasó tres veces por su cabeza, dejando oír estas palabras: “Yo soy.”

Otro día pedía al Señor, en la oración, escogiese otra Religiosa que gobernase el Instituto, pues el poco tiempo que le restaba de vida entendía debía dedicarlo a prepararse para comparecer ante su divina presencia. De pronto ve aparecer al Sacratísimo Corazón de Jesús con los brazos extendidos, despidiendo un haz de refulgente luz de cada una de sus llagas, de las manos, pies y costado, y, mirando a la Madre Petra, le dijo estas palabras: “EN MÍ HAS DE VER TODAS LAS COSAS.” Desde entonces tomó tan al pie de la letra esta sublime lección de su di-

vino Maestro, que todo lo miró en Dios y para Dios, y no pensó más en atender a sus cosas, e hizo con el Señor el pacto de cuidar ella de todo lo perteneciente a su divino Esposo, comprometiéndose Él a cuidar de todo lo de su Sierva.

Después hizo la Sierva de Dios grabar una medalla en la forma en que se le apareció Nuestro Señor y con las mismas palabras que le dijo, y es la que al hacer los votos perpetuos se les pone a las Madres de Desamparados en el rosario.

También vió bajar, en una visión, a lo profundo del abismo el alma de una religiosa Dominicana que pertenecía al convento contiguo. Como era tan grande el celo que por la salvación de las almas tenía, lo sintió tanto la Sierva de Dios, que lloraba sin consuelo, con mayor razón porque la había conocido personalmente. Entendió que dicha Religiosa se había condenado por la falta de observancia del santo voto de pobreza.

El día de San Pedro, pidiéndole a San José, al dar gracias después de la Comunión, que intercediera para que Nuestro Señor se dignara admitir la consagración de toda la Congregación y diera aumento de gracia a ella y a todas sus Hijas, vió cómo de la boca de San José salía una especie de nubecilla parecida al humo del

incienso, entendiendo con esto que había sido acepta su petición.

Estando en esta casa de Ronda recibió una carta de una hermana suya, diciéndole que iba a pasar unos días con ella. Creyó la Sierva de Dios debía impedir aquella visita que ningún provecho podía reportar a la casa y comunidad, y como dentro de unos días había de salir de viaje pensó ponerle un telegrama a fin de que lo suspendiese hasta nuevo aviso, pues tenía que salir y no podía recibirla.

Llegó a la oficina de telégrafos acompañada de otra Madre; al entrar salióles al encuentro un caballero de mediana edad y les preguntó con agrado: “¿VIENEN USTEDES A PONER UN TELEGRAMA PARA EL VALLE? — Sí, señor”, contestó la Sierva de Dios, admirada. “PUES NO SE MOLESTE, QUE YA ESTÁ PUESTO.” Dióle las gracias, pues no quiso cobrarse el importe, lo que mucho agradeció la Madre Petra, a la que remordía la conciencia gastarlo, porque le parecía que se lo quitaba a los pobres.

Pasaron unos días y no venía su hermana; en su lugar recibió una carta en que la ponía muy mal, pues decía que ya estaba vestida para tomar el tren y ella había tenido aquella rareza de ponerle él telegrama para que no fuera. Esto le hizo comprender con toda certeza había sido cierto que aquel caballero, que no podía ser otro

que San José, había puesto el telegrama, pues nadie sabía a quién se había de dirigir ni el asunto que había de constituir su redacción.

Cuando las Hermanas hacían sus votos anuales o perpetuos sabía muy bien las que serían fieles y perseverarían en la religión, y también las que, por el contrario, abandonarían su estado y se saldrían, y solía acontecer que le mostraba el Señor el estado de su alma el día de la profesión cuando se llegaban a comulgar, como aconteció cuando dió los votos perpetuos a sus primeras once Hijas en esta casa de Ronda.

El día antes de empezar los ejercicios se puso muy enferma, teniendo que guardar cama. Había pedido al Señor purificarse por aquellas sus Hijas que iban a consagrarse para siempre, y aceptó Él dicho ofrecimiento, mandándole una enfermedad que le duró tantos días cuantas eran las Religiosas que iban a profesar.

El día de la profesión vió las almas de las Religiosas que profesaban, puras y hermosas, en forma de lindísimas palomas.

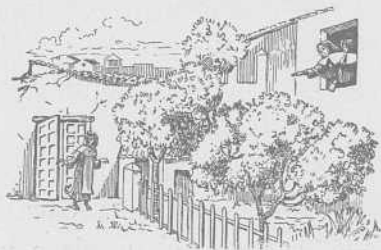
Estaba cierta mañana la Reverendísima Madre Petra sentada trabajando en una labor de manos, cuando oyó llamar a la puerta. “¿Quién será?”, se pregunta interiormente, a la vez que miraba por la ventana. Y vió, junto a la puerta de entrada, a un religioso que, verdaderamente, ni en las formas ni modales lo parecía, sola-

mente se dejaba ver que lo era o parecía en el hábito que lo cubría. Estaba pensando quién podría ser aquel extraño visitante, cuando se deja ver una especie de cola o rabo, feo y disforme. No le cupo duda ya de que era el mismísimo diablo, y sin esperar que le pasasen recado de la visita llamó a una de las Religiosas más antiguas y más de su confianza y le dijo: “Tenemos de visita en el recibidor al diablo, y ahora mismo va usted con otra Hermana. No tema, pues no podrá meterse con usted; basta que siga puntualmente mis indicaciones. Procure quedarse lo más cerca posible de la puerta de la celda (así llamaban la habitación que servía de recibidor), y a las preguntas que le dirija conteste lo más evasivamente que pueda, valiéndose de estas o parecidas palabras: Sí, sí. No, no sé.”

Vino la Madre de la portería con el recado de que esperaba un religioso que deseaba hablar con la Madre Superiora, y allá se dirigió resuelta y confiada la Madre designada, acompañada de la otra Religiosa, que ignoraba quién era el que se anunciaba religioso.

Pasaron al recibidor, y la Madre que llevaba el encargo de entenderse con él, es decir, la más antigua, que, según costumbre, es la que debe hablar, rehusando el asiento que junto al religioso le ofrecían, sentóse hacia la puerta, según

la consigna recibida. No se apartó tampoco ni un ápice de ella al contestar a las múltiples interrogaciones del visitante. “¿Dónde está la Reverendísima Madre Petra? — No sé, le contestó. — ¿Y son ustedes muchas? — Sí, sí, le dijo con ánimo tranquilo. — ¿Cuántas casas tienen? — No sé. — ¿Dicen que progresa mucho la Congregación?, insistió nuevamente el fingido religioso. — Sí”, contestó la avisada Religiosa, bien a pesar de su Hermana acompañante, que parecía que con su lacónica manera de contestar pecaba de descortesía, de lo que muy extrañada estaba, y más aún cuando vió que, a los signos que le hacía para que le ofreciera algún refresco, se encogía de hombros y se hacía la desentendida. El supuesto religioso, es decir, el diablo, pues él era, no pudiendo sufrir ya, como movido por algún resorte se levantó del asiento y, saliendo de la celda, le dijo como sulfurado: “Vaya, Hermanita, que no se perderá usted.” Y salió como disparado.





CAPÍTULO XVII

FUNDACIÓN PROVIDENCIAL DEL ASILO “GAVINO”, DE GIBRALTAR. — MILAGROSA PROVISIÓN DE PASAJES

EL cura párroco de San Roque, pueblo inmediato a Gibraltar, pero que pertenece a España y a la diócesis de Cádiz, conoció a la Sierva de Dios por haber estado postulando allí cuando estaban en Vélez y pertenecían a la Congregación Mercedaria, y le manifestó deseos de que se encargara del Hospital de dicho pueblo; pero mientras lo resolvieron, pues se pasó casi un año, sucedió el disgusto con el provisor y la sepa-

ración de las Mercedarias, y cuando dicho párroco fué a Málaga a pedirle al Prelado Hermanas para el Hospital, éste le dijo que ya no eran Mercedarias, sino que habían formado una nueva Congregación que él mismo apoyaba y protegía. El párroco dijo que tanto mejor, porque la Congregación Mercedaria, en general, no le gustaba, que a él lo que le había gustado eran las Hermanas que había tratado cuando la Sierva de Dios estuvo allí pidiendo o postulando.

El Prelado la llamó a Málaga, haciéndole saber esta fundación de San Roque y manifestándole que era muy gustoso en ello. Le aconsejó fuera ella a ver el Hospital y a enterarse de las condiciones, hablando, al efecto, con los señores de la Junta.

El viaje a San Roque se hacía más fácil por Gibraltar, y ella pensó que con esta ocasión que se le presentaba podía postular en Gibraltar y recoger alguna limosna, que bastante falta les hacía.

Salieron para Gibraltar y se hospedaron en una casa contigua a la iglesia de San José de Europa, donde vivía un sacerdote, el P. Femenías, con quien ella se había confesado la primera vez que estuvo allí. También vivía en aquella iglesia una señora muy buena, que desde muy joven se consagró al culto de aquel templo; vestía hábito religioso y ella misma le dijo a la

Sierva de Dios que se había consagrado al Señor por medio de los santos votos.

Era la víspera de Corpus Christi cuando llegaron a Gibraltar, y como en días festivos no acostumbraban viajar se detuvieron aquel día en dicha población; oyeron Misa y comulgaron en la iglesia de San José, y como estaba muy concurrida, para dar gracias después de la Sagrada Comunión se retiró a un rincón donde nadie la pudiese ver y poder tener más recogimiento.

Siempre tuvo la Sierva de Dios ferviente devoción a esta festividad del Corpus, y aquel día se sintió con más recogimiento y devoción. Meditaba en el gran misterio de esta fiesta, cuando le sobrevino una suspensión de los sentidos; en este arrobamiento parecióle oír estas palabras: “QUÉDATE AQUÍ, QUE ÉSTOS TE AYUDARÁN”, presentándole al P. Femenías, párroco de aquella iglesia, y a la monja que vivía en la misma cuidando del culto y ornato de ella. Entendió al mismo tiempo que aquellas palabras aludían a que, en vez de la fundación en San Roque, sería en Gibraltar. Con todo, aunque a su parecer no había sido ilusión y que el que le hablaba no podía engañar, le pidió consejo al P. Femenías para ver lo que hacía, si seguir el viaje a San Roque o desistir de ir allí. Todo esto se lo consultó en el confesonario, bajo si-

gilo de confesión, declarándole lo que había entendido en la oración. Él le dijo que le parecía era de Dios, pero como no sabían fijamente lo que el Señor quería en Gibraltar, debía continuar el viaje a San Roque, para donde había salido, “porque Nuestro Señor, decía él, quiere que llevemos las cosas por la vía natural”. Así quedaron, y al día siguiente salieron para San Roque. Cuando llegaron a La Línea, donde se había de tomar el carruaje para ir allí, ya no había asientos, y tuvieron que volver a Gibraltar, porque entonces no había otro medio de ir a ese pueblo que en aquella diligencia.

Cuando le contaron al P. Femenías que no había asiento en la diligencia se admiró y dijo que nunca había pasado eso, porque era poca la gente que viajaba, y aconsejóle que volviese por la tarde de aquel mismo día, que salían otros dos coches; fueron y tampoco hubo cabida, aunque ofrecieron pagar doble precio; tuvieron que regresar a Gibraltar. El P. Femenías dijo que era cosa muy particular, e insistió en que volvieran al día siguiente, en que ya pudieron tomar asiento en la diligencia.

Llegaron a San Roque por la tarde: era el día de San Luis Gonzaga del año 1879 y celebraban una gran fiesta en la parroquia; quiso entrar en la iglesia a visitar al Santo y encomendarle el asunto que llevaba.

Desde que entró en San Roque sintió una tristeza y amargura que no podía disimular; todo la hastiaba. Llegaron a la casa del párroco o arcipreste, quien se alegró mucho y la recibió muy bien, porque él deseaba que hubiese Religiosas en el Hospital. Sentía la Sierva de Dios cierta repugnancia a fundar allí; mas en vista de los deseos que tenían el párroco y el alcalde, y pareciéndole bien las condiciones que le propusieron, determinó acceder, aunque fuera haciéndose violencia, y aceptar la fundación.

Despidióse de aquellos señores, conformes en admitirla cuando hablase con el Prelado. Mas ellos se adelantaron y le escribieron al señor Obispo rogándole que les mandara cuanto antes las Hermanas, y aunque ya sabían que no eran Mercedarias, sino Madres de Desamparados, confundióronse de tal modo que, en vez de pedirle éstas, le decían al señor Obispo que mandara a aquéllas, que ya lo tenían convenido con la Superiora. Fueron, pues, éstas, es decir, las Mercedarias, y aunque el párroco y el alcalde, extrañados al verlas, dijeron que eran otras las que ellos esperaban, contestaron que el Prelado las mandaba a ellas.

Tomaron posesión del Hospital, mas el señor Obispo de Cádiz mandó que salieran de allí, pues él había dado permiso a las Madres de Desamparados y no a ellas.

Después, aunque le rogaron los de allí a la Sierva de Dios que fuese al Hospital, con todo lo que había ocurrido no le pareció bien aceptar.

Pasaron tres años después de todo esto, y ya casi ni se acordaba de la fundación de Gibraltar, cuando recibió la Madre Petra un telegrama del P. Femenías diciéndole que saliera para Gibraltar en el primer vapor para un asunto muy importante. Alegróse mucho la Sierva de Dios con esta noticia, pues, como sabía que este Padre la apreciaba mucho y había entendido que él y la otra Religiosa la ayudarían, confiaba que había algo favorable; pero a la vez sufría porque no tenía dinero para costear el viaje y necesitaba por lo menos ciento veinticinco pesetas. Dejar de ir tampoco le convenía, pues deseaba mucho la fundación, y como el telegrama iba con tanta urgencia que había de salir en el primer vapor, no podía tampoco aplazar el viaje. ¡Qué apuros tan grandes pasó aquel día! No conocía a nadie que se lo pudiese prestar, y ya estaba encargado el pasaje, pues había de salir al otro día por la tarde. No hacía más que pedirle al Señor que, si era su voluntad hiciera aquel viaje, le facilitara los medios. Así, se le pasó toda la noche en esta súplica al Señor, y a la mañana siguiente, en que había de salir para Gibraltar, le sobrevino una amargura tan grande al ver que se acercaba la hora y no po-

día efectuar el viaje, que ya no sabía qué hacer.

Serían las diez de la mañana, cuando llamaron a la puerta: era un dependiente de palacio que llevaba cuatro recibos en blanco para que ella los firmara y que el P. Coca los llevara a palacio.

Cuando se fué el portador de los recibos le decía el P. Coca riendo: “Ya tiene usted para el viaje, pues por lo menos le darán cinco duros por cada uno. — Ya me contentaría con eso, le replicó ella, mas creo que cada recibo traerá doscientas cincuenta pesetas.” Y así fué en efecto, pues con este dinero volvió el P. Coca de palacio. ¡Qué alegría tan grande recibieron todos! Bendecían a Nuestro Señor, que tan oportunamente las había socorrido en aquella tan grande necesidad.

Con todo esto ya tuvo para hacer el viaje, pagar algunas deudas que tenían y dejar en la casa de Málaga algunos cuartos para que pudiesen pasar varios días.

Llegaron a Gibraltar, y, efectivamente, el Padre Femenías tenía arreglada la fundación, o sea, la instalación de la comunidad en la Casa-Hospicio, que hacía algunos años estaba fundado, mas en poder de seculares y administrado por un hombre bonísimo, ya muy anciano, que no podía seguir con aquel cargo, y en vista del desorden en que se hallaba todos pensaron en en-

tregarlo a una comunidad. Para esto hubo sus discusiones, porque esta casa tenía sus rentas muy buenas, con las que se sostenía.

La Junta del Hospicio la componían siete u ocho señores de lo principal de Gibraltar, y entre ellos había dos protestantes, uno de los cuales era secretario del Estado. Los católicos proponían entregarlo a una comunidad religiosa, como se hizo, aunque los protestantes se oponían.

El Obispo, o Vicario Apostólico, les propuso a los señores de la Junta las Mercedarias, y aunque el P. Femenías abogó por las Madres de Desamparados no fué atendido. Llamó el Obispo a la Superiora General de las Mercedarias para que asistiera a una junta que iban a celebrar para convenir las condiciones; pero como no era voluntad de Dios, estaban ya dichas Religiosas en el muelle para embarcar, cuando se levantó de pronto una gran tempestad y se asustaron tanto que no se atrevieron a emprender el viaje.

Los señores de la Junta, lo mismo que el señor Obispo, se disgustaron mucho al ver que no comparecían las Religiosas, y determinaron por esta falta de formalidad, según ellos atribuían, llamar a otras, dejándolo a elección del P. Femenías, pues decían que como él conocía a tantas Religiosas lo haría con acierto.

El P. Femenías se aseguró muy bien con to-

dos; preguntóles repetidas veces si estarían conformes en lo que él hiciera y si dejaban a su voluntad trajese las que quisiera. Todos, incluso el señor Obispo, que tenía noticias no muy favorables de las Madres de Desamparados y era amigo del Fundador de las Mercedarias, contestaron que sí, y entonces expidió el telegrama llamando a la Sierva de Dios.

Después fué a ver al señor Obispo y le dijo: “Dentro de dos días tendrán aquí a las Hermanas que se han de encargar del Hospicio. — Y ¿quiénes son?, preguntóle éste. — Las Madres de Desamparados, contestóle el P. Femenías, que son muy buenas. Cuando usted las trate quedará contento y me dará las gracias.”

Al otro día de la llegada presentáronse al Obispo, y, aunque las recibió bien, todavía le conoció la Sierva de Dios algo de prevención; pero, en fin, ya estaba hecho, y se hizo, como Dios quería, valiéndose de aquellas personas que tres años antes le habían dado a entender la ayudarían, pues también aquella Religiosa que estaba consagrada al culto de la iglesia de San José influyó mucho para que fueran las Madres de Desamparados las elegidas para aquella fundación.

Una vez lo tuvo todo arreglado se volvió a Málaga muy contenta de tener ya segura la fundación.

Cuando les contó a las Hermanas, al P. Coca y al señor Obispo lo que había pasado se admiraban y daban gracias a Dios por tanta misericordia como había usado con ellas.

Sucedía esto en abril de 1884, y el 2 de mayo del mismo año salió de Málaga la Sierva de Dios con siete Hermanas para tomar posesión del Hospicio, lo que no pudo ser hasta el 15, día de San Isidro, que ya había salido el administrador y estaba arreglado todo.

Para que no faltara el dolor, y en compensación de la alegría de ver cumplido en ello la voluntad de Dios, una de las siete Hermanas que llevaba fué tentada de tal manera que resolvió irse. Así se lo dijo a la Sierva de Dios al interrogarle ésta. Muchas reflexiones le hizo, pero nada pudo conseguir, pues le dijo que si no la mandaba a su casa, ella se marcharía a La Línea con unos parientes que tenían allí.

Llenóse de amargura pensando que en peores circunstancias no podía ocurrirle semejante prueba, no solamente por la falta que hacía, dada la escasez de personal, sino más bien por lo que pudieran escandalizarse, como suele suceder, y todavía más por lo reciente de su llegada y ser apenas conocidas.

Al otro día salía vapor para Málaga, mas no tenía ni un cuarto para el viaje, ni le parecía prudente pedirlo a nadie, para no tener que dar

explicaciones, ni aun siquiera al P. Femenías, por más que tenía mucha confianza en él y sabía que la apreciaba mucho.

La Religiosa importunábale a cada momento, diciéndole que no esperaba más, que quería irse a La Línea. Era el mismo día en que salía el vapor, y resuelta la Sierva de Dios a pedirle prestado al P. Femenías el importe del viaje, pues no veía otro medio, mandó nuevamente a las Hermanas a la casa consignataria a que suplicaran les hicieran la gracia de rebajar la mitad, así ya no tendría que pedir tanto al P. Femenías. Entretanto se fué ella a la capilla a suplicarle a San José que la sacara de aquel apuro y necesidad. Le decía tantas cosas al bendito Santo, que éste la oyó benigno y lo arregló todo; porque a poco volvieron las Hermanas con dos pasajes, diciendo que el consignatario les había dicho que acababa de recibir un telegrama rogándole que diera pasaje a dos Religiosas que salían para Málaga, y les entregó los dos billetes. La Madre Petra les contestó que aquello no podía ser, que tal vez se habría equivocado, y que devolvieran los billetes al consignatario, pues no quería verse en el bochorno de que los pasajes fuesen para otras Religiosas y tuviera que salirse del vapor, ya que estaba bien cierta de que no la esperaban en Málaga, ni tenía ella quién le pagara el viaje.

Fueron, pues, las Hermanas a la casa consignataria a devolver los billetes, los que de ningún modo quiso admitir el encargado, pues decía que eran para ellas, ya que no habían ido otras Religiosas a tomar pasajes, y estaba cierto que el telegrama se refería a ellas, a las Madres de Desamparados. Tanto insistió que volvieron a casa con los billetes.

Dió gracias la Sierva de Dios a San José porque le iba facilitando los medios para el viaje, y dirigióse al muelle con cierta desconfianza, pues para ir al vapor hay que tomar una barquilla o bote y nada tenía para pagarlo. Las Hermanas le decían: “Pero, Madre, ¿no sabe V. R. que se necesita una peseta para el bote?” Y les contestaba ella: “El que ha hecho lo más hará también lo menos.” Y de pronto, yendo por la calle que conduce al muelle, sale un hombre de una taberna y, dirigiéndose a la Sierva de Dios, le dice: “Madre, ¿van ustedes al vapor que sale esta noche? — Sí, señor, le contestó. — ¿Tienen bote? — No, señor, contestó la Sierva de Dios. — Pues yo las llevaré gratis, pero han de esperar un poco, hasta que lleguen otros señores que he de llevar. — Sí, señor, esperaremos, replicó agradecida la Madre Petra, y Dios se lo pagará a usted.”

Con todo esto tan providencial que le ocurría estaba ella como fuera de sí de contenta, y pa-

recía como que no podía dar crédito a lo que estaba viendo que bien a las claras resultaba milagro del bendito San José: el billete del vapor, y sobre todo el llevarlas sin cobrarles el hombre del bote, puesto que esta clase de gente no acostumbra hacer favor a nadie ni rebajar cinco céntimos, ya sea porque, como son pobres, lo necesitan, ya porque, como no tienen religión, no hacen limosna, antes al contrario, siempre hay que pelear con ellos, pues si se ajusta por cuatro quieren luego sacar ocho; pero el mismo que arregló los billetes del consignatario movió al hombre del bote.

Las Hermanas que la acompañaron hasta el muelle lloraban de alegría y reconocimiento, y le dijeron: “Ay, Madre! ¿Quién se apura por nada cuando tenemos un Padre y Señor que cuida de nosotras?”

Tan conmovidas estaban que no cesaban de alabar y dar gracias a Dios.

Llegaron al vapor, que era inglés, y ni ellos entendían a la Sierva de Dios, ni ésta a ellos. Por señas les pidieron los billetes, y ella, como no comprendía lo que quería decirles, y era un hombre seco y tan serio, creyó que las despedía, y ya se marchaban; pero en esto llegó una camarera y con muchos cumplidos las aposentó en un camarote de primera, ofreciéndoles cena o lo que quisieran tomar, y toda la noche estuvo

dando vueltas al camarote por ver si iban bien o necesitaban algo, con tanta finura y atención como si hubieran sido reinas, como que decía la Sierva de Dios no recordaba haber hecho otro viaje igual, y tanto lo bendijo el Señor, que ni siquiera se mareó, cosa extraña en ella, porque siempre sufría mareo cuando viajaba por mar.

A la mañana siguiente llegaron a Málaga, y como allí conocía a los de los botes tomó uno y le dijo que fuese a cobrar a la casa.

Las Hermanas, como no esperaban regresase tan pronto la Reverendísima Madre, se sorprendieron de verla llegar con la Hermana, y cuando les contó lo que acababa de ocurrirle no pudieron menos que admirarse del milagro que había obrado el Señor por San José, y así lo reconoció, al enterarse, el señor Obispo.

Hizo propósito la Sierva de Dios de ver, cuando volviera a Gibraltar, a aquel consignatario para enterarse de quién firmaba el telegrama y desde qué punto había sido expedido, pero no se pudo averiguar. ¡Bendita sea para siempre la gran misericordia de Dios! “No sé, decía con frecuencia la Sierva de Dios, por qué rehúsan los hombres servirle, cuando no se encuentra otro que trate mejor a sus vasallos como este buen Señor y Padre mío.”

La Hermana, cuando llegó a Málaga, seguía con su tentación, y viendo claramente que Nues-

tro Señor no la quería para Religiosa, la mandó con una de las Madres a su pueblo natal, con su familia.

Estuvo la Reverendísima Madre en Málaga hasta que salió otra vez el vapor, habiendo recibido en dichos días una limosna de palacio, que le vino muy bien para el pasaje de regreso a Gibraltar.

Al ir a dar las gracias al señor Obispo y al provisor, que era el que distribuía las limosnas, les contó lo que había sucedido en su primer viaje a Gibraltar y que si ellos no le mandan aquella limosna no lo hubiera podido efectuar. Ellos le contestaron que, estando haciendo la distribución de las limosnas, les dió un impulso tan fuerte, que no pudieron resistirlo, y dijeron: “A la primera que vamos a mandar es a la Madre Petra, que, como está siempre tan apurada, le vamos a dar hoy esta alegría. — No me cabe duda ya, replicó la Sierva de Dios, que Nuestro Señor les movió para que me sacaran de tan apurado trance.”

Quando regresó a Gibraltar le dijeron, tanto el señor Obispo como el P. Femenías, que sería asunto muy urgente el que la había llevado a Málaga, ya que ni siquiera se había despedido de ellos. Ella, medio en broma y como pudo, evadióse de contestar, y así quedó todo oculto y en silencio.



CAPÍTULO XVIII

SUBLEVACIÓN DE LOS ASILADOS Y SUFRIMIENTO QUE TUVO QUE APURAR LA SIERVA DE DIOS EN ESTA CASA. — DESÁTASE EL INFIERNO Y APARECE EN FORMA VISIBLE EL DIABLO EN EL ASILO. — TRANQUILIDAD Y PAZ QUE SE SIGUIÓ



RECIBIÓ la Sierva de Dios estando en Isidro Labrador, tomaron posesión del Hospicio, y aquel día el señor Obispo, que ya estaba contento, celebró la Santa Misa, hizo una fervorosa plática y bendijo toda la casa, quedando instalada la comunidad en el nuevo Asilo.

Como todos los asilados, ancianos, ancianas,

niños y niñas, habían vivido hasta entonces con tanta libertad y cometiendo tantos pecados, aunque con toda prudencia y tino necesario propúsose cortar estos abusos la Sierva de Dios, y hacer la conveniente separación de edades y sexos, lo tomaron muy a mal y se pusieron furiosos, diciendo que no querían Religiosas y que no las obedecerían en nada: no querían comer lo que se les guisaba, porque estaban acostumbrados a estar en la calle todo el día y cada cual comparecía a la hora que quería, y se guisaba lo que les apetecía, y así que el Asilo sólo lo querían para recogerse y para vicios y pecados. Por eso les cayeron tan mal las monjas y las aborrecían de muerte, hasta el extremo de hacer e inventar todo lo que pudieron y les sugirió el demonio para que fueran expulsadas del Asilo. A este fin inventaron toda clase de calumnias, tan atroces que ni se pueden decir, y con tan poco fundamento, como cosa del demonio.

Se valieron para ello de los dos protestantes que formaban parte de la Junta, y como tanto movieron no hubo más remedio que celebrar junta general de los señores que la componían, y como ellos formaban parte o eran socios, por precisión tenían que asistir también. Uno de los dos protestantes era secretario del señor Gobernador, así que había que irse con gran cautela para no disgustarlo, porque al fin contra la vo-

luntad del gobierno tampoco podían estar, que éste era el mayor trabajo: tener que conciliar unas cosas tan contrarias a las otras.

Antes del día fijado para la celebración de la junta los dos protestantes habían ya citado a las familias de los niños, pagándoles para que mintiesen todo lo que ellos querían. Vino el día prefijado y empezó a entrar gente, y aunque la Sierva de Dios bien sabía que iban a declarar mentiras, calumnias e infamias contra ella y sus Religiosas, con todo, no podía menos de abrirles la puerta y recibirlos.

Se celebró la junta, y fué gran consuelo para las Madres el que todos los católicos, que eran mayoría, estuviesen a su favor; más con los dos furiosos protestantes había bastante para desbaratarlo todo. Empezó a entrar toda aquella gente en un salón donde se celebraba dicha junta, estando presentes los asilados; por cierto que todos se despacharon bien. Las declaraciones las escribían en forma, pero resultó que, de tanto disparate como dijeron los declarantes, se hizo un lío y un enredo que hasta los mismos protestantes se abochornaron. Cuando terminaron las acusaciones salieron todos los testigos falsos y llamaron a la Sierva de Dios para leerle las declaraciones. Nada replicó la Reverendísima Madre, y al preguntarle qué decía a todo aquello repuso muy serena: “¿Ustedes tienen

confianza en la comunidad, o no? Si la tienen déjenme en libertad para reformar esta casa, y les doy palabra de que en poco tiempo se reformará, con la ayuda de Dios, y quedarán contentos. Pero si quieren ustedes seguir mandando, pues no tienen confianza en nosotras, estamos entonces de más, nos retiraremos y seguirá esta babilonia; conque ustedes dirán quién va a tener aquí la dirección.” A esto se callaron todos, terminó la junta y se salieron.

Al siguiente día fué el presidente, reunió a todos los asilados, les hizo una buena exhortación y les dijo que en adelante las Madres serían las únicas que allí mandarían; que el que no estuviera dispuesto a obedecerlas se podía marchar. Todos quedaron sumisos y suaves; delante de todos autorizó a la Sierva de Dios para hacer y deshacer a su gusto. De este modo todo se calmó y arregló cual convenía. Poco a poco fueron cortando tantísimos abusos como se habían introducido; pero sólo Dios sabe lo mucho que tuvieron que sufrir para ordenar aquella indisciplina y reglamentar aquel Asilo. Así solía decir muchas veces, por experiencia, la Sierva de Dios: “Sé, pues lo he probado, que es mucho más difícil reformar que fundar.”

Como, al fin, aunque medio por fuerza, los hicieron entrar en orden y se evitaban tantos pecados, pues separaron a los hombres, muje-

res, niños y niñas, y había mucha vigilancia, el demonio se puso tan furioso, que hasta se presentaba visiblemente por patios y ventanas asustando a las niñas y también algunas Hermanas le vieron.

Entonces estaba la Madre Petra en Málaga, y las Hermanas le escribieron preguntándole qué harían para ahuyentar al demonio. Ella les contestó que rezaran mucho por el fundador de la casa, es decir, el que había dejado las rentas para el sostenimiento del Asilo, que ya había muerto y, según le habían contado, había vivido muy pobremente por avaricia; pero el muchísimo dinero que había logrado reunir lo dejó, al morir, para el Asilo, y quizá esta misma avaricia, si lo era, ciertamente le granjearía el cielo, ya que tan buen destino le dió a su dinero. Les mandó, pues, la Reverendísima Madre que todos los asilados rezaran una parte de Rosario por el alma del fundador, que se llamaba Gabino, que antes no rezaban ni un Padrenuestro. “¡Quién sabe, les decía, si necesitará sufragios, y muy justo es que en la casa se le hagan!” Pero los espantos y sustos siguieron, no obstante. Entonces les aconsejó la Sierva de Dios que lo consultaran con el señor Obispo y el P. Femenías. Ellos tampoco sabían qué hacer en vista de una cosa tan extraña; pero les dijeron que rociaran mucha agua bendita por todos

los sitios donde acostumbraba aparecerse, y con esto se fué retirando, hasta que los dejó en paz.

Siempre creyó la Sierva de Dios que aquello era cosa del demonio, según las formas con que se presentaba y las cosas que hacía, y, en vista de la reforma de la casa y los pecados que se evitaban, razón tenía esta maldita fiera para rabiar. Como Nuestro Señor es muy bueno y quería aquella fundación, después de todos estos sufrimientos las favoreció con una paz tan grande, que era para alabarle y bendecirle sin cesar. Ya todos los asilados acudían al toque de la campana para Misa, Rosario, comida y demás. Lo que antes era un infierno se convirtió en paraíso. ¡Como la Sierva de Dios alababa y daba gracias al Señor, teniendo por bien empleados los sufrimientos y trabajos pasados en aquella casa, viendo que ya se servía en ella a Nuestro Señor, se amaba a la Santísima Virgen y reconocían aquellos pobres la protección del bendito Patriarca San José, al que tomaron tanta devoción que ellos mismos pedían hacerle novenas, los Siete Domingos, etc. ! En fin, ¡lo que es la gracia de Dios, cómo cambia los corazones y las voluntades, y, según decía la agradecida Sierva suya, cómo premia el Señor, aun en esta vida, lo poquito que por Él hacemos! “¡Bendito sea por siempre, repetía, ya que de tal modo ha bende-

cido esta casa, en la que todo es paz, alegría y tranquilidad!”

Al señor Obispo también se le quitó aquella prevención que en un principio tenía a las Madres de Desamparados, y estaba muy contento y satisfecho de los progresos de aquella casa y reforma de los asilados, y lo mismo los señores de la Junta que confiaron al cuidado de la Sierva de Dios el régimen de todo el Asilo.



CAPÍTULO XIX

FUNDACIÓN DE OTRO ASILO DE ANCIANOS EN LA CIUDAD DE ANDÚJAR. — OBSTÁCULOS QUE PONE EL ENEMIGO PARA SU FUNDACIÓN. — FAVOR QUE OBRA SAN JUAN DE DIOS EN OBSEQUIO DE LA SIERVA DE DIOS

RECIBIÓ la Sierva de Dios estando en la fundación de Ronda una carta del obispo de Jaén, diciéndole que si le convenía una fundación en la ciudad de Andújar, podía entenderse con un sacerdote muy bueno que había allí, prior de la parroquia de San Miguel, y con otro señor llamado D. Agustín Pérez Vargas, que eran los

principales que entendían en el asunto de la fundación.

Ella se alegró mucho, porque, sin conocer aquella población de Andújar, le gustaba todo lo que le decían de la piedad y costumbres de sus moradores. Cuando pudo se dirigió allí, acompañada de otra Hermana.

Hospedáronse en el Hospital, en el que había Hermanas de la Caridad, y luego que descansaron un poco fueron aquellos señores que la habían llamado y con mucho regocijo habían salido a recibirla, y hablaron de la fundación, desanimándose no poco la Sierva de Dios al enterarse que se trataba de un Asilo de ancianos fundado hacía muchos años y que estaba administrado por personas seglares, costeadó por rentas que administraba una Junta compuesta de ocho señores, siendo los principales y los únicos con quienes trató la Sierva de Dios el prior de San Miguel, D. José Jácome, y D. Agustín Pérez de Vargas.

Aun ignoraba ella cómo vivían los asilados y dónde estaba situada la casa, y cuando fueron a verla y pudo darse exacta cuenta de aquello se asustó. Tal fué el desaliento que le entró, que, ya desanimada, deseaba irse sin que se arreglara la fundación. Pero todo esto entendió ser cosa del diablo, que sin duda quería estorbarla e impedir de esta suerte que se hiciese allí tanto bien.



La casa donde moraban los ancianos estaba tocando a la cárcel, es decir, como si viviesen juntos presos y asilados, porque por unas ventanas se comunicaban y veían, y lo peor era que la casa era propiedad de la Junta y no pensaban, teniendo aquélla, alquilar otra. Además, los ancianos estaban casi solos, porque cuidaba de todos un solo hombre, que hacía de administrador, y como los servía por el dinero lo que quería él era tenerlos contentos, sin cuidarse del régimen, moralidad, orden ni nada. Salían a la calle cuando querían; se juntaban unos con otros a hacer sus comidas, y lo peor era que no había separación de hombres y mujeres, siendo aquello un completo desorden. Por lo que ella vió, todos parecía vivían en pecado.

Con todo esto estaba la Sierva de Dios muy desanimada y no se atrevía a pedir que le procurasen otra casa para el Asilo; pero ellos, al verla en aquel estado de desaliento, para contentarla le ofrecieron hacer mucha obra y quitar toda vista y comunicación con la cárcel; mas ella les dijo que no le parecía bien meter a la comunidad en aquella casa y que si no le procuraban otra no se comprometía con aquella fundación.

Como ellos tenían tantos deseos de poner al frente del Asilo a una comunidad pasaban por todo, pero se trôpezó con el inconveniente de no encontrar ninguna casa a propósito.

En la calle de las Ollerías, una de las principales y más céntricas, paróse la Sierva de Dios ante una iglesia, en cuya fachada había un nicho con la imagen de San Juan de Dios y contiguo a dicha iglesia un edificio muy hermoso; preguntó qué era, y le contestaron que un convento de San Juan de Dios, pero que ya no existía allí la comunidad. Ella, mirando al Santo, se conmovió mucho y, acordándose de la ignominiosa expulsión de Vélez y de las palabras que le dijo al Santo al salir, de que si no le daba otra casa de las suyas no le perdonaba aquella salida, hablando interiormente con él le decía: “Ahora es buena ocasión de que me pagues aquello”, y entendió en el fondo de su alma que se conseguiría aquella casa para los pobres, y, volviéndose a los señores que la acompañaban, les dijo: “Esta casa es buena para el Asilo; no busquen otra, porque ésta es la que me gusta.” Ellos se reían de oírla y decían: “¡Claro! También nos agrada a nosotros; pero no hay que pensar en ello, porque es un colegio de segunda enseñanza, propiedad del Ayuntamiento, y están aquí también las oficinas del Juzgado, así que es inútil pensar en un imposible.” Ella, mirando a San Juan de Dios, se sonreía y decía: “Me debe una casa el Santo, y ahora es buena ocasión para que me la pague.” Ellos, teniéndolo aquello por un imposible, dijeron que apremiara mucho a

los santos, porque sería por obra de milagro si se lograba conseguir. No desmayó la confianza de la Madre Petra, y el Señor obró el prodigio esperado. San Juan de Dios pudo saldar la cuenta pendiente que con la Sierva de Dios tenía, pues se allanaron los obstáculos, y al poco tiempo instalóse la comunidad en San Juan de Dios, donde todavía permanece, en el mismo edificio que el Santo le procuró a su confiada devota. Inauguróse dicha fundación el 31 de enero de 1885.



CAPÍTULO XX

OTRA FUNDACIÓN DE UNA CASA-ASILO EN LA CIUDAD DE MARTOS. — ÉNTUSIASMO CON QUE ACOGIÓ EL PUEBLO ESTA FUNDACIÓN. — CÚMPLESE UNA PROFECÍA, RESPECTO A ESTA FUNDACIÓN, DE FR. DIEGO DE CÁDIZ



LA señora marquesa viuda de Blanco Hermoso, deseando poner en ejecución los deseos de su difunto esposo, y queriendo a la vez que le sirviera como vía de sufragio, pensó fundar una obra de caridad, fuese hospital o asilo.

Hay que advertir que en tiempo de Fr. Diego de Cádiz, este Beato solía hospedarse en casa de

los antepasados de esta señora marquesa, y cuéntase que, reparando en aquella hermosa casa, dijo en cierta ocasión estas palabras: “Algún día esta casa pertenecerá a una Congregación Religiosa que no está fundada aún”, refiriéndose, por lo que se ha visto, a la de Madres de Desamparados, que todavía tardó unos setenta años en fundarse.

Permitió el Señor que por este tiempo, era a fines de 1886, fuesen a Martos, donde residía largas temporadas dicha señora, las Hermanas de Andújar a postular, y habiendo tratado con ellas les expresó su deseo. Las Hermanas le dijeron que le escribiese a la Reverendísima Madre Petra para que directamente se entendiesen, como así sucedió.

Pero antes de decidirse quiso la señora marquesa consultarlo con su director, que era un Padre de la Compañía de Jesús, al cual pareció muy bien que se hubiera fijado en este Instituto, que decía le era muy conocido, si bien, cuando más tarde vió a las Religiosas, dijo haberse equivocado, pues este hábito no recordaba haberlo visto jamás. Pero la marquesa ya tenía su palabra dada y dijo: “Sin duda son éstas aquellas que Nuestro Señor quiere”, como así fué.

Después de tratado el asunto, y conocidas las bases, se habilitó la casa, con su correspondiente capilla y menaje necesario. Inauguróse el Asilo

de ancianos de ambos sexos, que se llamó de San José, el día 4 de noviembre de 1887.

Con una paciencia y amor dignos del mayor elogio, imitando a su divino Esposo y Maestro, lavó la Sierva de Dios los pies a aquellos ancianos, ayudada por la noble fundadora de aquel benéfico Asilo, la señora marquesa, que, estimulada por el ejemplo de la Reverendísima Madre Petra, quiso ofrecer al Señor este acto de humilde caridad.

Ya limpios y aseados sirvióles un espléndido refresco, quedando muy satisfechos, no sólo los ancianos, sino todos los vecinos de dicha población.

Los últimos días de octubre llegaron las Madres a Martos en carruajes que habían salido a Espelúy a esperarlas. Les hicieron un recibimiento entusiasta, y no cesaban de bendecir a Dios y dar vivas a la caridad de la señora marquesa, que tanto bien les procuraba a los pobres ancianitos, no menos que a aquella insigne heroína de la hermosa virtud cristiana y a su magna y benéfica Congregación.



CAPÍTULO XXI

LA COMUNIDAD DE MÁLAGA TRASLÁDASE AL ANTIGUO CONVENTO DE PADRES CAPUCHINOS HASTA ESTABLECERSE DEFINITIVAMENTE EN MARTIRICOS. — APUROS QUE TUVO QUE SUFRIR LA SIERVA DE DIOS EN ESTE NUEVO ASILO. — GRACIA ESPECIALÍSIMA QUE LE ALCANZA SU PADRECITO SAN JOSÉ



El señor Obispo de Málaga, Dr. Gómez Salazar, que tanto apreciaba a la Sierva de Dios Madre Petra, considerando un día lo arrinconada que estaba la comunidad, pues el barrio Huelin hallábase en las afueras de Málaga, con el fin de que las conocieran más y tuvieran más medios

de vida, les hizo donación, este virtuoso y santo Prelado, del antiguo convento de Capuchinos, donde hoy están las Religiosas de Santa Clara. Había en él amplia y hermosa iglesia, con muy ricas imágenes, entre ellas la de la Divina Pastora, que era lindísima. Allí permaneció la comunidad hasta que más tarde se fijó en Martiricos, donde actualmente reside.

En el año de 1884, el mismo día de Navidad, la ciudad de Málaga y muchos pueblos circunvecinos fueron azotados por la mano de Dios con grandes terremotos. Muchas fueron las criaturas que con tal catástrofe quedaron huérfanas y desvalidas, y el caritativo corazón de la gran Madre Petra no pudo menos de compadecerse y, presentándose al entonces Prelado de aquella diócesis, Dr. Gómez Salazar, le expuso dicha necesidad, ofreciéndose a recoger a todas las niñas de aquella comarca que hubiesen perdido a sus padres en aquellos terremotos.

Enternecido resistióse a aceptar dicho ofrecimiento el señor Obispo, pues él, mejor que ningún otro, conocía la penuria y estrechez de la comunidad; mas ante la magnanimidad de la Sierva de Dios, que se ofreció a mendigar de puerta en puerta el sustento de aquellas huérfanitas, no persistió en su oposición, antes bien, alentóla prometiéndole ayuda y dióle su bendición para dar comienzo a la obra.

Fué tan del agrado de Dios este rasgo de caridad de su Sierva, que tocó de tal modo el corazón de las personas compasivas, que, si bien fueron muchas las niñas que acudieron a buscar el amparo y protección de la Madre Petra, muchas más fueron las limosnas que para el sostenimiento de ellas recibían.

El Prelado publicó esta necesidad en el *Boletín Eclesiástico*, y en poco tiempo llegóse a reunir un buen capital, suficiente para sostener a las huerfanitas. Para la distribución de dichos fondos nombróse una Junta, que con sus diversos pareceres fué causa de que se enfriase mucho el entusiasmo y se paralizase todo, sufriendo, por espacio de dos años que duró este estado de cosas, la Sierva de Dios lo indecible para mantener estas niñas, y sin poder pedir para ellas limosna, pues como todos sabían que había fondos se negaban y no lo veían con buenos ojos. En fin, que, como Nuestro Señor quiere que todas sus obras lleven el sello de la cruz, no le había de faltar tampoco a ésta, y por esto permitió aquella prueba.

Después de dos años convino esta Junta, con la anuencia del Prelado, en dedicar parte de la suma, unos veinte mil duros, para la construcción de un Asilo.

Otra señora, llamada D.^a Trinidad Grund, había recibido seis mil duros de la ex reina Doña

Isabel II para una obra pía, y con permiso de dicha señora lo aplicó también para estas niñas.

Con motivo del emplazamiento de dicho Asilo hubo también disensiones y diversidad de voluntades, paralizándose por esta causa todo, hasta que por fin convinieron con lo propuesto por el señor Obispo, Dr. Gómez Salazar, de que se edificase en la antigua capilla de Martiricos, cediendo él parte del terreno, que pertenecía a la mitra. Pero ascendió por entonces a la silla arzobispal de Burgos, de lo que muchísimo se alegró la Sierva de Dios, pues, como le amaba mucho, gustaba de su mayor encumbramiento; mas a la vez sentía pena, porque quedaba la obra del Asilo sin efecto y a merced de la voluntad de su sucesor, D. Marcelo Spínola, en quien no tenía ella confianza de que la favoreciera, como así fué.

A este señor, a quien había encomendado el obispo Dr. Gómez Salazar el asunto de la obra y construcción de dicho Asilo, parece que le informaron mal, y estuvo a punto de dedicar a otros fines las rentas del Asilo. Gracias a doña Trinidad, a un Padre de la Compañía de Jesús y al canónigo D. M. Ordóñez Marra, que, viendo que el asunto era de conciencia, convencieron al señor Obispo, se salvaron dichas rentas, dándoseles su debida aplicación.

Dispuso este Prelado que se edificase el Asilo

en Martiricos, en el terreno que había cedido su antecesor. La comunidad continuaba en Capuchinos, y como a causa del terremoto habían sufrido movimiento las paredes de la iglesia, quedando por lo mismo deteriorada, de ahí tomó ocasión el párroco para privarla de su mayor bien y felicidad, cual era la presencia de su muy querido Dueño y Señor Sacramentado.

Defendióse la Sierva de Dios ante tamaña desventura, y con frases de elocuente emoción, que el Señor le inspiraba, trataba de hacer desistir de semejante propósito al buen párroco. Haciale ver que lo que a él parecíanle grietas y preludios de ruina eran ligeras quebraduras que con poca reparación podía seguir en pie por muchísimos años, cual se ha podido comprobar, pues hasta la fecha presente subsiste, siendo muy poco lo que han tenido que reparar y componer las Religiosas que actualmente lo ocupan.

El párroco no quiso atender razones, abrió el Sagrario y se llevó al Señor, dejando sola y desconsolada a su amada Sierva.

Por aquellos días quiso Dios que llegase a sus manos un libro de la Fundadora del Instituto de las Religiosas Adoratrices, la Beata Madre Sacramento, sirviéndole de muchísimo consuelo aquel capítulo de su vida en el que se refiere cómo se presentó el párroco para quitarle el Sacramento, si bien a ella no pasó a ser hecho

la amenaza. Y meditando aquel día sobre este pasaje de la vida de la vizcondesa de Jorbalán, preguntábale la Sierva de Dios al Señor: “Esta alma os habrá agradado mucho a Vos y seguramente gozará de muchos grados de gloria en vuestro Reino.” Y como contestándole a sus preguntas fué arrebatada en éxtasis, mostrándole Dios a la Madre Sacramento y la gloria que gozaba en el cielo.

Según se enteró la Sierva de Dios, sólo invirtieron en la obra cincuenta mil pesetas, y como se había construído con tanta oposición y contrariedad, nadie se tomó interés por ella. El arquitecto hizo lo que quiso, sin tener en cuenta que lo había de habitar una comunidad: sólo levantó las cuatro paredes techadas, algunas habitaciones grandes, y nada más, sin cocina, lavaderos, etc. De este modo se la entregaron a la Sierva de Dios, sin documentos de la entrega de la casa, ni existencia de fondos, condiciones, ni exigencias de una y otra parte. Una vez que le habló de ellas y de la escritura al señor Obispo, le contestó que ya se arreglaría todo; pero pasaba el tiempo y nada se hacía.

Después que se posesionó la Sierva de Dios del nuevo Asilo tuvo que hacer por su cuenta mucha obra, es decir, hacerla casa, según ella decía con su nativa gracia, pues cuando se la entregaron no lo era. Lo que hoy es huerta no

era sino un montón de piedra viva, que costó mucho dinero dejarlo como está actualmente, y otro tanto sucedía con la capilla, que ni lo parecía, y tuvo que gastar no poco en arreglarla y completarla de adorno y ornamentos; pues, aunque según aseguraban que de su peculio particular lo había costeado todo el señor Obispo, no fué así, ya que consta que lo mismo el terreno que la edificación del Asilo se ha hecho de los fondos, de modo que ni el anterior obispo ni su sucesor pusieron nada de lo suyo, excepto el terreno de la capilla de los Martiricos, que pertenecía a la mitra, como se ha dicho.

Con lo que quedó de las rentas sostuvieron el Asilo; pero convinieron en reducir el número de plazas, dejando sólo quince, correspondiendo al reverendísimo Diocesano la provisión de diez y a D.^a Trinidad cinco. Por estas quince niñas y tres Hermanas que fijaron para cuidarlas les señalaron trescientas setenta y cinco pesetas mensuales.

La depositaria era D.^a Trinidad Grund, encargada, por lo tanto, de pasar al Asilo la señalada subvención; pero estaban las cosas en tan críticas circunstancias, que, muy a pesar suyo, se retrasaba frecuentemente en el pago o entrega de dicha subvención. Por otra parte, los intereses de dicha señora habían sufrido gran quebranto, y, aunque bien hubiera querido ella

suplir estas deficiencias de su peculio particular, érale imposible por dicha causa.

Apuradísima la Sierva de Dios, pues de ningún modo podía seguir manteniendo a aquellas niñas, ya que no contaba con recursos de ninguna clase, ni siquiera se le permitía pedir, y, por otra parte, como carecía de documento alguno que asegurase la vida del Asilo y su posesión, determinó dar cuenta y pedir consejo al Prelado. Pero éste lo tomó muy a mal, pues llegó a pensar que tal vez desconfiaba de la señora depositaria, y prohibió que volviesen a pedirle nada. Respecto de documentos les dijo que se arreglasen como pudiesen, que a él tanto le daba que descendiese como que prosperase la Congregación de Madres de Desamparados. En fin, vió la Madre Petra la cosa tan malparada, que no encontraba solución alguna en los medios humanos. No había más remedio, si Dios no obraba un milagro, que despedir a las niñas, pues no podía permitir su compasivo corazón verlas sufrir necesidad.

En tan crítica situación y apurado trance recurrió a su especial abogado y universal remediador San José. Dieron comienzo el 5 de febrero los Siete Domingos, a fin de que el glorioso Santo arreglase muy favorablemente aquel asunto. No se hizo de esperar San José bendito, y lo que era tan difícil a los hombres se hizo

tan fácil, que en quince días se arregló satisfactoriamente y aun mejor de lo que pedían y podían esperar. Tanto es así, que el 18 de marzo, víspera de la fiesta de su amado Padrecito, tenía en su poder la Sierva de Dios todos los documentos necesarios que acreditaban la fundación del Asilo, existencias de rentas, derechos que correspondían a la Congregación de Madres de Desamparados; todos ellos autorizados ante notario público. Todo esto se hizo en quince días, de modo que claramente se vió en ello la mano de Dios, que obró un gran milagro en favor de su amada Sierva y por intercesión de su Padrecito San José.

Aunque la titular de la Congregación es Nuestra Santísima Madre de los Desamparados se le puso al Asilo la advocación de Nuestra Señora de las Mercedes, por gratitud a la reina Doña Isabel II, en obsequio de su nieta, la infanta de este nombre.

Vulgarmente se le conoce por “Martiricos”, porque, según refieren las actas y la tradición, fueron martirizados en el mismo sitio donde se edificó o fué construído los santos hermanos Ciríaco y Paula.



CAPÍTULO XXII

FUNDACIÓN DE UNA CASA EN BARCELONA. — LA NOCHEBUENA EN LA CIUDAD CONDAL. — GRATITUD DE LA SIERVA DE DIOS. — TOMA DE HÁBITOS EN MANRESA. — VARIAS VISIONES CON QUE LA FAVORECIÓ EL SEÑOR AL HACER EN RONDA SUS VOTOS PERPETUOS. — OTRAS GRACIAS QUE DEL CIELO RECIBIÓ EN ESTA CASA



HACIA fines del año 1890, por inspiración divina y según se cree por ordenación del Santo Patriarca, pensó la Reverendísima Madre Petra fundar una nueva casa en Barcelona. Partió a ella desde Málaga, acompañada de la Madre Tri-

nidad, e instalóse en un pisito de San Gervasio, sin otros recursos que su ilimitada confianza en la divina Providencia y en su Padrecito San José.

Llegó la vigilia de Navidad, la Nochebuena que con tanta solemnidad se festeja en la Congregación de Madres de Desamparados. El bendito San José quería que aquel año su predilecta hija le imitara más de cerca en la pobreza y abandono que él pasó cuando buscaba albergue entre sus parientes y amigos en la ciudad de Belén, ya que a tal extremo llegó su carencia, que para conmemorar aquella bendita noche sólo disponía de un pedazo de pan y un poco de chocolate, pues permitió el Señor que sus hijas se olvidaran de mandarle recursos. Ni una silla tenían donde poder sentarse y reposar.

Compadecida la mujer que servía en la portería, dió cuenta a los señores que habitaban en el principal de la pobreza de aquellas Religiosas, y aquella noche bajó una de las criadas dos colchones, diciéndoles que los aceptasen para descansar, mientras les mandaban los muebles. Tampoco descuidaron los caritativos señores de mandarles comida el día de Navidad. No sabía la Sierva de Dios cómo agradecer al Divino Niño Jesús aquella fineza suya, y con lágrimas de ternura diéronle fervientes gracias de lo íntimo de sus almas.

Nunca olvidó la Madre Petra esta caridad de aquellos señores, pues era tan agradecida que, al igual de Santa Teresa, no dejó nunca de rogar a Dios por sus bienhechores. La primera limosna que recibió en Barcelona, que fué un jarrito de loza, lo conservó toda su vida, y hasta hoy lo guardan sus Hijas como reliquia.

Esparciendo el bien en torno suyo, cual acostumbra, se le deslizaban los días a la Sierva de Dios en aquella reducida estancia de San Gervasio, hasta que terminó el plazo del contrato de alquiler de dicho pisito y pensó tomar alquilada también una torre en Gracia, calle de San Salvador, 72, propiedad de D. Narciso de Olano, por cinco años, a razón de cuarenta duros mensuales, los que a duras penas podían pagar, pues tenían que sostener cuarenta huerfanitas.

Desde los comienzos de esta fundación se vió la protección visible del Cielo y de su Padrecito San José.

Era un invierno sumamente frío y riguroso, y carecían de mantas para abrigar a aquellas tiernas niñas. La compasiva Madre Petra sufría lo indecible por no poder remediar aquella apremiante necesidad. Acudió, según costumbre, a su protector y Padrecito San José, quien no tardó en acudir al llamamiento de su confiada y amantísima hija.

Lamentábase un día la Sierva de Dios ante una señora de Barcelona, llamada Teresa, de la pobreza en que estaba, pues no podía resguardar del frío a sus queridas huerfanitas, y la señora Teresa, como por experiencia sabía lo mucho que la favorecía el bendito Patriarca, le decía confiada: “No se apure usted, Madre, que pronto vendrán los carros de San José cargados de ropa.” Y así fué en efecto, pues aquella misma noche llamaron a la puerta y al abrir vieron, no sin gran asombro, que era un desconocido que traía un carro lleno de mantas para las huerfanitas de la Madre Petra. Ya tuvieron suficiente abrigo en las camas, así las niñas como las Religiosas, pues el bendito San José no podía poner resistencia a las súplicas de su querida benjamina.

Pareciéndole que sería mejor estuviera el noviciado en Barcelona que en Málaga, solicitó permiso para establecerlo en dicha ciudad. Como tardaban bastante en contestar a su demanda, y creyendo que no se la negaría el Prelado, dispuso que hicieran ejercicios espirituales y se preparasen con ellos algunas postulantas y novicias que habían cumplido el tiempo señalado para vestir el santo hábito y hacer su profesión anual. Ya estaba todo dispuesto para la ceremonia, cuando recibió aviso de palacio de que suspendiese la fiesta y trasladase a otra parte el

noviciado. Esta inesperada y desagradable noticia vino a trastornar los planes de la Sierva de Dios y amargarla no poco, pues ante tal orden e intimación no sabía qué resolución tomar. Acudió a su acostumbrado remedio, la oración, y confiada esperó que el Señor viniese en su ayuda, el cual no se hizo esperar. Aquel mismo día fué a visitarla un señor sacerdote y, enterado de lo que ocurría, aconsejóle que trasladase el noviciado a Manresa, que el obispo de aquella diócesis era muy bueno y no se opondría.

Como era de esperar, dió el consiguiente permiso para fundar allí; pero al diablo no le cayó muy bien, pues la víspera de ir la comunidad a dicha población daba espanto oír el estruendo, ruido y espantosos silbos que se dejaban escuchar por toda la casa. El pavimento temblaba cual si lo agitase fuerte terremoto. Oía todo aquel estruendo con ánimo tranquilo, porque sabía la causa de todo aquello; pero la Hermana que dormía con ella temblaba de espanto y pavor, y, aunque oía que la Reverendísima Madre le pedía fósforos para encender la luz, no se atrevía a moverse de la cama. Decidióse por fin a preguntarle: “¿Qué es ese ruido tan sobrenatural y espantoso, Madre? ¿Son las almas del purgatorio? — No, contestó la Sierva de Dios, no son las almas del purgatorio; ése es el demonio.” Y, dirigiéndose a él, le pregun-

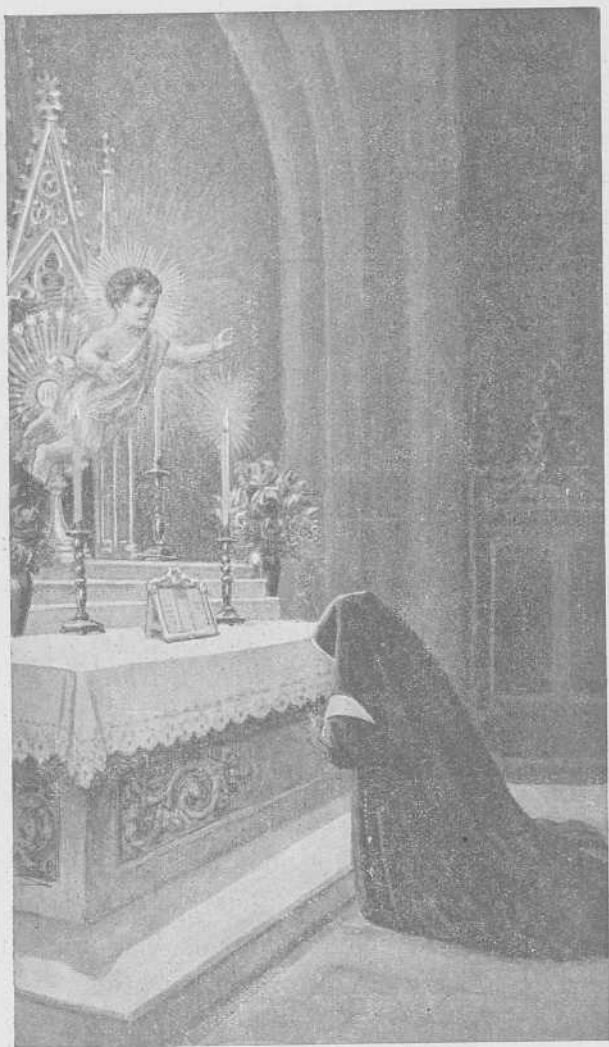
tó: “¿Qué, te pesa que fundemos en Manresa? ¿Es que sabes se ha de dar allí mucha gloria a Dios nuestro Señor? Pues bien, mal que te pese, mañana iremos, y dentro de pocos meses fundaremos en Valencia.” Y con luz encendida hasta las cinco de la mañana estuvo silbando, hasta que fué apaciguándose poco a poco.

A los pocos días de llegar celebróse con inusitada solemnidad la ceremonia de imposición de hábitos y profesión anual, con gran contento y satisfacción de la Sierva de Dios y de la comunidad, sobre todo de las novicias interesadas y de todo el pueblo en general, que acudió a presenciar tan bella y encantadora fiesta.

Estando el Señor de manifiesto en la capillita de la casa de Manresa estaba la Sierva de Dios haciendo oración con el fervor que acostumbraba. De pronto ve aparecer en la sagrada Forma manchas de sangre, fresca y viva, cual si estuviese brotando del divino costado del buen Jesús.

En otra ocasión, en vez de la sagrada Hostia veía en la custodia un Niño con túnica blanca, hermosísimo y sonriente.

Algunos meses más tarde, a principios de octubre del mismo año 1892, salió la Sierva de Dios para Ronda a fin de hacer allí sus últimos votos. Salió de Málaga el día 6 de dicho mes y estando en el tren vió de repente una cadena



LA SIERVA DE DIOS VE EN LA CUSTODIA EN VEZ DE LA SAGRADA HOSTIA UN NIÑO HERMOSÍSIMO Y SONRIENTE

o maroma que llegaba del cielo a la tierra y en medio de ella pendía un corazón despidiendo rayos que cubrían toda la tierra y todo el cielo. Le causó esta visión una alegría tan grande y un recogimiento interior que, aunque en el tren iban muchas personas, dice ella, iba con la mayor soledad, pues no quedó para fijarse en nada de la tierra. Entendió que era el reinado del Sacratísimo Corazón de Jesús que se acercaba ya a nosotros por su misericordia, y quedó tan abrasada en su amor que no pensaba más que en amarle y servirle lo mejor que pudiera.

También vió entonces cómo un globo, que hacía tiempo venía observando, se abría y salían de él infinidad de gracias que caían todas sobre la Congregación. Dió gracias al Señor por tantas mercedes y rogábale que ella y todas sus Hijas se aprovecharan bien de estos beneficios y dones. Creyó que tal vez sería esto porque el Sagrado Corazón quería recompensarle la orden que había dado, pocos días antes, a todas las casas, de que hicieran en lo sucesivo el ejercicio de los primeros viernes de mes.

Entonces fué cuando compuso la siguiente oración al Sacratísimo Corazón de Jesús:

“¡Corazón de Jesús, que con ardientes rayos de amor y caridad llenas cielos y tierra! Yo me acojo a Ti con la mayor confianza, y te ruego, pido y suplico que tengas misericordia de

mi pobre alma; seas siempre el escudo que la defiende de las asechanzas de sus enemigos: mundo, demonio y carne; perdones todas mis culpas y pecados, y, abrasándome en ese mismo amor y caridad, me justifiques, santifiques y glorifiques para que eternamente pueda cantar tus alabanzas. Así sea.”

Y esta otra:

“¡Oh mi dulce Jesús! Dulce a mis oídos, dulce a mis labios y dulce a mi corazón. Todo eres dulce para mí, porque es dulce cuanto hay en Ti. ¡Oh, si también fuese dulce para Ti todo cuanto hay en mí!”

Llegó a Ronda, donde con gran júbilo y alegría era esperada por sus Hijas. Empezó los santos ejercicios de preparación, y tan embebida estaba en la meditación durante estos días, que, según decía, no recordaba haber hecho otros con tanto recogimiento y fervor. La víspera de la profesión hallábase la Sierva de Dios en oración ante el Sagrario, demandándole al Señor luz y acierto en la elección de la señora que había de ser su madrina en dicha ceremonia. Constábale que eran muchas las que deseaban ser las preferidas, pues como era tan conocida y estimada de las más distinguidas señoras de aquella localidad, no pudiendo ser más que una sola, habían de quedarse contrariadas las que no fuesen señaladas con tal distinción.

Encomendábase también a Santa Teresa de Jesús ante su imagen, rogándole que intercediera por ella para que fuese una verdadera esposa de Jesucristo y le sirviera con toda fidelidad como ella le sirvió. Apareciéndosele la Santa, le dijo estas palabras: “¿Por qué no me convidas para madrina? ¿No seré yo buena?” Aceptó la oferta de muy buena voluntad, y desde entonces todas las Religiosas Madres de Desamparados, al hacer sus votos perpetuos, la tienen por madrina.

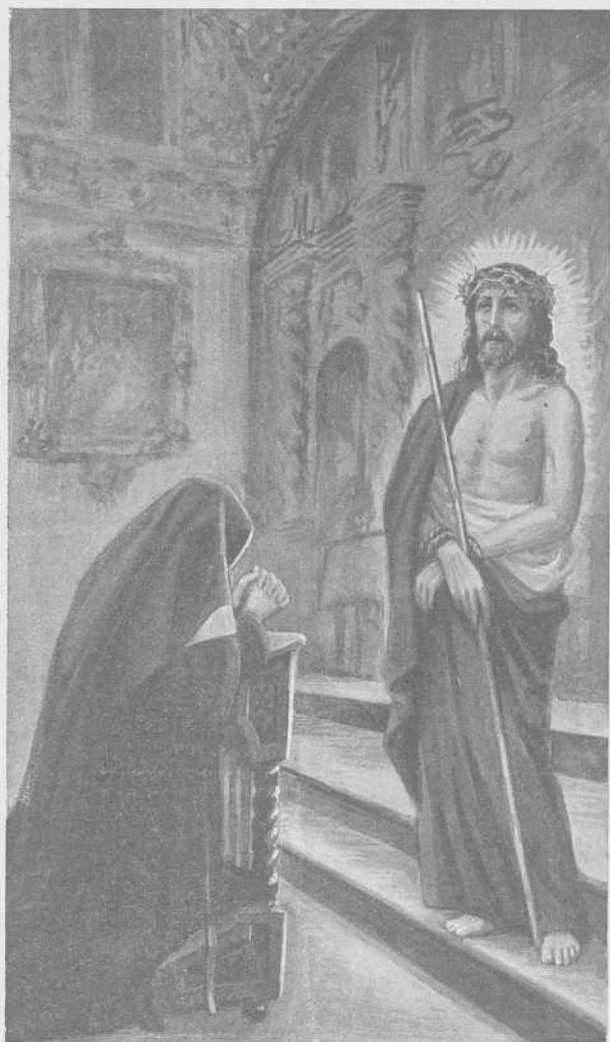
Quedó tan agradecida a esta bendita Santa, que después de San José, decía, a ningún otro santo tenía tanta devoción como a ella; siempre la llamaba su Madre Maestra y le compuso la siguiente oración, que repetía con frecuencia:

“¡Gloriosa Santa Teresa de Jesús! Doctora mística de la Iglesia, Serafín del Carmelo, Patrona de las Españas, Madre Maestra mía: te pido con toda mi alma que, desde ese trono de gloria en que el Señor te ha ensalzado en premio de tus grandes virtudes, nos bendigas, nos ampare, nos defiendas de tantos males como nos rodean, de tanta herejía como ha inficionado la tierra. Ven y defiéndenos; pelea por nosotros, ya que carecemos de armas por nuestra pusilanimidad y cobardía. Pero ven con tu pluma de fuego, porque ya no es la herejía de Lutero y Calvino; es Lucifer, con sus secuaces,

que se ha desencadenado. Mira que está apagando con el fuego cenagoso del infierno las llamas que tú esparciste... Mira que ya no arde en el mundo más que el fuego de las concupiscencias... Mira que el reinado de Jesucristo se aleja... la tribulación se acerca... Apresúrate, ¡oh Madre mía!... Alárganos tu mano, que perecemos. Habed piedad, Señor, de estas vuestras criaturas, que tanto os costaron, y por la intercesión poderosa de vuestra fidelísima Esposa, Santa Teresa de Jesús, concedednos el triunfo de la Iglesia, la libertad de nuestro santísimo Padre, la paz del mundo y la prosperidad de España, a fin de que, destruídas todas las adversidades y errores, seamos consumados en la unidad, no haya más que un solo redil y un solo pastor, y cantemos todos eternamente vuestras misericordias. Amén.”

Llegó el suspirado día, “el más feliz de toda mi vida”, según nos dice ella en sus *Crónicas*, que fué el 15 de octubre de 1892, fiesta de Santa Teresa de Jesús.

“Preparándome a la Sagrada Comunión lo mejor que pude, me hacía la composición de lugar, que me iba a desposar con un rey; me consideraba yo lo que en realidad soy: una pobre cilla asquerosa, miserable y lo más ínfimo de la tierra, y me representaba a Nuestro Señor sentado en un trono lleno de majestad, hermo-



PREPARÁNDOSE LA SIERVA DE DIOS PARA HACER SUS VOTOS PERPETUOS, SE LE APARECE EL SEÑOR ENVUELTO EN EL MANTO DE PÚRPURA DICIÉNDOLE: "ASÍ ME HAS DE POSEER".

sura y gloria; pero esto era sólo en meditación y como yo deseaba verle. Así me lo imaginaba en aquel acto, y de pronto me arrobé y fué todo distinto. Se me apareció el divino Esposo coronado de espinas, desnudo, envuelto en el manto ignominioso de púrpura, que sólo le cubría parte de su cuerpo; las manos caídas y atadas, desviadas algo del cuerpo, y como diciéndome: Mira con quién te desposas; mira lo que significan los votos religiosos: la pobreza, la desnudez de todas las cosas; la castidad, las manos atadas y desviadas del cuerpo; la obediencia y rendimiento de juicio, la corona de espinas. Así me has de poseer.”

Volvió de la suspensión con aquella admirable lección que el Maestro de la verdadera sabiduría le enseñaba, que no sabía cómo darle gracias, y se propuso vivir en adelante de manera que todas sus obras le fuesen agradables, “pues de otro modo, decía, no quiero vivir”.

De ahí vino a formar la oblación que tantas veces al día solía repetir: “Señor, disponed de mí a toda vuestra voluntad, a toda vuestra libertad y como Dueño absoluto y legítimo de todo mi ser. Haced que todo lo que haga sea acepto a vuestros purísimos ojos: de otro modo no quiero vivir.”

Permaneció algunas semanas en Ronda y dirigióse luego a la casa de Málaga.



CAPÍTULO XXIII

FUNDACIÓN DEL ASILO DE ARRIATE. — TRABAJOS Y DISGUSTOS QUE EN ELLA TUVO LA SIERVA DE DIOS. — REGOCIJO Y ALEGRÍA DEL PUEBLO. — VISIÓN QUE TUVO LA SIERVA DE DIOS EL DÍA QUE SE CELEBRÓ EN LA CAPILLA LA PRIMERA MISA



EN esta “fundacioneta”, como solía llamarla la Sierva de Dios, también le cupo su buena porción de trabajos y disgustos.

Hacia siete u ocho años de la fundación de Ronda, y el señor marqués de Motezuma, don José Holgado, que apreciaba mucho a la Reve-

rendísima Madre Petra, y lo mismo su hermana D.^a Teresa, hacía tiempo que deseaban fundar en el pueblo de Arriate, que era casi todo propiedad suya.

Eran sumamente ricos, solteros, y vivían en Ronda, de donde eran naturales. Favorecían mucho con sus limosnas al Asilo de Ronda; pero en Arriate era donde el marqués quería desplegar su caridad y hacer una buena fundación para acoger en ella a todos los ancianos pobres de ambos sexos, como asimismo a los niños y niñas. Aunque para ello necesitaría mucho dinero no le importaba, y estaba dispuesto a invertir todo lo necesario; pero a su hermana, aunque muy buena, le dolía que gastase el señor marqués tanto dinero, y procuraba ir dilando la ejecución de sus deseos. Lo que con esto sufría la Sierva de Dios sólo el Señor lo sabía, pues veía que se moriría pronto y el diablo se lo llevaría todo. Le hicieron hacer muchos viajes para hablar de los proyectos de esta fundación, pero siempre quedaban aplazados para otra vez.

En esto llegó la muerte para él y no pudo disponer nada, porque fué asaltado de un ataque cerebral que le dejó sin habla, y como no había hecho testamento todo quedó a disposición de su hermana D.^a Teresa.

Como estaba ella enterada de los deseos de

su difunto hermano no desistía de hacer la fundación, pero quería gastar muy poco y nunca se determinaba a empezarla, entreteniéndola a la Sierva de Dios con plazos y más plazos cuando le hablaba de ella, y cuando se alejaba de Ronda la mareaba con cartas, haciéndola muchas veces ir allí desde Barcelona, pero cuando llegaba se enfriaba y no acababa nunca de determinarse a dar comienzo a la obra. A los tres años de morir el marqués le dió a ella un ataque y apenas pudo hablar cuatro palabras, encargándoles la fundación de Arriate para las Madres de Desamparados y ya no pudo hablar más.

Los albaceas dieron a la Sierva de Dios una huerta en Arriate, dentro del pueblo, con una casa vieja, y veinticinco mil pesetas para la obra, y asignaron cien mil pesetas para el sostenimiento de quince ancianos; pero ella, por devoción a San José, admitió hasta diez y nueve. ¡En esto vino a parar el vasto y caritativo proyecto del marqués de Motezuma!

Como no había más que un viejo casucho se tuvo que derribar y hacer una casa de nueva planta, y como con las veinticinco mil pesetas no había más que para los cimientos tuvo la Sierva de Dios que hacer grandes desembolsos. Entendía ella que debía hacer el marqués aquella buena obra para resarcir tal vez a aquellos pobres y compensarles de algún modo otras co-

sas que habían mediado, como suele suceder entre los ricos y poderosos y los pobres, y por esta razón tomó ella más interés y se propuso sacrificarse por que se realizase aquella obra de caridad, y que el demonio no se saliese con su intento, ya que no había obstáculo que él no cruzase de por medio para impedir su realización.

Como los albaceas sólo le dieron veinticinco mil pesetas y habíase emprendido una obra de cien mil armaron una de habladurías y hasta de calumnias contra la Sierva de Dios, y no sólo en Arriate, sino hasta en Ronda, que no poco sirvió para poner de manifiesto la heroica paciencia de esta grande alma. Para colmo de desventura dieron con un maestro albañil que las estafó en grande; tal vez no sería por malicia, sino por ineptitud, pero lo cierto fué que, terminada la obra, todo se iba al suelo y tuvieron que hacer nuevos gastos en reparaciones.

Pero, por fin, todo estuvo concluído. Se inauguró el día 11 de noviembre, fiesta del Patrocinio de Nuestra Señora. El pueblo estaba contentísimo y muy entusiasmado; habían llevado para aquella capilla unas imágenes preciosísimas de la Santísima Virgen de los Desamparados, San José y Santa Teresa. El señor cura se empeñó en hacer una solemne procesión y que saliera del Asilo; recorrieron todo el pueblo, acompañando a los asilados, las Religiosas, ni-

ñas del Asilo de Ronda y Gibraltar, todo el pueblo de Arriate y casi todo el de Ronda. En fin, fué un acontecimiento que preparó Dios sin duda para resarcir con tantas alabanzas las calumnias y murmuraciones que antes se habían propalado y difundido.

Aunque el Asilo se inauguró el 11 de noviembre, la primera Misa se había celebrado el 15 de octubre, fiesta de Santa Teresa de Jesús, por la devoción que siempre tuvo la Sierva de Dios a esta gran Santa y por llamarse Teresa la fundadora de aquella casa.

Como era de esperar de la gratitud y caridad de la Madre Petra, ofreció el santo Sacrificio de la Misa y la Sagrada Comunión por los difuntos fundadores marqueses de Motezuma, y estando rogando por ellos, después de comulgar, vió, según ella misma refiere, a los dos juntos, pero no glorificados, sino que parecióle estaban en el purgatorio, cubiertos con mantos lúgubres, y muy tristes, si bien se les conocía que habían recibido grande alivio.

Como la finca era conocida con el nombre de "Glorieta" le añadió la Sierva de Dios, "de San José", y así se la conoce actualmente. Más tarde se edificó la iglesia, que fué inaugurada el día 11 de noviembre de 1899.



CAPÍTULO XXIV

MANIFIÉSTALE LA SANTÍSIMA VIRGEN, EN UNA VISION, SU DESEO DE QUE FUNDE EL NOVICIADO EN VALENCIA. — PRODIGIOS QUE EN SU FAVOR OBRA EL CIELO EN ESTA FUNDACION. — DEFINITIVO ESTABLECIMIENTO DEL NOVICIADO EN EL HUERTO DE SAN JOSÉ

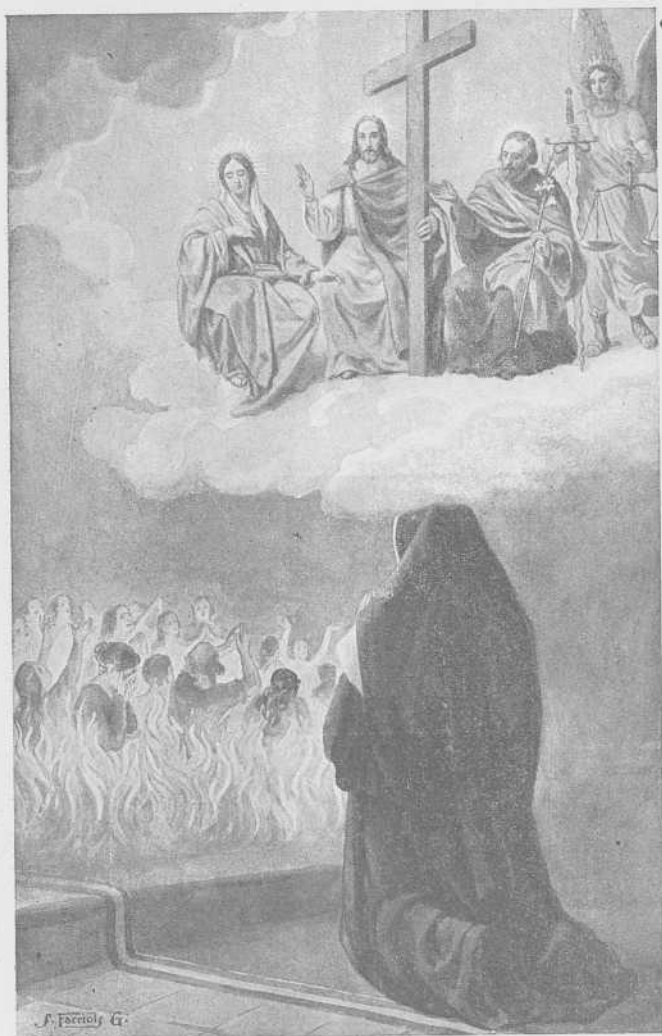


EL día de la Inmaculada Concepción, estando la Sierva de Dios en el coro de la capilla del Asilo de Nuestra Señora de las Mercedes, en Málaga, dando gracias después de la Comunión y pidiendo al Señor el establecimiento definitivo del noviciado, se le apareció la Santísima Virgen en

el misterio de su Inmaculada Concepción y le significó su deseo de que trasladase el noviciado a Valencia, como así lo hizo. El señor Arzobispo había recibido una carta del Eminentísimo Señor Cardenal Rampolla recomendándole la Congregación, y recibió con mucho agrado y complacencia la nueva comunidad. Establecióse ésta en una modesta habitación de la Subida del Toledano, núm. 1, si bien permaneció poco tiempo allí, pasando a la calle del Almirante, número 5, donde recibió la Sierva de Dios muchos favores del Cielo y de la Santísima Virgen.

Recordaba un día al Señor, en la oración, que en todas las fundaciones que había hecho la había favorecido con alguna extraordinaria limosna, y entendió que le decía Nuestro Señor: “¿Qué te ha faltado hasta aquí?” A las dos horas recibió por correo quinientas pesetas que desde Barcelona le mandaban. Con ellas pagó el manto que le había comprado a la Santísima Virgen de la capilla, cuyo coste no sabía de dónde poderlo sacar y valía mucho, pues era preciosísimo.

El día 18 de noviembre, fiesta del Patrocinio de Nuestra Señora, después de comulgar meditaba sobre la tribulación tan grande en que se habrían visto las almas de los que perecieron en el Liceo de Barcelona y los de Santander; empezó a pedir por las que en aquel instante estu-



LA SIERVA DE DIOS ROGANDO POR LAS ALMAS DE LOS QUE
PERECIERON EN EL LICEO DE BARCELONA

vieran ante la Divina Majestad de Jesucristo para ser juzgadas, y se le representó aquel augusto Tribunal con un gran número de almas; estaban presentes la Santísima Virgen, San José y San Miguel, y parecióle que al Señor le era agradable pidiesen por aquellas almas, que eran las más necesitadas. A este fin compuso después una oración, que ya dejamos consignada en la página 140, rogando al Señor por estas almas.

En uno de los primeros días de mayo de 1894, estando en el coro de esta casa de Valencia, en la calle del Almirante, mientras rezaba la comunidad el Oficio Parvo en la capilla, vió la Sierva de Dios que la imagen de la Santísima Virgen de los Desamparados que estaba en el altar (que es la que ahora está en la capilla del Huerto de San José), al final de cada salmo, cuando decían *Gloria Patri*, movía la cabeza haciendo reverencia. Desde entonces tuvo mucho aprecio a esta imagen, y mandó que en todas las casas se encendiesen dos velas a la Santísima Virgen durante el rezo de las Vísperas.

Muchas gracias más recibió la Sierva de Dios en esta casita, que tuvo que dejar más tarde, pues era muy reducida e impropia para noviciado, el cual vino a establecerse en la casa en que actualmente radica. Fué otro favor más que le prodigó la Santísima Virgen. Fijándose cierto día en una modesta quinta situada en las afue-

ras de la capital (calle de Cuarte), aunque muy cercana a ella, parecióle muy a propósito para establecer allí el noviciado, pues si bien la casa no era muy grande, estaba rodeada de una extensa huerta y hermoso jardín. Preguntó a quién pertenecía dicha finca, y le dijeron que su dueño era un señor que estaba en muy buena posición, llamado Sr. Roglá, y que no tenía intención de venderla.

Rogó a la Santísima Virgen que tocase con su gracia el corazón de aquellos señores para que quisiesen venderla, y confiada esperó su protección.

Varias visitas llevaba hechas a estos señores, y siempre encontraba en ellos, tanto en el dueño como en su señora, la misma oposición y resistencia. Pero un día tuvo la señora un misterioso y significativo sueño en el que la Santísima Virgen le reprendía amorosamente porque no quería desprenderse de aquella finca, sabiendo que la querían para consagrarla en su honor y fundar en ella un noviciado.

La señora no sólo consintió gustosa en vender la finca, sino que convenció igualmente a su esposo, y la quinta, con su huerta y jardín, pasó a poder de las Madres de Desamparados, que establecieron allí su noviciado, y por la gran devoción que tenía la Sierva de Dios al bendito Patriarca quiso llamarlo *Huerto de San José*.

Inauguróse dicha fundación el día 29 de junio del año 1894, festividad del apóstol San Pedro.

Como la caridad de esta privilegiada criatura no podía permanecer inactiva empezó su obra de protección, acogiendo y amparando a la niña desvalida. Bien hubiera querido la Sierva de Dios acoger en su Asilo a muchísimas niñas, pero ni podía excederse en el número, ni tampoco podía tenerlas internas, pues no era muy capaz la casa, y por lo mismo carecía de habitaciones apropiadas para dormitorios y demás dependencias, y, siendo desconocidas en Valencia, no se hallaban muy sobradas de recursos para mantenerlas; pero no fué esto obstáculo para que acogiese a buen número de niñas pobres, que permanecían todo el día en el Asilo, recibiendo el triple alimento del alma, cuerpo e inteligencia, y regresaban por la noche a sus respectivas viviendas.

Pronto se abrió camino en la hermosa capital del Turia la sublime caridad de la Madre Petra, y con limosnas, no menos que con privaciones y sacrificios, emprendió la construcción de un edificio capaz para asilo y noviciado. Colocóse la primera piedra el día 7 de diciembre de 1903.

La Virgen Santísima, si bien complacida en su amante y obédiente hija, la regaló, antes que con carismas y consolaciones, con el imprescindible sello de las almas escogidas: la cruz. En

los principios parecía como si nadie advirtiese la presencia de esta novel Congregación, que con orgullo santo ostenta como divisa el hermoso escudo de la Patrona valenciana. Abandonó su andaluza cuna por buscar el amparo del manto de la Santísima Virgen de los Desamparados, y parecía como si la celestial Reina se hubiese olvidado de que existiera allí su Instituto, pues ni una sola joven ingresaba en el noviciado, y salvo alguna que otra que de las más apartadas provincias de Andalucía solía ingresar, continuaba vacío y falto de vocaciones; parecía que por fin iba a extinguirse la Congregación; pero no fué sino que la Santísima Virgen quiso con esta prueba acrisolar la virtud de su fiel y obediente hija, pues bien pronto la fama de su santidad se extendió por toda la comarca y acudieron muchas jóvenes a ponerse bajo su dirección. Después la regaló con varias visiones.

El día de Nuestra Señora del Carmen, estando en esta casa del Huerto de San José, en el acto de las profesiones, meditaba en la poca firmeza que hay en las vocaciones y en las muchas enfermas, y, apareciéndosele la Santísima Virgen, le dió a entender que el sello de la poca vocación es el negarse a comer, y, dejándose comidas, buscarse enfermedades y flaqueza de cuerpo, y que con este medio es con lo que el demonio ejercita más y saca su buen partido.

El día 20 de julio de 1896, oyendo cantar en el Huerto de San José una cigarra, paróse a meditar en el canto de este animal, que sólo canta a fuerza del mucho calor del estío, y le dió a entender el Señor que así el Espíritu Santo sólo se comunica o se deja sentir sensiblemente en los corazones abrasados del amor divino.

En agosto de este mismo año, en esta casa de Valencia, estando por la noche en la cama dormida, la despertó un ángel (que ella creyó era el de su guarda), levantando el dedo como en actitud de que atendiera; oyó las doce, se sentó en la cama, volvió a repetir el reloj y rezó el *Angelus*.

Meditando cierto día la Sierva de Dios sobre la perfección de la vida religiosa tuvo la siguiente visión: Parecíale ver como un camino o senda estrecha muy recta, que conducía a un rico palacio o hermosa mansión, pero dicha senda estaba en todo su trecho bordeada de precipicios.

Entre las personas que recorrían este camino vió a muchas Hijas suyas, es decir, Religiosas de su Congregación, pero no todas lo caminaban o lo recorrían de igual suerte, pues mientras unas no se desviaban ni salían de él para nada, otras, por el contrario, caminaban negligente-mente, deteniéndose a cada paso, y las había además que no sólo aflojaban en su marcha, sino que, medio bobas y como a lo tonto, desvíabanse

por una y otra parte del camino y se despeñaban en aquellos barrancos y precipicios.

La Sierva de Dios, al verlas, angustiada clamaba al Señor: “¡Ay Dios mío, que se desvían y pierden!” Entonces volvían muchas a entrar en la senda estrecha, seguían su marcha sin detenerse, pero otra vez volvían a aflojar, y se desviaban de nuevo, poniéndose en peligro.

El Señor le hizo comprender que no quería significar aquel desvío que hubiesen cometido aquellas almas faltas graves, sino que ello era indicio o figura de la manera de conducirse en el camino de la perfección las almas negligentes y libres, que a lo tonto y sin reparar no adelantan lo que debieran, y aun a veces suelen ponerse en gran peligro, acabando al fin por perderse, según le fué mostrado en esta visión.

Enfermó de gravedad la Reverendísima Madre Petra y, según dictamen facultativo, se moriría sin remedio. No pudiéndose resignar sus Hijas a tan irreparable pérdida hicieron fervientes preces al Cielo para que aplazase aquella prueba, y, aunque todas se ofrecieron a morir por ella, quiso el Señor escoger, aceptando la oblación de la Madre Luisa, pues la Reverendísima Madre se puso buena y ella enfermó, y si bien no revestía, al parecer de los médicos, importancia su enfermedad, sin embargo, en nueve días, que fué como una novena de preparación por lo mu-

cho que sufrió, resignada y contenta, voló al cielo. La misma Madre Petra la vió entrar en la Gloria y dijo a las Hermanas: “No es necesario que roguéis por ella, porque está ya gozando de Dios.” Y ciertamente debió de ser así, pues su rostro al morir se transfiguró y hermosteó de tal manera, que todos los que la veían aseguraban que más que un cadáver parecía un ángel del cielo. En el momento de expirar, que fué en Valencia (Huerto de San José), el 9 de septiembre, a las once de la noche, apareció cubierto o cuajado de flor un peral que estaba junto a su habitación.

El día 11 de septiembre de 1895, estando en la capilla de esta casa, en la oración de la mañana, antes de la Misa, se le apareció Nuestro Señor, y mientras le pedía por las necesidades de la Congregación y de todas sus Hijas vió aparecer a espaldas de Jesucristo una mujer de aspecto tan repugnante que daba espanto mirarla. Todo su cuerpo lo cubría una asquerosa y horrible llaga. Parecióle a la Sierva de Dios que era el alma de una señora que hacía poco había muerto y que perteneció a cierta orden religiosa, y tentada en su vocación había no sólo dejado aquel estado, sino que vivió mal en el mundo, aunque, arrepentida más tarde, abandonó aquella vida de pecado y murió después de haber hecho confesión pública de todos sus pecados y haber reci-

bido con gran fervor los Santos Sacramentos. No obstante, tuvo que purificarse en el crisol del purgatorio, y el Señor le permitió que recurriese a las oraciones de la Madre Petra, de cuyas virtudes y santa vida tenía o había tenido ella noticias cuando aun vivía.

La Sierva de Dios abogó por ella, diciendo al Señor: “Tened misericordia de esa pobre mujer.”

Tenía la Sierva de Dios tres sobrinas Religiosas en su Congregación, por las cuales había rogado al Señor a fin de que les concediese la gracia de la vocación; “siquiera, le decía, para que se preparen a morir bien”. Tal como se lo rogaba se lo concedió el Señor, y vivieron tan poco tiempo que bien se veía que las había llevado para ello Dios nuestro Señor al Instituto.

Cuando murió la tercera se aparecieron las tres a la Sierva de Dios, a los pies de la cama mientras dormía, diciéndole que les había permitido el Señor que fuesen a despedirse de ella. Y como éstas, muchas Hijas suyas se aparecieron después de muertas, demandándole sufragios y avisándole de su muerte, y aun a personas seglares les permitía también el Señor que se le apareciesen, como a D. Francisco Garvey, que, aunque nada le dijo, le descorrió la cortina de la cama y con el semblante triste y embargado de pena parecía, sin hablarle, suplicarle una plegaria.



CAPÍTULO XXV

MARAVILLOSA FUNDACIÓN DEL REAL SANTUARIO DE SAN JOSÉ DE LA MONTAÑA, SEGUIDA DE GRAN NÚMERO DE PORTENTOS OBRADOS POR INTERCESIÓN DEL BENDITO PATRIARCA EN FAVOR DE SU BENJAMINA

EL Real Santuario de San José de la Montaña fué fundado por la Reverendísima Madre Petra de San José en el año 1895, siguiendo la voluntad de la Santísima Virgen, que le dió a entender habíala Dios elegido para que diesen ella y su Congregación gloria y honra a su bendito Esposo San José, y extendiesen y propagasen su

devoción por toda la tierra. Hállase situado el Real Santuario de San José al pie de la montaña que se llamó “Pelada” y a unos ciento cincuenta metros de altura sobre el nivel del mar.

Hallábase instalada la comunidad en una torre de la calle de San Salvador, número 72, y, habiéndose terminado el plazo del inquilinato, pensó el dueño vender la finca; pero la Reverendísima Madre, que a duras penas y a costa de grandes sacrificios podía pagar los cuarenta duros mensuales, importe del alquiler, desechó por completo la proposición de la compra de la finca, cuyo precio era de cincuenta y cinco mil pesetas, y ordenó a la Superiora que buscasen otra por alquilar. Pasaban los días y ésta no se presentaba, y, habiéndoselo comunicado la Superiora a la Reverendísima Madre Petra, que estaba jirando la visita a la casa de Valencia: “No veo remedio en lo humano, exclamó al terminar la lectura de la carta. Nuestro bendito Padre San José es el que lo ha de arreglar.” “Escriba usted, le dijo, a su capellán, a todas las casas, que hagan los Siete Domingos a San José por esta necesidad, y nosotras mañana mismo nos vamos a Barcelona.”

Este capellán, llamado Ignacio Verdós, era abogado y protegió con algunas limosnas a la Madre Petra en la fundación de la casa de Barcelona. Cuando dicho Padre frecuentó su trato

pudo cerciorarse de la grandeza y elevada santidad de aquella predilecta alma, y, atraído por sus heroicas virtudes, quiso asociarse a la insigne Fundadora, cooperando en su magna obra de amparo y protección al huérfano y desvalido, no menos que de propagación al culto, esplendor y devoción del glorioso Patriarca San José. Por iniciativa y ayudado de la Madre Petra, si bien animado también por los deseos que tenía de ayudarla en todas sus empresas, abandonó el P. Ignacio la abogacía y se dedicó al estudio y ministerio del sacerdocio.

Varias veces, según él mismo confesó, la Reverendísima Madre Petra le aclaraba y especificaba los puntos de teología que tenía él algo confusos o no comprendía bien, pasmándose de ver la facilidad con que la Madre Petra los presentaba a su mente. Entonces no podía menos de comprender que era un don sobrenatural aquella ciencia infusa que en tan alto grado poseía y con la que Dios había querido adornar y enriquecer a su Sierva.

Los comienzos de la vida de sacerdote del P. Ignacio fueron todo fervor; ponía por obra las sublimes enseñanzas de virtud y seguía los consejos que la Sierva de Dios no dejaba nunca de proponerle; y de este modo iba en aumento creciente su perfección. Pero, desgraciadamente, el fin no correspondió a los comienzos.

La Reverendísima Madre Petra, mucho antes de su muerte, vió a dicho Padre como extraviado y apartándose de la Congregación, y medio en broma, con su natural gracejo, solía no pocas veces decirle: “Paréceme verle, P. Ignacio, encorvado, apoyándose sobre un palito o bastón, extraviado por otros terrenos, como fuera de camino, es decir, lejos de la Congregación.” Y una de las Religiosas, oyéndole repetir a su Madre tantas veces esto, le preguntó como apenada: “Pero, Madre, ¿será posible que esto ocurra?” Entonces la Sierva de Dios, con el peculiar laconismo con que solía decir tanto con tan pocas palabras, respondió: “¡ Si ellos se portaran siempre bien! Pero querrán disponer lo que no les pertenece y tendrá que suceder esto.”

El tiempo vino a confirmar el pronóstico de la Madre Fundadora. Al P. Ignacio se le perturbó la razón, su clara inteligencia no funcionaba, hizo muchos desaciertos y tuvo que retirarse de la dirección del Santuario.

El día de San Ignacio del año 1890, estando la Reverendísima Madre en la capilla de la casa de Manresa, por la tarde, en que estaba el Señor de manifiesto, vió salir una paloma blanca de entre la Santísima Virgen y el Niño Jesús, que se fué a San José y allí quedó oculta. Parecióle que significaba una gracia muy grande que reservaba San José para los Padres.

En distintas ocasiones parecióle entender la Sierva de Dios que el Señor quería que la Congregación comprendiese y abrazase dos ramas, que ambas unidas habían de dar con el tiempo mucha gloria a Dios. Una sería las actuales Madres de Desamparados y la otra la habían de formar los Padres; pero esta última, según decía la Madre Fundadora, todavía tardaría algún tiempo en organizarse, pues si bien creían, al morir la Madre Petra, que tendría entonces lugar su vaticinio empezando esta rama con el P. Ignacio, al desviarse éste en sus últimos tiempos perdieron ya la esperanza y se convencieron de que, según les había dicho su Madre Fundadora, esto no tendría lugar tan pronto, sino pasado algún tiempo.

El 18 de febrero de 1895, después de escribir a todas las casas, partió la Reverendísima Madre Petra, acompañada de su secretaria, a Barcelona. Al entrar en la casa pasaron, según costumbre, a la capilla, y al salir le preguntaron los que la acompañaban: “¿Qué le ha dicho San José? — Que todo está arreglado, contestó; no sé cómo, pero me parece que el bendito Santo lo arreglará todo.” En seguida dispuso que se hicieran diez días de ejercicios espirituales, diciendo: “Busquemos primero el Reino de Dios y la añadidura ya vendrá.”

Poco después de haber salido de la capilla la

Reverendísima Madre Petra entraron las Madres del Santuario a dar gracias al Santo por haber atendido los ruegos y fervientes súplicas de su benjamina, y, ¡oh prodigio!, vieron con el mayor asombro que el glorioso Santo había cambiado de postura. Tenía una expresión celestial que embelesaba. Su cabeza, antes erguida, quedó suavemente inclinada y ladeada hacia el lugar donde estuvo orando la Madre Petra.

Con este portentoso fácul es comprender la disposición de ánimo con que entraron las Religiosas, al día siguiente, según había dispuesto la Reverendísima Madre Petra, de ejercicios espirituales.

Al día siguiente se presentó una devota y piadosa persona preguntando por la Reverendísima Madre Fundadora. “No podrá usted verla, le dijo la Madre de la portería, pues está de ejercicios. — Cuando termine, le replicó dicha señora, tenga usted la bondad de entregarle esta tarjeta y decirle que deseo verla para hacerle donación de una torre y algunos terrenos.” Apenas terminaron los santos ejercicios dió cuenta la Madre Portera a la Reverendísima Madre de lo sucedido y le entregó la tarjeta.

Fueron las Hermanas a avisar a dicha señora para que se llegase a tratar con la Reverendísima Madre, según habían convenido, y le dijo que, habiendo tenido noticia, por una amiga



suya (pues ella no conocía a la Congregación), del apuro en que estaban por la casa, tenía el gusto de ofrecer una quinta de su propiedad, situada en Gracia, al pie de la montaña llamada Pelada. El día 19 del siguiente mes de marzo, fiesta del glorioso Patriarca San José, se firmó ante el notario de aquella ciudad, D. José Ferrer Bernadas, la escritura de donación de dicha finca, consistente en más de 320.000 palmos de terreno y una casa-torre, por la cual finca cuatro años antes le habían ofrecido doscientas mil pesetas. Este admirable prodigio del bendito San José constituye la base y fundamento de este Santuario y Asilo de San José de la Montaña, y viene a ser como el primer eslabón de la larga y hermosa cadena de maravillas que se han obrado por su poderosa intercesión.

Después de la prodigiosa adquisición de la casa-torre empezaron de nuevo los apuros para la Sierva de Dios, pues no era suficiente, ni con mucho, para instalarse la comunidad y albergar a las huerfanitas, aunque no eran éstas entonces muchas, y lo que hizo fué lo de siempre: recurrió de nuevo a su Padrecito San José, pidiéndole con instancia que la remediase en aquel apuro; también exhortó a las Hermanas a que pidiesen limosna extraordinaria a los bienhechores para aquella perentoria necesidad, a fin

de poder ensanchar la casita, que buena falta les hacía.

Al siguiente día las Hermanas, con una estatua de San José en la mano, empezaron a postular para las obras; los piadosos y caritativos barceloneses correspondieron al llamamiento tan generosamente que en menos de dos meses recogieron veinte mil pesetas, con la particularidad de que las limosnas mayores las entregaron en manos de la Madre que estaba en la portería en sobre cerrado, sin dar el nombre de la persona donante y precisamente en los días en que las Hermanas que postulaban no habían recogido limosna o traían muy poca a casa.

Esto es grande, extraordinario, como no podrá dejar de reconocer todo el mundo; se ve en ello el dedo de Dios, porque, en tiempos como éstos, veinte mil pesetas no se recogen con tanta facilidad.

Comprendiendo que los corazones se habían ablandado, porque Nuestro Señor quería el ensanche de la capilla, pensó la Sierva de Dios en hacer un proyecto en forma, es decir, levantar un plano y empezar por construir un ala del edificio; pero antes de abrir los cimientos ocurrió un hecho extraordinario.

En efecto, se observó que el terreno más elevado de la finca donada era algo pedregoso; ordenó la Sierva de Dios que echasen unos cuan-

tos barrenos, y en seguida empezó a salir piedra en abundancia, la que, analizada, resultó ser de muy buena calidad para edificar, por lo que se abrió la correspondiente cantera y se sacó de ella toda la piedra de mampostería necesaria, no sólo para el ala del edificio proyectado, sino para toda la iglesia, para la casita anexa, y resultó la cantera tan abundante, que hay piedra para construir un asilo para niños y una basílica, si la quiere Dios.

Recogidas las veinte mil pesetas y descubierta la cantera encargó la Sierva de Dios la formación de un proyecto, que aprobó el Ayuntamiento de Gracia, con exención del pago de los derechos municipales establecidos, y fijó para el 14 de aquel año 1895 la colocación de la primera piedra del nuevo Asilo.

Llegó el tiempo señalado y con general regocijo se llevó a cabo la solemne ceremonia, de la que se levantó acta, que se encerró en un bote-cito, que contenía dicha acta en pergamino, una estatuita de San José, medallas, cruces, monedas y estampas varias.

Después que se hubo colocado la primera piedra del nuevo Asilo y construído en parte un ala del edificio se agotaron las veinte mil pesetas recogidas para la obra, y como ya se habían contraído compromisos formales con algunos contratistas no se atrevió la Sierva de Dios a

proseguir las obras sin tener alguna seguridad de poder efectuar los pagos a su tiempo, porque, aunque nunca le faltó la fe y la confianza de que Dios quería la obra, entró en temor de si habría sido ilusión o engaño del demonio meterse en tamaña empresa sin contar con nada seguro, y también algunos varones experimentados le aconsejaron que no prosiguiese las obras sin tener algunos fondos para ir cumpliendo los pagos. Parecióle acertado y prudente el consejo, y dijo al Padre capellán: “Vea usted si encuentra quién nos preste, a un interés módico, siquiera siete u ocho mil duros, y así estaré más tranquila.”

Efectivamente, hechas las gestiones, se halló una persona que se ofreció a prestar dicha cantidad, y cuando estaban todos los documentos arreglados, al ir a cobrarla, el día que habían fijado, se encontraron con que la persona que había de prestar se había arrepentido, diciendo que, estando los tiempos tan malos, temía perderla por tratarse de una comunidad religiosa que tan poca seguridad ofrecía en aquellos tiempos.

Con esta prueba y desengaño volvió el Padre capellán al Asilo muy desanimado, y al verle la Sierva de Dios conoció que la cosa no había ido bien y exclamó antes que le dijera una palabra de lo sucedido: “¿Qué, se ha arrepentido? ¿No trae usted dinero? — No quiere prestar, le con-

testó; teme perderlo.—¡Bendito sea Dios! ¡Ahora es cuando estoy contenta, porque veo que San José no quiere pagar réditos a nadie!, replicó la Madre Petra. Ahora es cuando se aumenta mi fe.” Y añadió: “El Señor me perdone por haber titubeado; disponga que sigan las obras y que se aumente el número de operarios, si es posible, porque ya cuento ahora con toda seguridad con la bolsa de San José, que no se arrepentirá ni nos dará ningún desengaño como el otro.”

Así se hizo, y todos seguían trabajando, tan animados que hasta parece que Nuestro Señor les infundía fe y confianza, pues sabían que la obra se hacía a expensas de la divina Providencia, sin contar con recursos propios de ninguna clase. ¡Bendito sea Dios, y cómo sella sus obras de manera que hasta los más incrédulos hayan de doblar la cabeza y reconocer que es poderoso para todo!

Con el empuje que se dió a las obras por el arranque aquel de fe y confianza que tuvo la Sierva de Dios con el bendito San José, en poco más de seis meses se terminó la primera ala del edificio, y como urgía salir de la antigua casa de la calle de San Salvador, la víspera de San José del siguiente año 1896 se trasladó al nuevo edificio la comunidad con las niñas asiladas y allí durmieron aquella noche, y bien puede calificarse de milagro el no haber enfermado, porque la

obra, aunque terminada, estaba fresca y, por consiguiente, húmeda, tanto que chorreaba el agua por las paredes, y además faltaban muchas puertas y casi todas las ventanas. Pero como no fué por temeridad, sino por pura necesidad, Nuestro Señor hizo la gracia de que no hubiese el menor resfriado, lo que al médico y a todos llamaba la atención.

El ala del edificio construído era la de la fachada y por delante de ella, atravesando la finca, pasaba un camino o carretera, causa y origen de no pocos disgustos, porque no lo utilizaba más que gente de mal vivir, y que impedía la comunicación con la huerta, donde precisamente estaban los lavaderos y habían de pasar las Hermanas para lavar y cuidar de otras cosas necesarias de la comunidad.

Pensar en la supresión de dicho camino y poder unir el Asilo con la huerta era poco menos que imposible a juicio de todos, porque se oponían los vecinos; pero para Dios no hay imposibles, y como la oración tiene tanta fuerza, a la vez que se solicitó del Ayuntamiento la supresión del referido camino, recurrió la Sierva de Dios a la intercesión de San José, en cuyas manos puso este asunto, y el Ayuntamiento, previa inspección del lugar, aprobó la supresión. En esto se vió clara y manifiesta la protección de San José, porque el día que se constituyó la co-

misión del Ayuntamiento en aquel sitio, con la asistencia del vecino que más se oponía, precisamente estaba la comunidad de retiro, de modo que no pudieron salir a recibirlos ni a suplicarles que accediesen a su petición; pero cuando Dios quiere una cosa, el hombre nada puede, y así vino a resolverse favorablemente a pesar de la obstinación y ceguera de aquel vecino que tanto se oponía.

No parece sino que San José estuvo también presente, aunque fuera de un modo invisible, pues al enterarse la Sierva de Dios de que había llegado el Ayuntamiento y de que no podía salir a recibirles se fué a San José a pedirle que se personase él, se entendiera con ellos y los inclinara a conceder lo que se pedía, puesto que era tan justo y necesario. Y así fué en efecto: el Santo lo arregló tan bien y tan pronto, que todos unánimes acordaron acceder a lo que se solicitaba, por lo que con toda la efusión de su alma la Sierva de Dios y toda la comunidad le dieron gracias por aquel nuevo favor, concedido el día 19, a él dedicado y en el que se complace alcanzar del Señor más gracias para sus devotos.



CAPÍTULO XXVI

FAVORES, VISIONES Y OTRAS GRACIAS ESPECIALES
QUE RECIBIÓ LA SIERVA DE DIOS EN ESTE LUGAR
DE LA PREDILECCIÓN DE SAN JOSÉ DE LA MONTAÑA



EN esta casa del Santuario vióse la Sierva de Dios tan repetidas veces favorecida con visiones y otras gracias del bendito Patriarca San José, que enumerarlas todas sería formar un catálogo interminable, pues con igual razón que la mística doctora Santa Teresa pudo decir que no se acordaba haberle pedido una gracia que no se la hubiese concedido. Así que no le ocurría conflicto o necesidad que no recurriese confiadamen-

te a su Padrecito, y éste, que se complace en derramar a raudales sus mercedes desde el trono que le ha levantado su benjamina, ¿podía desatenderla a ella, a su amada y predilecta Hija?

Varias veces ocurrió que, estando suplicando alguna gracia ante su imagen prodigiosa, la miró sonriendo el Niño y también el Santo, inclinando la cabeza en señal de asentimiento. En el año 1896, estando ante la imagen bendita del Santo, pedíale por la reforma del espíritu de la Congregación. De pronto parecióle como que el Niño estaba todo transformado y tan precioso cual si estuviera vivo. Comenzó la Reverendísima Madre a meditar el gozo tan grande que sentiría San José cuando lo tenía en sus brazos, y en aquel momento le hizo entender el bendito Patriarca y le dió a sentir parte de aquel gozo que él experimentaba cuando lo tenía en sus brazos, y se lo acercaba a su cara para besarle, y lo estrechaba contra su pecho, y ella sentía en espíritu como si también se lo acercara a su cara y lo estrechara, y fué una ternura tan grande, un gozo espiritual tan indecible, que de haberse prolongado, decía, se le hubiese arrancado el alma. Aquello le hizo meditar en el gozo que sentiría San José cuando tenía en brazos al divino Infante, y que con razón se le podía considerar como un Santo sobre todos los santos, ya que él



GRACIA QUE RECIBIÓ LA SIERVA DE DIOS EN LA CAPILLITA
DE SAN JOSÉ DE LA MONTAÑA DE BARCELONA

solo recibió más gracias que todos los otros juntos.

Un día, después de la Comunión, pareciéndole a ella que no sentía el amor y fervor que acostumbraba, lamentándose a Nuestro Señor le decía: “¿Qué es esto? ; Yo no entiendo cómo a veces siente mi corazón más fuego durante el día que al tiempo de comulgar!” Y entendió estas palabras: “PORQUE ESTO ES EL ASCUA QUE DESPUÉS LEVANTA LA LLAMA.”

Otro día, meditando los muchos milagros que obraba San José en su Santuario, oyó estas palabras: “ÈS UN PRODIGIO EN LA TIERRA OBRADO POR LAS MISERICORDIAS DEL SEÑOR.”

El día 20 de julio de 1901, estando en la capillita de San José dando gracias después de la Comunión y lamentándose de tantos trabajos, se le apareció Nuestro Señor con la cruz en el hombro izquierdo; era grandísima, pero toda de luz, y entendió que significaba que la cruz de los trabajos en esta vida es la que proporciona la luz y la felicidad que se goza en la vida eterna.

El día de Santa Ana, en esta misma capilla, después de comulgar, le entraron deseos de pedir a esta Santa por la salud de alma y cuerpo de Sor Natividad, que era del Valle y una de sus primeras compañeras, como la Madre Magdalena, su hermana, y la Madre Trinidad; pero que, a diferencia de estas dos, que siempre la

ayudaron y fueron su consuelo en los días de prueba y sufrimiento, dió no poco que hacer sentir a la Reverendísima Madre. Rogábale, pues, a Santa Ana que curase a aquella su Hija de ambas dolencias. Pero poco después tuvo una visión en que vió muerta a Sor Natividad y estaba en grande apuro la Sierva de Dios, ya que no podía pedir por ella, pues ella misma se lo impedía, porque no quería curar.

Otro día, después de la Comunión, sintió gran recogimiento, y empezó a dar gracias de todos los beneficios recibidos desde que nació hasta entonces, y a pedir perdón de todos los pecados cometidos, pidiéndole gracia para perseverar con fidelidad en su santo servicio, y entendió que era ésta una acción de gracias muy del agrado de Nuestro Señor, no sólo para después de comulgar, sino también para después de la meditación.

El día 6 de noviembre del año 1902 le presentaron una factura de dos mil pesetas por materiales empleados en la obra, que se estaba haciendo de limosnas y sin más fondos que una fe absoluta y ciega en San José bendito. No teniendo ni una peseta de que echar mano contestó que se sirvieran esperar algunos días. A las pocas horas se presentó al cobro otra factura de tres mil pesetas. Ya eran cinco mil, y en tan apurado caso contestó la Sierva de Dios, en uno

de sus arranques de fe y confianza en San José: “¡Mejor! Que aprieten, a ver este bendito Santo (señalando una imagen de San José) lo que va a hacer con nosotros. Dígale, ordenó a la Madre de la portería, a ese señor que tenga la bondad de esperar unos días.”

Así se lo dijo, y la Madre Petra se fué a escribirle una carta a San José, diciéndole estas palabras: “Padrecito mío, ¿me vais a dejar esta vez? ¿A quién acudiré si no tengo a nadie más que a vos? Dad una vueltecita por Barcelona y traedme esa cantidad.” Al día siguiente, después de la Misa y del ejercicio del primer viernes, decía muy confiada la Reverendísima Madre: “No nos apuremos, que Dios proveerá.”

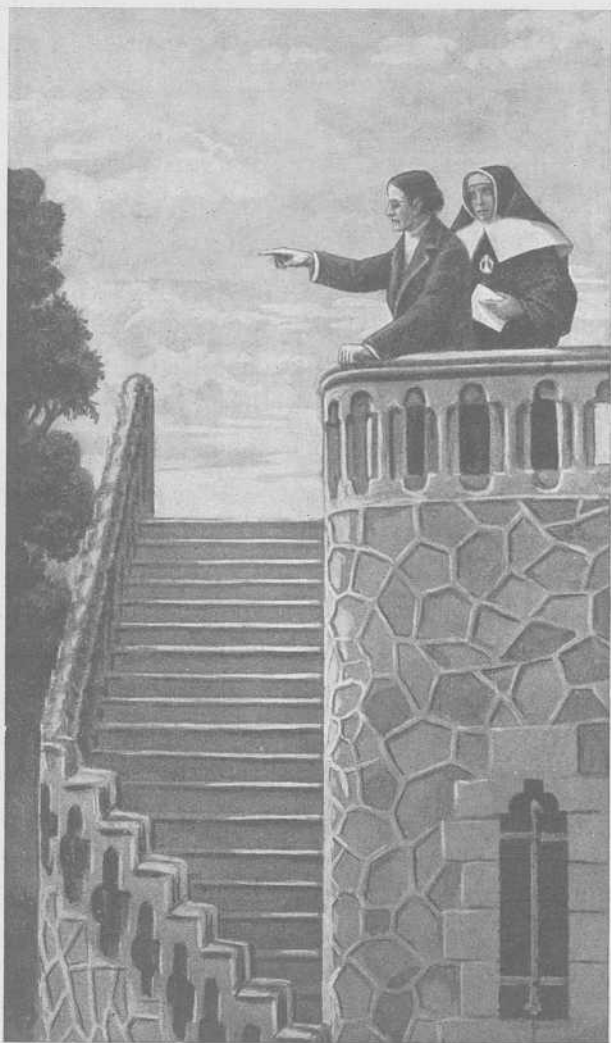
Y ¡cosa admirable! a las cuatro de la tarde de aquel día se presentó en el despacho un caballero de aspecto humilde y venerable preguntando por la Madre Superiora. “Será un poco difícil”, le insinuaron, y repuso él: “SENTIRÍA TENER QUE VOLVER, PORQUE VENGO DE UN POCO LEJOS. — No, señor, si ya la verá.” E invitándole a ver la casa recorrieron el asilo e iglesia.

Al bajar pasó al recibidor, donde acababa de entrar la Sierva de Dios, y entregó a ésta un sobre cerrado, diciéndole en voz baja: “TOMA, POR UNA GRACIA DEL SANTO.” Ella, al tomarlo, observó que el sobre abultaba mucho, pero no se atrevió a abrirlo. “¡Dios se lo pague!”, le di-

jo, y, creyendo que tal vez habría dentro una carta para San José, le empezó a contar los muchos milagros que estaba obrando el Santo en el Santuario, añadiendo: “¿No querría usted subscribirse a esta obra de San José?— NO ACOSTUMBRO; ESTO SÍ, LO HAGO SIEMPRE QUE PUEDO”, contestó.

Al despedirse abrió la Madre Petra el sobre y vió con gran sorpresa que estaba lleno de billetes de Banco. Llama al caballero, que no había hecho más que salir del recibidor, y le dice: “He abierto el sobre y veo que contiene una respetable cantidad; no sé cuánto habrá.— CINCO MIL PESETAS, contestó en voz baja. ¿NO ES ESO LO QUE TE HACE FALTA?— ¡Ah, sí!, replicó asombrada la Sierva de Dios. Ésta misma cantidad la había de entregar mañana y no tenía un céntimo.” Y le dió las gracias con un efusivo: “¡Dios se lo pague!”

Volvió a abrir el sobre y, mirando los billetes, le dijo: “¿No hay aquí alguna tarjetita?”, como preguntándole quién era. A lo que contestó el interpelado en voz muy baja, como en secreto: “VENGO DE INCÓGNITO.” Después, al llegar a la portería, detúvose breves momentos contemplando, al parecer, el hermoso panorama que desde la terraza se divisa, y mostrando a la Sierva de Dios la finca lindante con la Travesera de Dalt, perteneciente entonces al Sr. Tusquets, le dijo



SAN JOSÉ, MOSTRANDO A LA SIERVA DE DIOS EL HERMOSO PANORAMA LE PREGUNTA: "¿TE GUSTARÍA LA ENTRADA POR AHÍ?"

estas palabras: “¿TE GUSTARÍA LA ENTRADA POR AHÍ? — ¡Y tanto como me gustaría!, replicó pensativa la Reverendísima Madre Petra. Pero...”

Diez y ocho años más tarde, el mismo día, primer viernes de mes, en la misma fecha, 6 de noviembre, a la misma hora, las cuatro de la tarde, entraban por vez primera, conduciendo los venerados restos de la Reverendísima Madre Petra, por la entrada, al Santuario, de la casa de Tusquets, perteneciente, no ya a dicho señor, sino a las Madres de Desamparados.

San José, pues no cabe la menor duda de que éste era el incógnito donante, quiso que hasta sus inanimados restos participasen de sus gracias y favores, y que tuviesen cumplimiento no sólo las peticiones, sino aun sus más ligeros deseos.

El día 3 de agosto de 1903 se cayó de una altura como de unos cuarenta centímetros, magullándose todo el cuerpo y lastimándose gravemente el tobillo y rodilla de la pierna izquierda, tanto, que no pudo levantarse, ni podía sostenerse en pie. El Dr. Llobart, que la curó de primera intención, dijo que no había fractura, pero sí una fuerte contusión de los nervios que la retendrían algún tiempo en cama. La enferma sufría intensísimos dolores, que no le permitían descansar ni de día ni de noche, por lo que a los diez o doce días, y viendo que poco o

nada se adelantaba, se llamó a un especialista, que le reconoció detenidamente la pierna lastimada y manifestó que era cosa de un par de meses, por lo menos, para empezar a andar, y que después se resentiría de la pierna durante mucho tiempo.

Por supuesto, que no dejaban de pedir todos con instancia al bendito San José por la amada enferma.

El día de la Asunción de Nuestra Señora y el domingo siguiente fué trasladada en silla de manos al coro bajo, y desde allí oyó Misa y comulgó, pero no podía de ningún modo sostenerse en pie y los dolores continuaban con bastante intensidad. El día 19 no salió de su habitación, pero pudo andar unos pasos con el auxilio de muletas.

Las súplicas y ruegos a San José se redoblaban por momentos, y todos depositaban una cartita a los pies del bendito Santo implorando la curación de la Reverendísima Madre.

El tierno corazón de San José no pudo resistir la fuerza de tantas oraciones y señaló el domingo 23 para obrar el prodigio.

En la mañana de aquel día fué también trasladada la enferma en silla de manos al coro bajo para comulgar y oír Misa, y después, con el auxilio de muletas y con mucho trabajo, pudo andar como unos treinta pasos hasta su habita-

ción, desde la cual presenció, por la tarde, la procesión y oyó con el mayor recogimiento el sermón, que se predicó desde la terraza, y después de recibir la bendición, que dió el predicador al terminar, se levantó, sin darse cuenta de lo que hacía, y echó a andar por su pie y sin auxilio de muletas ni nada, sintiéndose curada.

Lo presenciaron varias personas amigas y bienhechoras, y todas dieron gracias a Dios y al bendito San José, por cuya intercesión obró el Señor esta nueva misericordia.

Pasó luego la Reverendísima Madre a la iglesia a dar gracias, y estuvo de rodillas como una media hora; luego bajó por sí sola la escalinata, entró en la capillita de la prodigiosa imagen de San José y oró también de rodillas por espacio de veinte minutos, y se retiró más tarde a su habitación andando perfectamente y como si tal caída no hubiese sufrido.

Estando orando, cierto día, en la capillita del Santo de sus amores, el bendito Patriarca San José de la Montaña, pedíale que diese feliz despacho a las peticiones depositadas a sus sagradas plantas. De pronto se aparece junto a ella una Religiosa carmelita, la que, sonriendo con agrado, acercósele y le dijo estas palabras: “¡YA DECÍA YO, SINO VENDRÁ LA MADRE PETRA!”

Súbitamente desapareció y siempre creyó la

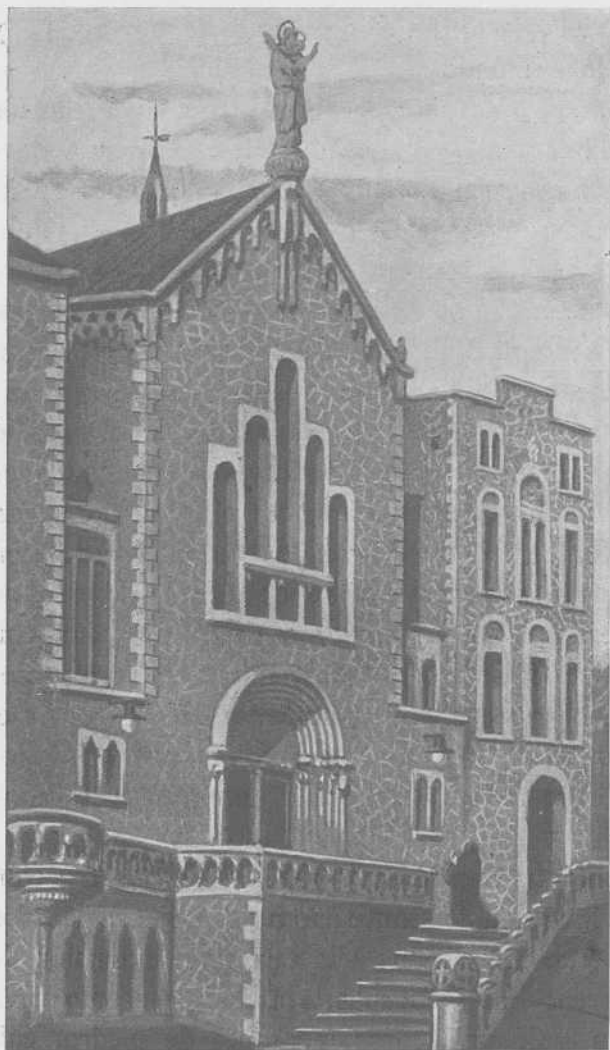
Reverendísima Madre que aquella Religiosa no había sido otra que la Doctora del Carmelo, Santa Teresa de Jesús, que, iniciadora y celosa entusiasta de las glorias del bendito Padre de Jesús, ansiaría ya que viniese la insigne Fundadora de Madres de Desamparados a proseguir y llevar a feliz término su obra comenzada.

Estalló en Barcelona una huelga general, con tan malos preludios que amenazaba graves consecuencias.

Un caballero amigo de la casa fué a comunicárselo a la Sierva de Dios a fin de que no saliesen las Hermanas a la calle hasta que se solucionase el conflicto.

Ante la imagen del bendito Patriarca que remata la fachada del Santuario postróse la Sierva de Dios, con los brazos en cruz, en demanda de protección y amparo. “¡Ten piedad de Barcelona, San José bendito!, le pedía en ferviente y confiada plegaria. ¿No ves lo que hacen por ti tus devotos hijos? — Sí, le replicó San José. PERO ¿CÓMO LO HACEN?” Mas, al fin, insistió la Madre Petra: “Ellos lo hacen...”

No pudo resistir más el tierno corazón de San José a sus ruegos humildes y confiados, y, tomando entre sus manos al divino Niño Jesús, dió con Él la bendición a Barcelona, a la vez que le oía la Sierva de Dios estas solemnes y majestuosas palabras: “APLAZADO, APLAZADO...”



FACHADA PRINCIPAL, DEL REAL SANTUARIO DE SAN JOSÉ
DE LA MONTAÑA Y LA SIERVA DE DIOS ANTE LA IMAGEN
QUE REMATA LA FACHADA SUPLICANDO Y DANDO GRACIAS
POR LOS FAVORES RECIBIDOS

Aquel mismo día se regularizó el movimiento y todo el mundo volvió al trabajo.

Años antes de morir profetizó a sus Hijas los días de llanto y desolación que esperaban a Barcelona, y que tuvo exacto cumplimiento en la Semana Trágica, asegurando, además, que, aunque muchos conventos e iglesias serían presa de las llamas y aniquilados por la barbarie del populacho, al Santuario ni una china se atreverían a tocar, pues San José estaría como alerta centinela defendiéndolo de todo asalto. Y así sucedió en efecto; mientras las diversas comunidades tuvieron que diseminarse con el fin de ponerse a salvo contra tan horrendos atropellos como en aquellos nefandos días se sucedían, las Madres de Desamparados estuvieron todas reunidas con sus huerfanitas asiladas, sin faltarles el necesario sustento. Y aunque trataban de reducir el Santuario a cenizas, tal pavor infundió San José, que no se atrevieron a acercarse a la montaña.

Estando en los comienzos de la construcción de la iglesia del Santuario tuvo la Sierva de Dios la siguiente visión: Vió una gran extensión de terreno que la ocupaban materiales como para construir una obra: montones de piedra, cal, arena, pero todo tan resplandeciente y hermoso cual si fueran ricos brillantes y piedras preciosas. Junto a uno de estos montones de arena es-



VISIÓN QUE TUVO LA SIERVA DE DIOS EN LOS COMIENZOS DE LA CONSTRUCCIÓN DEL REAL SANTUARIO DE SAN JOSÉ DE LA MONTAÑA

taban sentados la Santísima Virgen y el Patriarca San José como contemplando aquellos materiales. Cogía San José bendito puñados de arena y mostrándoselos a la Santísima Virgen, a la vez que los derramaba, le decía: “De esto se hacen los palacios del Rey de los cielos.”

Pocos días después de esta visión, primer viernes de mes, presenciaron lo siguiente los Padres Agustinos: Desde la huerta de su casa-sanatorio, contigua al Santuario, vieron al anochecer una gran nube hermosa y brillante cual no cabe ponderar. Se posó en el Santuario, en el mismo sitio donde se estaba construyendo la iglesia, y cual si fuese benéfica lluvia empezó a disolverse, derramándose sobre dicho lugar santo, sitio de complacencia y predilección del bendito Patriarca.

Algunos de los Padres pasaron aquel mismo día a contárselo a la Sierva de Dios, que estaba con toda la comunidad haciendo el ejercicio del primer viernes. “No le quepa duda, le dijeron al verla, que esa resplandeciente nube que hemos visto significa la multitud de gracias que derrama el Cielo sobre esta Congregación y el Santuario.”

Cuando estaba ya para cubrirse la iglesia habían subido algunas de las viguetas de hierro que para tal fin se habían traído.

Una noche, cuando tanto las Religiosas como



PADRES AGUSTINOS PRESENCIANDO UNA GRAN NUBE
HERMOSA Y BRILLANTE

las niñas estaban ya entregadas al sueño, súbitamente oyóse espantoso estruendo cual si se derrumbase la casa. Parecía como si una a una, o todas a la vez, repetidamente, echasen las viguetas de lo alto de la obra sobre las restantes que en el suelo estaban. Despertaron, como es consiguiente, y las niñas, atemorizadas, lloraban y rezaban a San José temiendo se viniera abajo todo el Asilo. Pero, al poner atención la Sierva de Dios en aquella especie de ruido infernal, cayó en la cuenta de lo que era, y dijo a las Hermanas: “Tranquilizaos y acallad a las niñas, que lo arma el diablo, pesaroso de que se levante esta iglesia, que él sabe le ha de dar mucha gloria a Dios nuestro Señor y honor al bendito Patriarca San José. Mañana veréis cómo ni una sola vigueta se ha movido de su sitio y todas las cosas están en su lugar.” Y así se vió efectivamente. A la noche siguiente, aunque quiso alarmar con otra especie de ruido, no hicieron ya caso, ni interrumpieron por eso el sueño. Viendo el enemigo el poco caso que le hacían cesó con el ruido y no se dejó oír más.

Durante el discurso de su vida hemos visto cómo la Madre Petra, además de recibir favores tan singulares del Cielo, por intercesión muchas veces de su Padrecito San José, estuvo también dotada del don de profecía, como más claramente lo testifican los siguientes hechos:

Había una Religiosa, llamada Madre Teresa de San José Bellido, de su misma Congregación, es decir, Hija suya, que, aunque buena, estaba algo distraída. Ya varias veces la había reprendido por ello la Reverendísima Madre Petra; mas, como no se enmendase, en presencia de algunas Hermanas díjole cierto día: “Mire, Sor Teresa, que muy pronto el Señor le pedirá cuenta de su vida, y como no la tenga corriente, en el purgatorio tendrá que suplir; luego vendrá usted a pedirme sufragios, pues son muy acerbadas las penas que allí se sufren, y con tan poco de nuestra parte podíamos, mientras vivimos, merecer, y usted no hace caso, creyendo que ésta no ha de llegar nunca, y de repente vendrá la muerte; entonces no habrá ya remedio.”

Al pie de la letra se cumplió todo esto; la Madre Teresa, estando la Sierva de Dios en Barcelona, murió repentinamente en Valencia. Aquella misma noche, mientras reposaban, oyéronse en la enfermería, donde dormía la Reverendísima Madre Fundadora con la Madre Trinidad, unos quejidos y ayes tan dolorosos y sobrenaturales, que llenaban de espanto a la segunda. Sobresaltada saltó de la cama, y, acercándose a la Reverendísima Madre Petra, le preguntó asustada: “¿Qué es esto que se oye, Madre? ¡Ay! No puedo dormirme del susto que me causa. — Ya se lo decía yo, replicó la Madre Pe-

tra: Sor Teresa, que acaba de entrar en el purgatorio y viene a que interceda por ella. — ¿Y cómo es eso, pues Sor Teresa vive y está en Valencia?”, preguntó de nuevo extrañada la Madre Trinidad. “Sor Teresa ha muerto de repente, y ya recordará usted que se lo decía yo en cierta ocasión.”

Así había sucedido, según pudieron conocer por el telegrama que al amanecer del siguiente día recibieron y la carta que más tarde llegó.

Un Padre Escolapio, llamado M. Serra, muy conocido de la Sierva de Dios porque frecuentaba mucho el Santuario, y que residía en el convento de San Antonio, había recibido de los Superiores la orden de embarcar para América. Ya tenían los pasajes y había de salir aquel mismo día, mas no quiso partir sin dar un adiós a San José de la Montaña y despedirse de la Reverendísima Madre Petra. Después de pedir su bendición al santo Patriarca subió a la portería en busca de la Sierva de Dios: “¿Qué desea usted de mí, P. Serra?”, le preguntó en tono de alegre confianza. “Vengo, respondió éste, a despedirme de usted, pues hoy mismo embarco para las Américas. — Puede usted estar muy tranquilo, que en vez de alejarse del Santuario, cual piensa, todavía se acercará usted más. — Entonces: ¿qué quiere decirme usted, Madre? ¿Que no salgo hoy de viaje? — Aunque ya sé, contes-

tó ésta, que tiene usted arreglado el equipaje y con los pasaportes a punto, no obstante, se quedará usted en Barcelona muy cerca del Santuario, porque San José lo quiere así.”

Así fué en efecto, pues cuando llegó a casa le dijo el Padre Superior: “P. Serra, hay contraorden; ya no sale usted para América, sino que pasa a la Residencia o Colegio Balmes.” “Si alguna duda, decía después dicho Padre, podía tener de la santidad de la Madre Petra, bien desvanecida hubiérase quedado con lo que referido queda.”

Visitábala con frecuencia cierto caballero, abogado, muy amigo de la casa, cuya carrera, por estar en muy buena posición, no ejercía. Como en broma solía decirle muchas veces la Reverendísima Madre: “A D. Vicente, por fin, le habremos de hacer sotana, pues tengo por cierto que ha de acabar haciéndose sacerdote.” D. Vicente creíalo disparate y lo tomaba a broma; mas cuando, pasados algunos años, perdió juntamente con los bienes de fortuna a toda su familia sintió que el Señor lo llamaba al estado del sacerdocio, y obediente a su vocación vistió la sotana, como mucho antes se lo predijo la Madre Petra.

Había oído hablar mucho y ponderar la fama de cierto religioso, muy docto y espiritual, y le entraron deseos de visitarle a fin de que le diese

luz en algunas cosas que pasaban por su alma. Sabía que eran muchas las personas que acudían a él para consultarle, y ella determinó también ir, no sin antes consultarlo con Dios en la oración; pero pronto tuvo que desistir de ello, pues oyó al Señor que le decía: “NO VAYAS, QUE ESTÁ PERDIDO POR LA VANIDAD.” La Madre Trinidad, a la que había dicho que se arreglase pronto para salir más tarde con ella, cuando llegó la hora señalada esperaba que la llamase; mas como transcurría el tiempo y nada le decía creyó tal vez que se le había olvidado, y fué a recordárselo. “No es que se me haya olvidado, no, sino que ya no vamos.” Y le refirió lo que el Señor le había dicho en la oración.

Oyó en otra ocasión que alababan a un Padre del Inmaculado Corazón de María, gran orador, y suspirando exclamó: “¡Ay! Pero ¡qué pena que no acabe bien! Sus confesadas lo perderán.” Al poco tiempo había salido de la religión y fué privado de sus licencias por el Prelado.

Tenía en el Valle la Sierva de Dios un sobrino llamado Fernando, que cierta noche, al retirarse tarde a su casa, fué sorprendido en el camino por un enemigo suyo, el cual, sin darle tiempo a defenderse, le disparó un tiro, que por fortuna no hizo blanco, es decir, que no le hirió, y pudo escapar del peligro. La Madre Petra es-

taba entonces en Barcelona, acostada por supuesto, pues eran ya las tantas de la noche, y en su almohada sonó el tiro, haciéndole levantar la cabeza al oír la detonación. Al día siguiente les contó a las Hermanas lo que en el Valle había ocurrido, pasmándose cuando más tarde se enteraron ser tal como les había ella contado, hasta en sus menores detalles.

Estando la Sierva de Dios en esta casa de Barcelona, avisada sin duda por el Cielo de la muerte de la esposa de su hermano Juan, dijo un día al Padre Capellán: “¡Qué disgusto tan grande se le espera a mi hermano! — ¿Por qué?, le preguntó éste. — El Señor le va a quitar a su compañera, contestóle la Madre Petra. — Pero ¿es que está enferma? ¿O quizá se ha muerto ya? — No, está muy sana y muy buena, pero morirá dentro de muy pocos días.” Y así fué, tal como lo anunció o predijo, pues a su cuñada, estando muy buena, al parecer, dióle al cabo de tres días, después de este anuncio de la Madre Petra, como un desvanecimiento y murió repentinamente.

Estando en Barcelona la Sierva de Dios regalaron una lámpara muy hermosa a la casa de Andújar para la iglesia del Asilo de San Juan de Dios. La Sacristana, muy contenta, creyendo que estaría mejor, le puso al pie de la lámpara una borla de lana colorada. Antes que la Superio-

ra le hubiese podido comunicar a la Reverendísima Madre Petra el recibo de dicho regalo, ya ésta le había escrito diciéndole que le parecía muy bien que hubiesen colocado la preciosa lámpara en la iglesia, pero no le parecía bien, antes, por el contrario, muy mal, la borla que le había puesto la Madre Sacristana; así que ordenara la quitase cuanto antes.

Cuando en la recreación de aquel día contó la Superiora a la comunidad lo que había acontecido se admiraron y conocieron con toda evidencia que solamente Dios nuestro Señor podía habérselo revelado, pues primero llegó su carta con la orden que la de la Superiora con la noticia y comunicación de la lámpara, aunque tampoco le decía nada de la borla.

Nadie que hubiese tratado a la Sierva de Dios, y mucho menos sus Hijas, podía poner en duda que dejaría de suceder lo que ella predecía, pues con frecuencia solía acontecer que hasta las cosas que como en broma decía habían de cumplirse, sin faltar el menor detalle.

En los comienzos del Instituto, estando todavía la comunidad en el barrio o colonia Huelin, en Málaga, ingresó una jovencita gruesa, de buena estatura. Los que acompañaban a esta aspirante, reparando en una religiosa rubia, de tez blanca y sonrosada, esbelta y muy bien parecida, dijeron, mostrándosela a la joven: "Mira, cuan-

do tú vistas el santo hábito te parecerás a esta Madre. — No, replicó vivamente la Madre Fundadora, como sintiéndolo; hay otra a la que se ha de parecer mucho.” Quiso el Señor dar espíritu profético a estas palabras y en una cosa que parecía no poder ser posible, ya que nadie que hubiese visto entonces a la Religiosa a que se refería la Madre Petra hubiese podido creerlo y seguramente lo hubiese tomado a broma; pues si bien su estatura era parecida, ni el color ni las facciones mostraban nada semejante, sin embargo, todo el mundo las confundía y hasta las propias Hermanas llegaron a tomar con frecuencia a una por la otra.

Estando, después de muchos años de ocurrido esto, en la casa de Málaga, en la recreación, medio en juego y como en broma tomó la Sierva de Dios a esta misma Religiosa, que era entonces Superiora de dicha casa, y le dijo: “Desearía que te parecieses a mí. Quisiera introducir en las tuyas sangre de mis venas.” Ella le contestó: “¡Ay, Madre! Póngame, pues, que bien lo quiero yo.” E hizo como si le inoculase su sangre. Pues bien, en lo físico no podía parecerse, mas en lo moral quien trató a ambas Religiosas no podía menos de admirarse al encontrar dos pareceres tan idénticos, aunque la misma Religiosa no deja de confesar que en cuanto a santidad no tenía parecido alguno. Y hasta el her-

mano de la Reverendísima Madre Petra, al dirigirse a la otra Religiosa, llamábala, al tenerla que nombrar, Madre Petra en vez de su propio nombre, y como él muchas personas más, y hasta en la autorización que dió el gobierno para que fuesen trasladados sus amados restos al Santuario, a los pies de San José, donde reposan, en lugar de inscribir el nombre de la Madre Fundadora, pusieron, tal vez por casualidad o equivocación, el de aquella Hija suya que, sin parecerse, tanto había de identificarse con ella, para que tuviesen fiel cumplimiento hasta las palabras que medio en broma decía: “Es que es muy cierto que en los santos todo es santo.”

No obstante estar bien convencidas sus Hijas de esta verdad, permitió el Señor que en cierta ocasión fuese tentada una Religiosa Hija suya, que, estando en la oración, distrájose con este pensamiento: “¡Y será posible que nuestra Reverendísima Madre sepa todo lo que tenga que ocurrir y hasta conozca lo que estoy pensando!” De pronto oye los pasitos, tan conocidos, de su Madre Fundadora, que se acercaba hacia donde estaba ella. Le da unos golpecitos en la toca y le dice muy quedito: “No pierda el tiempo; váyase a la huerta a quitar hierba...” Nada más le dijo; pero ya le bastó esto para que se le desvaneciera la tentación de duda.



CAPÍTULO XXVII

VIAJES QUE HIZO A LA CIUDAD ETERNA LA SIERVA DE DIOS, MADRE PETRA DE SAN JOSÉ. — ENTUSIASTA ACOGIDA QUE LE HICIERON SUS SANTIDADES LEÓN XIII Y PÍO X. — VISIONES QUE TUVO EN ROMA



CUATRO viajes fueron los que hizo la Sierva de Dios, Madre Petra, a la Ciudad Eterna, y todos ellos impulsada por el móvil que dirigía todas sus acciones: la mayor gloria de Dios y el bien de su amada Congregación.

La primera vez que fué a Roma era el 30 de febrero de 1891, con objeto de presentar al Su-

mo Pontífice León XIII la Santa Regla y obtener su aprobación.

Los primeros días de hallarse en esta ciudad dirigióse a la iglesia de San Claudio y, rogando en ella a San José que solucionara muy favorablemente el asunto motivo de su viaje, es decir, la aprobación de la Santa Regla, vió que el Santo hacía un movimiento como diciéndole: “NO TE APURES, QUE YA ESTÁ ARREGLADO.”

Al salir de San Claudio, volviéndose la Reverendísima Madre hacia las que la acompañaban, dijo: “Cuando volvamos a casa ya podemos quemar las recomendaciones.”

Al partir de España habíase procurado muchas cartas de varios señores Obispos, creyendo que serían necesarias, pues todos los que tenían noticias del objeto de su viaje le aseguraban que tendría que permanecer en Roma uno o dos años hasta conseguirlo. Y aun los mismos señores Cardenales le aseguraban lo mismo, que era cosa de tomarlo con paciencia, pues no se aprueba una Regla en tan poco tiempo, sobre todo habiendo por delante otras muchas esperando. Pero San José le aseguró que ya estaba arreglado todo, y así fué en efecto, con gran asombro de todos. Antes de transcurrir tres meses ya estaba aprobada su Regla. Los mismos señores Cardenales se admiraban al considerar cómo había sido aquello, que sin expresamente procurar-

lo habían saltado entre muchas otras Congregaciones que tenían su Regla para aprobar y habían dado curso a la de la Madre Petra, que hacía tan poco tiempo había sido presentada. “¡Esto es milagroso, providencial!”, no podían menos de exclamar admirados los mismos que habían trabajado en su aprobación. En otra visita que hizo a la misma iglesia de San Claudio vió un globo como de oro que contenía muchas gracias, y le hizo entender el Señor que las derramaría sobre su Congregación.

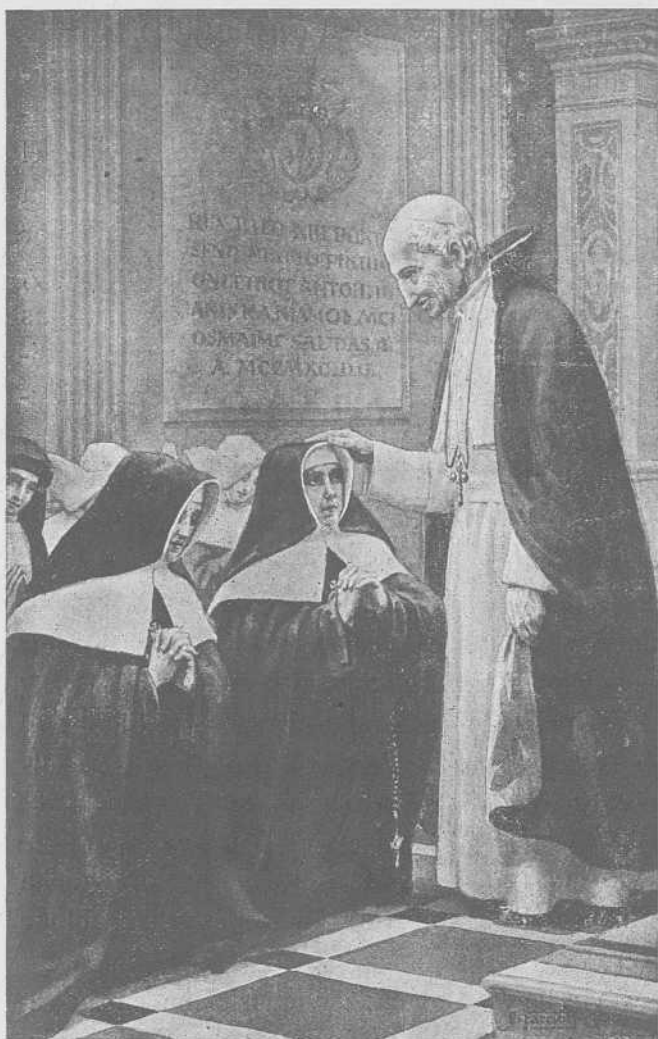
El 31 de mayo de aquel mismo año, estando todavía en Roma, fué a la iglesia de Santa Inés y, estando orando con los ojos cerrados, vió la Sierva de Dios a una señora de Málaga, amiga suya, que era muy buena y espiritual, y vivía todavía, en actitud muy triste, con señales de gran sufrimiento, pero estaba, no obstante, resignada. Hallábase ante el comulgatorio de la iglesia de los Mártires, de Málaga, y entendió que el Señor le pedía rogara por ella. Así lo hizo la Sierva de Dios, y al poco rato vió que D.^a Matilde se levantaba de allí y se marchaba totalmente consolada.

Pocos días después tuvo la dicha de ser recibida en audiencia por Su Santidad León XIII, y, presentándole un número de la revista *La Montaña de San José*, tomóla el Santo Padre y, fijándose en el primer grabado, que representa

la imagen del Santo con el Niño Jesús en sus brazos, sirviéndole de peana una multitud de cartas, le preguntó a la Reverendísima Madre: “¿Qué significa esto?” Explicó la Sierva de Dios que lo que figuraba a sus pies eran súplicas, que en forma de cartas le dirigían sus innumerables devotos. Su Santidad se complació mucho y no sólo la aprobó, sino que la recomendó, bendijo y alabó.

El día de Corpus Christi tuvo la satisfacción de oír en su oratorio privado la Santa Misa y comulgar de su mano; cuando terminó el Santo Padre de dar gracias pasó al retirarse por donde estaba la Madre Petra arrodillada con otras varias Religiosas de diferentes Congregaciones. Detúvose ante ella León XIII y, poniéndole su diestra sobre la cabeza, dijo con tono afectuoso: “*Spagnuola! Spagnuola! Spagnuola!*”

Por estos días, estando también en Roma, le hizo ver Nuestro Señor al cardenal Rampolla con un semblante alegre, dando a entender con esto no temiese rogarle que aceptase el cargo de protector del Instituto, pues con agrado aceptaría. Así fué en efecto, y la Reverendísima Madre pudo volver a España con su misión cumplida, es decir, con la consecución de todo lo que se había propuesto alcanzar de su especial abogado e intercesor San José: aprobación de la Santa Regla, decreto de alabanza de la Congregación,



SU SANTIDAD LEÓN XIII PONIENDO SU DIESTRA SOBRE LA
SIERVA DE DIOS DÍCELE CON TONO AFECTUOSO: "SPAGNUOLA!
SPAGNUOLA! SPAGNUOLA!"

y con la promesa de aceptar el Emmo. Cardenal Rampolla el protectorado del Instituto.

Salió de Barcelona la Reverendísima Madre por segunda vez para Roma el día 3 de diciembre de 1900, llegando al término de su viaje el día 5. Junto con una peregrinación que había también llegado fué recibida en audiencia por León XIII, que les dió su bendición. El día 7, víspera de la Inmaculada Concepción, visitó las basílicas prescritas con objeto de ganar el Jubileo del Año Santo, asistiendo también a la clausura de la Puerta Santa.

Estando en Roma este Año Santo la favoreció el Señor con la siguiente visión el día de Nochebuena. Desde aquella afortunada visita que recibió de San José en la casita de Alora, cuando llegaba este día se ponía fuera de sí de contento y alegría y solía decir muchas veces: “No sabría decir que no a nada de lo que me pidieran en este día, aunque temo que se enteren... y que entonces muchas se aprovecharían de la ocasión.” Esta noche, pues, meditando el gran misterio que la arrebatava de amor, tuvo la dicha inmensa de contemplar en un éxtasis sublime aquella bendita Cueva.

La Virgen Inmaculada acariciaba en su regazo al tierno y divino Infante; San José, enajenado, contemplaba aquel cuadro encantador. Miraban ambos complacidos a la humilde Madre



LA SANTÍSIMA VIRGEN, TOMANDO A SU DIVINO HIJO
DESNUDITO LO PONE ENTRE LOS BRAZOS DE LA FELIZ
SIERVA DE DIOS

Petra, que se creía estar ya en el Belén de la Gloria. La Santísima Virgen, tomando a su divino Hijo desnudito, lo puso entre los brazos de la feliz Sierva de Dios, que, loca de amor divino, lo envolvió en su esclavina y lo apretó contra su corazón...

Desapareció aquella visión que tanto consuelo trajo a su alma y que jamás se borró de su mente y agradecido corazón.

Poco después escribía desde Roma a todas las casas mandándoles los tiernos e inspirados villancicos que copiamos a continuación, si bien callando la dicha inmensa que los motivara, aunque más tarde, obligada por la obediencia, lo refirió tal como ocurriera.

VILLANCICOS

A los pies del Pesebre postrada,
viendo en pajas al Hijo de Dios,
arrobada se quedó mi alma
contemplando el misterio de amor.

Coro. — Pastorcillos del valle, subid;
zagalejos del monte, bajad,
y veréis al Mesías nacido
reclinado en un pobre Portal.

En los brazos de su dulce Madre
desnudito, vi yo al Niño Dios,
y al vestirle en los pobres pañales
extasiada la Virgen quedó.

Pastorcillos del valle...

San José con amor indecible
reverente a Jesús besa el pie,
y el Infante le mira y sonríe
y le inunda de gozo y placer.

Pastorcillos del valle...

*

Vamos a Belén,
que yo quiero ver
a la Madre Virgen
y al Niño Emmanuel.

Coro. — Y quiero adorarle
y besarle el pie
y también decirle
que muero por Él.

Doncellita tierna,
gloria de Israel,
dame, dame el Niño,
que lo quiero ver.

Y quiero...

Entre paja y heno
le plugo nacer
al Rey de los cielos
para nuestro bien.

Y quiero...

Los santos pastores
la nueva al saber
corren presurosos
al Infante a ver.

Y quiero...

Le ofrecen humildes
su corazón fiel,
sus mansos corderos,
su choza a la vez.

Y quiero...

Más tarde de Oriente
llegan Reyes tres
y ricos presentes
le ofrecen también.

Y quiero...

Amante y en extremo devotísima de la Santísima Virgen no quiso volverse a España sin visitar la casita dichosa donde recibió la Reina de los cielos la celeste embajada del arcángel San Gabriel, obrándose también allí el misterio de la santa Encarnación.

Con gran consuelo suyo veneró aquella humilde casita de Loreto, mereciendo como singular favor que la nombrasen camarera de honor de la Virgen Santísima en la Asociación o Cofradía allí establecida e inscribió en ella a cada una de sus Hijas. De Loreto pasó a Asís, visitando con gran devoción aquellos Santos Lugares santificados por el gran Patriarca San Francisco y la humilde Santa Clara.

El mundo católico aprovechó la ocasión de las bodas de oro o jubileo sacerdotal, o sea el quincuagésimo aniversario de la ordenación sacer-